



Correspondencia con Isabel de Bohemia  
René Descartes



# Correspondencia con Isabel de Bohemia

y otras cartas

René Descartes

La correspondencia entre René Descartes y la princesa Isabel de Bohemia se extiende durante los últimos seis años de vida del pensador francés, en los que, en posesión ya de su sistema filosófico, debe dedicarse a defenderlo, aclararlo y ampliarlo. En este proceso halla en la joven princesa una corresponsal inteligente, aguda y sensible que le obligará a precisar las razones y el alcance de algunas de sus tesis más importantes, sea la distinción esencial entre el cuerpo y el alma o el carácter de su prueba de la demostración de la existencia de Dios, y a ampliar del mismo modo sus explicaciones a nuevos campos del saber.

La correspondencia es, además, un documento de primera mano sobre la crucial época del nacimiento de la ciencia y el saber moderno, el momento en que la sociedad del continente europeo empieza a tomar la senda que la llevará a la edad Moderna. Pero también nos permite conocer en detalle la personalidad del padre del racionalismo moderno, el componente vital de sus lúcidas reflexiones en pos de un nuevo saber, la vida cotidiana en medio de las feroces luchas teóricas por defender las nuevas ideas, la vida —en fin— en medio de uno de los períodos más críticos y fecundos de la historia europea.

ISBN 84-89846-90-1



9 788489 846906

**Correspondencia  
con Isabel de Bohemia  
y otras cartas**

**René Descartes**

traducción  
María Teresa Gallego Urrutia

introducción  
Mateu Cabot

**ALBA EDITORIAL**  
SOCIEDAD LIMITADA

 Pensamiento. Clásicos

Colección dirigida por MATEU CABOT

Título original:

*Correspondance intégrale entre Descartes et la princesse Élisabeth.  
Lettres de Descartes à Chanut et à la reine Christine (1643-1649)*

© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia

© de esta edición: ALBA EDITORIAL, S.L.

Campxí Fabrés, 3-11, 4.º  
08006 Barcelona

Diseño de colección: PEPE MOLL

Primera edición: octubre de 1999

ISBN: 84-89846-90-1

Depósito legal: B-36 529-99

Impresión: Liberdúplex, s.l.

Constitución, 19  
08014 Barcelona

Impreso en España

Letras Descartes

Letras Descartes

Letras Descartes

Queda rigurosamente  
prohibida, sin la autorización  
escrita de los titulares del Copyright,  
bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
la reproducción parcial o total de esta obra por  
cualquier medio o procedimiento, comprendidos  
la reprografía y el tratamiento informático,  
y la distribución de ejemplares mediante  
alquiler o préstamo públicos.

## Índice

---

|   |     |
|---|-----|
| Introducción: <i>La correspondencia filosófica como testimonio de una época</i> , por Mateu Cabot ..... | 9   |
| Correspondencia entre Descartes e Isabel de Bohemia .....   | 23  |
| Cartas de Descartes a Chanut y a la reina Cristina de Suecia .....                                      | 221 |

## Introducción

*La correspondencia filosófica como testimonio de una época*

Nos encontramos ante la correspondencia íntegra entre dos personas sobresalientes en un tiempo excepcional. Los personajes son René Descartes, el filósofo francés, el primer filósofo moderno, se dice, padre de aquel «pienso, luego existo», e Isabel de Bohemia, una muy joven princesa a la que pocos lectores conocerán antes de leer estas cartas pero que, a buen seguro, admirarán después. El tiempo excepcional es la primera mitad del siglo XVII en Europa, época marcada por la Guerra de los Treinta Años, por las turbulencias de todo tipo que darán una nueva forma al continente europeo. Las cartas de Descartes a la reina Cristina de Suecia y a Hector-Pierre Chanut, embajador francés en aquel reino, concluyen el volumen y, con él, la pintura de la época.

### 1. René Descartes

René Descartes (1596-1650) es considerado el primer pensador de la época Moderna. Hegel, en sus *Lecciones sobre la historia de la Filosofía*, dictadas en la Universidad de Berlín y publicadas póstumamente por sus alumnos en 1833, cuando llega a Descartes utiliza una sintomática metáfora: «Con Descartes comienza en efecto, verdaderamente, la cultura de los tiempos modernos, el pensamiento de la moderna filosofía, después de haber marchado durante largo tiempo por los caminos anteriores... Aquí, ya podemos sentirnos en nuestra propia casa y gritar, al fin, como el navegante después de una larga y azarosa travesía por turbulentos mares: ¡tierra!».

La Modernidad, de la cual Descartes es una de las señas inaugura-

les, se conformará como una nueva forma de vida, de pensamiento, de relación, en definitiva, con el mundo que nos rodea, pero también con el pasado y con el futuro que nos espera. Esta relación, la del hombre y su mundo, establece en cada época unos «temas», unos problemas o cuestiones que devienen centrales e importantes y que no son, a la postre, más que aquello que resulta realmente novedoso, interesante, formador de las personas de ese tiempo.

En este sentido Descartes ya es moderno en los temas que trata en sus obras, tanto por el contenido teórico que toma en consideración como por el método o la actitud con que los plantea, pero también es moderno por su vida, como puede comprobarse por su correspondencia, que le hace representante típico del siglo XVII.

Descartes no comienza sus discursos con seguridades, sino con dudas, preguntas. Dudas sobre la validez de todo lo que ha legado la tradición —romper con la tradición es una característica definitoria de todos los tiempos «nuevos»— y, por tanto, necesidad de revisarlo, de no admitirlo más que con cautela, provisionalmente, mientras no encontremos un fundamento más seguro para nuestra vida. Dudas sobre el alcance de nuestras capacidades para enfrentarnos al mundo, aunque sólo sea hasta haber aclarado cuáles y cómo son estas capacidades, qué podemos usar de ellas y cuáles debemos rechazar. Pero, una vez resueltas las dudas, confianza en las propias capacidades, confianza en los resultados obtenidos después de someterlos a la duda, al análisis y de haberse confirmado «claros y distintos». La duda de Descartes funciona como método para llegar a un saber seguro: es la llamada «duda metódica», no es una duda que quiera o vaya a terminar en el no saber, como la duda escéptica que parece envolver a otros franceses como Michel de Montaigne o Pierre Charron. En definitiva, el mundo debe pasar ante el tribunal del sujeto, de su razón, y rendir cuentas ante ella; incluso los saberes, tradiciones y

costumbres de este mundo. El sujeto debe calibrar todas las razones y fundamentos, y no admitirlas hasta que no las hace propias, las «subjetiviza», hasta que no las «ve» claras; sólo entonces pueden pasar a formar parte inmediata del saber, del modo de vida y, por tanto, del mundo.

Los temas que trata en sus páginas, además de las *Meditaciones metafísicas*, de las cuales se disculpa continuamente «por ser tan metafísicas» y que sólo tienen un carácter propedéutico (el *Discurso* es un prólogo), son problemas matemáticos, de física, de astronomía (problemas teóricos, y no tan teóricos, en torno a los cuales se dilucidaban en aquel momento cuestiones de índole religiosa, política y social; recuérdese a Galileo, Harvey, Servet...), pero el tema es también lo que hoy llamaríamos, de forma ambigua, la personalidad: los sentimientos, las pasiones... aunque igualmente la relación entre el cuerpo y el alma, o la materia y el espíritu, o, con el título con el que se ha convertido en una materia universitaria actual: la mente y el cuerpo. Sin duda, es Descartes el gran promotor de esta cuestión al dividir, en su metafísica, lo existente en dos categorías o sustancias: por una parte aquella cuya esencia es el pensar, la *res cogitans*, y por otra la que es el ocupar una extensión, la *res extensa*. Nada en común entre las dos, por tanto, un riguroso dualismo de la existencia, aunque desde el principio el sentido común nos dice que el ser humano son las dos, es pensamiento y extensión, espíritu y materia. De aquí el gran problema de la metafísica cartesiana, problema que la joven princesa Isabel de Bohemia, desde el principio de la correspondencia, detectará y señalará, poniendo el dedo en la llaga sangrante que representaba para Descartes. Podríamos esperar que se plantearan asimismo temas o problemas morales, pero lo que encontramos en la correspondencia son indicaciones explícitas de Descartes de que no quiere entrar en estos asuntos: demasiado delicados en Roma, París o

Amsterdam. En el *Discurso del método*, entre el capítulo que recoge el proceso de la duda metódica, cuando ya no queda ninguna seguridad en un saber cuyo único fundamento es la costumbre o la falta de reflexión, que es únicamente costumbre, y antes de que se proceda a fundamentar reflexivamente un saber, se preguntará: mientras tanto, ¿qué hacer? Las indicaciones que ofrecerá se conocen como «moral provisional», esto es, a la espera de poder exponer una moral fundada racionalmente, y se reduce a la norma de hacer lo que se hace, seguir el criterio general, aun sabiendo que no está fundado y sospechando que no es racional, pues nada podemos aún oponer a él. Después de hallado el criterio incólume de racionalidad, el «pienso, luego existo», las razones para no enfrascarse en cuestiones morales serán otras. Incluso podría, con malicia, apuntarse al peligro real del debate moral en el momento, pero así sólo se constataría una realidad: en París, en Amsterdam y en Roma la cuestión moral no es sólo una cuestión moral, teórica, es inmediatamente política y de la más alta envergadura y consecuencias.

El aire de una nueva época también se filtra en la correspondencia que se nos presenta. A través de ella nos asomamos al mundo, al contexto del que surge. Conocemos el mundo en que viven los personajes, un mundo que se filtra en cada frase; nos presenta las ilusiones y también los miedos que suscita vivir ese momento. Esto último resulta especialmente significativo en los rodeos, las ambigüedades y las frases inconclusas, sobre todo de Descartes, que se mueve en la jungla de partidarios y detractores, de deseos de expresión de la nueva filosofía y de recelos ante la autoridad. Descartes no pertenece al clero, por tanto, no puede buscar la protección de una orden en lucha con otra; tampoco es profesor de ninguna universidad que pretendiera defender su libertad. Es un científico, un filósofo, cuyas únicas armas parecen ser sus ideas, sus escritos y la fuerza que pueda emanar de

ellos para ofrecer ideas «claras y distintas» al lector. De ahí que se presente como sujeto y que la difusión de las ideas, también por la correspondencia con este o aquel corresponsal, adquiera especial importancia y significación.

La correspondencia, el intercambio de escritos entre lo personal y lo público, es una forma de escritura relativamente nueva. Técnica-mente su privacidad y su continuidad son poco fiables. De ambas características es muestra la que aquí sigue. Las cartas circulan de muy distintas formas, pero todas muestran su poca fiabilidad y lo extraordinariamente azaroso de su transmisión. Las cartas se leen, se copian, incluso, como podremos leer, son material para el plagio; ciertamente la inviolabilidad de la correspondencia es un derecho que tardará muchos años en llegar. Son, casi la mayoría de las veces, una conversación con un público reducido mantenida por escrito. Los intentos de Descartes de aumentar la privacidad introduciendo una clave parecen a Isabel tan complicados como para acabar con la misma correspondencia. Pues aun así, si se comparan con todos sus defectos con una correspondencia actual —dejemos de lado si hoy día existe la correspondencia en ese sentido y por qué medio—, ejerce la función de comunicación inmediata y directa, personalizada, entre sujetos identificados. No se trata del discurso a un público anónimo, sino de la muestra de lo que está configurándose como el centro de la nueva época: el sujeto autónomo, libre, que responde o debe responder únicamente ante él y, desde aquí, ante los otros. En la correspondencia *yo hablo a tú*, y así me identifico y te identifico. Puedo exponer mi pensamiento, mis opiniones, en tratados y ensayos, pero también por medio de las cartas, de esos escritos que ya no podrán considerarse en estos siglos venideros meros escritos menores sin importancia. Véase, si no, el gran número de pensadores, científicos, literatos, artistas o gobernantes que exponen una parte significativa de su obra

en correspondencias. Antes y después, menos, el género como tal decaerá, pero en estos siglos adquiere su valor y lo manifiesta.

René Descartes había nacido en 1596, en un lugar llamado La Haye, en el centro-oeste francés, en una familia que debemos suponer relativamente acomodada (su abuelo fue médico, su padre, consejero en el Parlamento de Bretaña). Acorde con ello cursará estudios y los realizará en el después famoso colegio jesuita de La Flèche, fundado muy poco antes por Enrique IV, y en el que coincidirá con Marin Mersenne, principal corresponsal del Descartes adulto y centro de información en todo lo que se refiriera a investigaciones científicas y teóricas en general. En este período de formación terminará por licenciarse en leyes en 1616 y coincidirá con el momento en que salen a la luz pública las primeras grandes ideas que rompen con la cosmovisión estática, geocéntrica y teológica de la Edad Media y se producen igualmente las primeras y brutales reacciones del poder constituido contra ella. Así, Giordano Bruno será quemado en Roma y Campanella, encarcelado. Copérnico, Kepler y Galileo escriben y explican las leyes de reflexión de la luz, de la caída de los cuerpos o del movimiento de los astros, y en los años en que Descartes termina sus estudios, la Inquisición condena las doctrinas de Copérnico y amonesta a Galileo por defenderlas públicamente. Es el momento en que, en el mismo año, mueren Cervantes y Shakespeare.

Completado su período de formación académica, lejos de iniciar una carrera docente o dedicarse al ejercicio del derecho, Descartes parte para descubrir el mundo enrolándose en 1618 en el ejército del estatúder de Holanda, Mauricio de Nassau, en lucha contra el dominio español de Felipe III. Con ellos recorre Europa. Entre batallas, viajes, encuentros con científicos, asistencias a coronaciones y otras muchas ocupaciones, Descartes está poniendo los cimientos de lo

que será su sistema filosófico, tal como después relatará en el *Discurso* (Parte II). En esas páginas cuenta el episodio de la estufa: el 10 de noviembre de 1619, cerca de Ulm, tiene los tres sueños en los que descubre los fundamentos de lo que será la nueva filosofía y la nueva ciencia, la base incommovible e indudable sobre la que levantar el nuevo edificio del saber.

A partir de 1622, deja el ejército y vuelve a Francia. Podría haber sido el período en el que interviniera públicamente en la discusión científica y política del momento, exponiendo sus ideas meditadas en el silencio de los años anteriores y aportando sus argumentos en los combates intelectuales, en aquellos momentos encarnizados entre teólogos y nuevos pensadores. Pero los tormentosos tiempos que corren en París no parecen propicios para la meditación y en 1628 decide retirarse al campo e iniciar así el modo de vida que intentará llevar hasta el final: viviendo alejado del centro de la discusión, manteniendo la necesaria distancia y comunicándose con un amplio círculo de corresponsales. En este inicio del retiro redacta las *Reglas para la dirección del espíritu*. Al año siguiente, deja Francia para dirigirse a Holanda, país donde parece haber más libertad de pensamiento, para encontrar paz y poderse dedicar a la meditación. Con tres viajes a Francia, la mayoría un desastre (éste es el calificativo que les dedica en las cartas), y uno a Dinamarca, permanecerá veinte años en Holanda, principalmente en el pequeño pueblo costero de Egmond am Zee. Es el período de plena madurez, del Descartes que hoy conocemos. En 1630, con una tranquilidad recién ganada en la soledad, comienza la redacción de *El mundo, o tratado sobre la luz*, donde debe exponer los resultados de sus investigaciones y reflexiones, una nueva visión del mundo a través de una nueva visión de los fenómenos físicos naturales, tal como en aquellos años sigue haciendo Galileo. Es el tratado donde se plasma una nueva forma de atender los fenómenos

naturales, dejando de lado los preceptos de la tradición y de la religión, y ateniéndose únicamente a lo que es observable y pensable. Galileo, entre tanto, ha publicado su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo* y, al año siguiente, en 1633, es condenado en Roma por el Santo Oficio, por defender la tesis del movimiento de la tierra, en un proceso que aún hoy puede seguir leyéndose con el fin de comprender el espíritu de la época.

Enterado Descartes de la condena a Galileo y sabiendo que se encuentra en el mismo lado, decide no publicar la obra. Aunque residente en Holanda, aparentemente lejos del brazo de iglesias y emperadores dispuestos a no ceder fácilmente la hegemonía ideológica, adoptará ya una actitud defensiva, emboscada, no dándose a conocer innecesariamente. Así, en 1637 publica en Leiden (Holanda), anónimamente, tres ensayos sobre cuestiones de física (*La dióptrica*, *Los meteoros* y *La geometría*), ensayos precedidos a modo de prólogo por el que hoy es un texto fundamental en la historia del pensamiento: el *Discurso del método*. Los años siguientes los dedica Descartes a concluir sus *Meditaciones metafísicas*, iniciadas muchos años antes, y que sólo en 1641 verán la luz y en latín. En estos años ya ha empezado la penetración de las ideas cartesianas en las universidades y en los ambientes cultos en general, produciéndose una notable polarización de defensores y detractores de las nuevas ideas. Polarización que se agudiza con la publicación de las *Meditaciones* y su posterior traducción al francés. Ejemplo de la encarnizada discusión y de las consecuencias que se teme que produzcan las nuevas ideas es el hecho de que en 1642 su amigo Henry le Roy, conocido como Regius, entretanto profesor en Utrecht, es condenado tanto él como la «nueva filosofía», por los magistrados de la ciudad por instigación del rector de la Universidad, bajo la acusación de ateísmo. Éste es el momento en que se inicia la correspondencia con Isabel (16 de mayo de 1643). En 1642

muere Galileo, el iniciador de la nueva ciencia, y nace Isaac Newton, el que la consagrará definitivamente.

En una vida menos tranquila de la que quisiera aun a pesar de su retiro, Descartes continúa sus investigaciones y en 1644 aparecen en Amsterdam, en latín, sus *Principios de Filosofía*, donde explica sus ideas sobre física y metafísica, dedicados: «A la Serenísima Princesa Isabel, primogénita de Federico, Rey de Bohemia, Conde palatino y Príncipe Elector del Imperio». Podemos conocer este período de primera mano por su reflejo en la correspondencia, igual que el proceso que lleva a la publicación, en 1649, de *Las pasiones del alma*, tema de muchas de las cartas del período.

La fama de Descartes se ha extendido hasta el reino de Suecia. Hector-Pierre Chanut, embajador francés en aquel país, es el amigo y enlace a través del cual llega la invitación de la reina Cristina. Tan alta invitación y, tal vez, que incluso el retiro holandés se ha vuelto incómodo por las constantes disputas deciden el viaje de Descartes, con no pocas prevenciones. Marcha hacia Estocolmo a principios de octubre de 1649 y el 2 de febrero de 1650 enferma bajo los rigores del invierno nórdico. Nueve días después, el 11 de febrero, muere de una pulmonía a los 53 años.

A partir de este momento, a pesar de las aún reticentes posturas y reacciones, la obra de Descartes avanza de manera imparable. Una de las reacciones posteriores fue que, enterrado primero en Estocolmo, en 1666 sus restos fueron trasladados a París, motivo por el cual el canciller de la Universidad había preparado una oración fúnebre, cuya lectura prohibió el rey Luis XIV por orden de 23 de junio de 1667. No en vano las *Meditaciones metafísicas* figuraban desde 1663 en el *Index Romanus* de obras condenadas y prohibidas. Pero paralelamente su pensamiento no cesa de difundirse. Ya en 1657, su amigo y traductor Claude Clerselier había comenzado la publicación de *Lettres*

de *M. Descartes*, a la que seguiría un segundo volumen en 1659 y un tercero en 1667.

## 2. Isabel de Bohemia

Isabel era hija del que brevemente fue rey de Bohemia, Federico V, quien durante toda su vida luchó contra el poder imperial de los Habsburgo promoviendo la revuelta de los checos protestantes contra el emperador, uno de los hechos del inicio de la Guerra de los Treinta Años y, derrotado pocos meses después, sufrió el destierro. Isabel nació el 28 de diciembre de 1618 en Heidelberg, prácticamente en el momento en que la corte de Bohemia iniciaba el camino del exilio y su peregrinar por países amigos de Europa. La familia se establecerá en La Haya, donde permanecerá, entre viajes a otros lugares de los Países Bajos o, en ocasiones, a ciudades del imperio. Su padre morirá en 1632, el mismo año que Gustavo Adolfo II, padre de Cristina de Suecia, quien a los seis años se convierte en reina.

Los otros príncipes palatinos, los hermanos de Isabel, nos muestran en sus vidas las señales de la turbulencia y de los conflictos de la época. Carlos Luis (1617-1680), designado heredero en 1629 tras la muerte accidental de su hermano mayor, será restablecido después del tratado de Westfalia (1648) como Elector en el Palatinado del Rin. Luisa (1622-1709), cortejada por un caballero francés que será asesinado por Felipe, otro príncipe palatino, en junio de 1646, permanecerá después con su madre hasta 1657, año en el que se convertirá al catolicismo y pasará a ser abadesa de Maubuisson. Eduardo (1624-1663) se casará con Ana de Gonzaga en Francia en 1645, convirtiéndose al catolicismo, con el consiguiente revuelo, que dejará huellas incluso en la correspondencia. Felipe (1627-1650), tras el asesinato de 1646, huye de Holanda. Sofía (1630-1714) sirvió de inter-

mediaria en la correspondencia entre Isabel y Descartes y ella misma mantuvo un precioso intercambio epistolar con Leibniz. Se casó en 1658 con el duque elector de Hannover, Ernesto Augusto I. Tras el acta de Establecimiento de 1710 en Inglaterra, la línea sucesoria del trono pasó de los Estuardo católicos a sus primos Hannover protestantes. Única descendiente de Jacobo I Estuardo, en algunos momentos pudo suceder a Ana, reina de Inglaterra, pero fue su hijo Georg Ludwig, príncipe de Hannover, quien lo hizo como Jorge I después de convertirse al anglicanismo, estableciéndose así la dinastía que reina en Gran Bretaña en estos momentos.

Éste es el ambiente familiar de Isabel de Bohemia, pero es mejor y más directo recuperar el personaje en sí a través de la correspondencia. Ahí es donde pueden percibirse la inteligencia, la sensibilidad, la dulzura incluso, también los temores y, en ocasiones, la asfixia en el ambiente, de una mujer excepcional. Que siguió toda su vida inmersa en los problemas teóricos es prueba la larga carta que le dirigió Leibniz en 1678, en la que éste debe: «explicarle con mayor precisión cuanto he dicho de paso sobre el señor Descartes y su demostración de la existencia de Dios».<sup>1</sup> (Isabel se retiró a su abadía de Herford, en Westfalia, donde falleció en 1680.)

## 3. La Guerra de los Treinta Años de fondo

El tiempo excepcional del que hablamos es la primera mitad del siglo XVII, es un tiempo de crisis, utilizando el término en el sentido del pensador italiano Antonio Gramsci, pues reconocemos «lo viejo que no acaba de morir», como también atisbamos «lo nuevo que no acaba

<sup>1</sup> Puede leerse en G.W.F. Leibniz: *Filosofía para princesas*, edición de Javier Echeverría. Alianza Editorial, Madrid 1989, págs. 49-57.

de nacer». La Guerra de los Treinta Años domina completamente esta primera mitad del siglo. De 1618 a 1648, Europa se vio envuelta en un reguero de conflictos, de causas inmediatas diversas y consecuencias dispares, pero con el mismo desarrollo de formación de grandes ejércitos moviéndose a lo largo y ancho, continuas batallas, asedios y destrucciones. Como ya hemos dicho, el inicio de este largo período bélico tuvo lugar en Bohemia y uno de sus personajes principales fue el padre de Isabel, Federico V (1596-1632), casado con una hija de Jacobo I, Rey de Inglaterra. Federico, calvinista y Elector palatino, participó activamente en cuanto movimiento sirviera para debilitar el poder de los emperadores Habsburgo, católicos, en Alemania y Austria. En la lucha entre los checos y el emperador Fernando II, después de la sublevación de Bohemia, aceptó la corona (noviembre de 1619). La reacción de los ejércitos imperiales, ayudados por los de España, mandados por Felipe III en su ayuda, propició que su reinado durara pocos meses (se le llamó «rey de un invierno»), pues lo perdió cuando los checos fueron derrotados en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Perdió la corona, el título de Elector Palatino y marchó al exilio a La Haya. La guerra continuó por tierras alemanas, holandesas, austríacas o danesas, y terminó con el tratado de Westfalia (1648), momento a partir del cual la lucha seguiría esta vez entre Francia y España hasta la paz de los Pirineos (1659). Al margen de las interpretaciones clásicas de guerra de religión o política, la moderna historiografía se inclina a ver un conflicto de concepciones opuestas sobre cuestiones económicas, políticas y religiosas. Los casos de Bohemia y los Países Bajos resultan los más significativos: en los dos se trata de la lucha entre una civilización feudal y católica defendida por los Habsburgo (de Austria o de España) y una civilización burguesa y protestante. Con la guerra, en la que algunos territorios llegaron a perder más de dos tercios de su población, algunos países perdieron

su papel preponderante en Europa y entraron en una decadencia de la que no se recuperarían (caso de España), mientras que otros iniciaron un período de prosperidad económica y cultural (caso de Inglaterra y los Países Bajos) que marcará la historia de los siglos inmediatamente posteriores.

#### 4. *Los temas de las cartas*

A lo largo de las cartas se plantean multitud de temas directamente filosóficos, justo al lado de muy ricas, variadas e interesantes informaciones sobre la personalidad de los interlocutores, la vida del momento, las dudas y las estrategias de planteamiento, etcétera, además de los detalles de la vida cotidiana. Así, en cuanto a rasgos personales, podremos leer a un Descartes que va desde el trato algo distante o altivo, hasta a un Descartes solícito y, al fin, a un Descartes amablemente calculador (diplomático, diríamos, ante la perspectiva de ingresar en la corte sueca). Isabel de Bohemia es la joven princesa que, superando las barreras de la edad (tengamos en cuenta que Descartes ya ha constituido su sistema filosófico) y, sobre todo, del sexo, se planta ante el gran pensador para exponerle directamente sus dudas e incluso sus objeciones.

Los puntos fundamentales se refieren a consecuencias del planteamiento metafísico dualista de Descartes, esto es, la comunicabilidad de cuerpo y alma, su relación en el individuo viviente una vez establecida su esencial diferencia metafísica. Desde este punto parte la investigación de las diversas pasiones y estados afectivos del alma y su relación con la razón, que será el tema fundamental de la obra posterior. Pero está además el otro gran problema: la demostración racional de la existencia de Dios, verdadero campo de batalla en todo el siglo, sobre el cual se vuelve una y otra vez. Sobre estos dos puntos,

más otros derivados de textos cartesianos, como los matemáticos de las primeras cartas, discurre la discusión teórica. De la centralidad de las dudas o peticiones de aclaración que realiza Isabel es prueba el hecho de que apunta al problema de la relación entre la mente y el cuerpo, actualmente uno de los problemas teóricos que alimentan la disciplina llamada «filosofía de la mente».

\*\*\*

La primera edición de las cartas de Descartes la realizó Claude Clerelier en tres tomos (1657, 1659, 1677). Las cartas de Isabel de Bohemia a Descartes fueron publicadas por primera vez en el volumen *Descartes et la Princesse Elisabeth* por Foucher de Careil en el año 1879. Posteriormente, en 1935, Jacques Chevalier realizó una edición de *Lettres sur la morale* tomando como base las dos ediciones citadas y cotejándolas con las cartas manuscritas. Para las demás cartas la edición de referencia es *Oeuvres de Descartes*, publicada por Ch. Adam y P. Tannery entre 1897 y 1909 en doce tomos, de los cuales los cinco primeros son de correspondencia. La edición de Chevalier es la base establecida de las ediciones modernas, como la de Jean-Marie y Michelle Beyssade (París, 1989), sobre la cual se basa la traducción que presentamos.

Hemos intentado restringir las notas a pie de página a aquellas necesarias para la comprensión del texto, evitando así en lo posible sobrecargarlo. En cualquier caso, todas las notas son de la edición.

MATEU CABOT

## Correspondencia entre Descartes e Isabel de Bohemia

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 16 de mayo de 1643

---

Señor Descartes:

Tan grande fue mi gozo como mi disgusto al enterarme, transcurridos unos días, de que tuvisteis intención de verme; muy adentro me llega la caridad que ibais a hacerme al consentir en tratar con persona tan ignorante y rebelde, y mucho me afecta la contrariedad que me ha hurtado tan provechosa charla. El señor Pallotti<sup>1</sup> ha hecho mucho por enardecer este anhelo al referirme las soluciones que le disteis en lo tocante a los puntos oscuros de la física del señor Regius<sup>2</sup>, de las que habría quedado mejor instruida si las hubiera oído de vuestros labios, como asimismo lo estaría de una cuestión que le propuse al antedicho profesor cuando pasó por esta ciudad, remitiéndome él a vos para que en vos hallase oportuna satisfacción. La vergüenza que siento al mostraros mi poco riguroso estilo me ha impedido hasta ahora pedir por escrito esa merced.

Pero tanto y tan firmemente me ha afirmado hoy el señor Pallotti que vuestra bondad es extremada con todos, y conmigo muy en especial, que he apartado de mi mente cualquier consideración que no fuera la de valerme de esa bondad para rogaros que me hagáis saber de qué forma puede el alma del hombre

---

<sup>1</sup> Alphonse Pallotti (Pallot, Pollot), (1602-1668), gentilhomme protestante al servicio de la armada y de la corte holandesa, puso su influencia al servicio de Descartes.

<sup>2</sup> Henry le Roy (conocido como Regius), (1598-1679), médico, accedió a una cátedra en la Universidad de Utrecht, desde la que defendió el cartesianismo. Su vigor comprometió a Descartes frecuentemente, sus *Fundamenta physices* (1646) mostraron sus diferencias y a partir del prefacio a la traducción francesa de los *Principios* Descartes se alejó de él.

determinar a los espíritus del cuerpo para que realicen los actos voluntarios, siendo así que no es el alma sino substancia pensante. Pues parece como si toda determinación de movimiento procediera de la pulsión del objeto movido, a tenor de la forma en que lo impulsa aquello que lo mueve, o dependiera de la calidad y forma de la superficie del objeto. Requieren contacto las dos primeras condiciones, y extensión, la tercera de ellas. Excluí ésta por completo de la noción que tenéis del alma, y a mí me parece aquél imposible en cosa inmaterial. Por ello os pido una definición del alma más particular que la que hallamos en vuestra *Metafísica*<sup>3</sup>, a saber, la de su substancia, separada de la acción y del pensamiento. Pues, aunque es cierto que los damos por inseparables (cosa que es, empero, dificultosa de demostrar en el vientre de la madre y cuando caemos en un desvanecimiento profundo), así como también sucede con los atributos divinos, podemos, si consideramos a entrambos por separado, hacernos de ellos una idea más completa.

Sabiendo como sé que sois el mejor médico para la endeble salud de mis especulaciones, os descubro sin reparos cuán enfermiza es y albergo la esperanza de que, fiel al juramento de Hipócrates, la remediareis sin por ello hacerla pública. Éste es mi encarecido ruego, al que añado el de que toleréis con paciencia las impertinencias de vuestra devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>3</sup> *Meditationes de prima philosophia* (edición en latín, París 1641, Amsterdam 1642), la primera con las seis primeras series de objeciones, la segunda con las siete definitivas. La traducción francesa (*Méditations métaphysiques*) no aparecerá hasta 1647.

## De Descartes a Isabel

Egmond de Hoef, a 21 de mayo de 1643

Señora:

El privilegio con que me honra Vuestra Alteza al remitirme una carta con sus órdenes supera con mucho a lo que yo nunca me habría atrevido a esperar y muestra mayor benevolencia para con mis defectos que ese otro privilegio al que con tanto fervor pretendía, y que era recibir esas mismas órdenes de sus labios si me hubiera cabido el honor de poder inclinarme ante ella y ofrecerle mis humildes servicios durante mi reciente estancia en La Haya. Pues me habría visto forzado, en tal caso, a admirarme a un tiempo ante excesiva copia de cosas maravillosas. Y al oír palabras más que humanas saliendo de un cuerpo tan semejante al que los pintores dan a los ángeles, hubiera sentido un arrebató como el que sin duda deben de experimentar aquellos que acaban de llegar al cielo tras la terrenal estancia. Todo ello habría mermado mi capacidad para contestar a Vuestra Alteza, que no puede por menos de haberse percatado ya de este defecto mío en las anteriores ocasiones en que me cupo el honor de conversar con ella. Ha querido vuestra clemencia darle un respiro al dejarme huella de sus pensamientos en un papel, en el que, leyéndolos una y otra vez y acostumbRANDOME así a su presencia, no me deslumbran tanto, aunque no vaya ello en menoscabo de la admiración que en mí despiertan, al cerciorarme de que no sólo poseen el ingenio que a primera vista se aprecia, sino que, cuanto más se los examina, más juiciosos y firmes se los halla.

Y puedo decir en verdad que la pregunta que me propone

Vuestra Alteza es, a mi parecer, la que más debe hacérseme en vista de los escritos que he publicado. Pues, habiendo dicho en ellos que hay dos facultades en el alma humana de las que depende todo el conocimiento que podemos tener de su naturaleza, de las cuales una es que piensa, y la otra, que, por estar unida al cuerpo, puede actuar y padecer con él, muy poca cosa he dicho de esta última facultad, y únicamente me he esforzado en explicar bien la primera, porque mi intención principal era el probar la diferencia entre el alma y el cuerpo. Y para tal empresa, sólo la segunda me servía, mientras que la otra no habría sido favorable. Pero, pues que es tan claro el entendimiento de Vuestra Alteza que nada es posible ocultarle, intentaré explicar aquí la manera en que concibo la unión del alma con el cuerpo y de qué forma tiene ésta poder para moverlo.

En primer lugar, considero que existen en nosotros unas cuantas nociones primitivas, que son como unos originales en cuyo patrón nos basamos para construir todos nuestros demás conocimientos. Y esas nociones son muy pocas, ya que, tras las más generales, las del ser, el número, la duración, etcétera, que convienen para todo cuanto podemos concebir, sólo tenemos, en lo que más particularmente atañe al cuerpo, la noción de la extensión, de la que se derivan las de la forma y el movimiento. Y para el alma tenemos sólo la del pensamiento, que abarca las percepciones del entendimiento y las inclinaciones de la voluntad; y, por último, para el alma y el cuerpo juntos, sólo tenemos la de su unión, de la que depende la de la fuerza con que cuenta el alma para mover el cuerpo, y el cuerpo para influir en el alma, provocando en ella sensaciones y pasiones.

Considero igualmente que toda la ciencia de los hombres no consiste sino en diferenciar bien esas nociones y en no atribuir

cada una de ellas sino a las cosas a las que les corresponden. Pues cuando pretendemos solventar alguna dificultad recurriendo a una noción que no le corresponde, no podemos por menos de equivocarnos. E igual nos sucede cuando pretendemos recurrir a una de esas nociones para explicar otra. Ya que, por ser primitivas, sólo por sí mismas pueden comprenderse todas y cada una de ellas. Y porque el uso de los sentidos nos torna mucho más familiares que las demás nociones las de la extensión, las formas y los movimientos, la causa principal de nuestros errores reside en que solemos pretender recurrir a esas nociones para explicar cosas a las que no corresponden, como sucede cuando queremos recurrir a la imaginación para concebir la naturaleza del alma, o cuando pretendemos concebir la forma en que el alma mueve el cuerpo remitiéndonos a la forma en que un cuerpo mueve a otro.

Y, por tanto, puesto que en las *Meditaciones* que Vuestra Alteza ha tenido a bien leer intento dar a concebir las nociones que corresponden únicamente al alma, diferenciándolas de las que corresponden al cuerpo, lo primero que debo explicar luego es la forma de concebir las que corresponden a la unión del alma con el cuerpo, o sólo al alma. Y creo que para este propósito puede servir lo que escribí al final de mi Respuesta a las sextas objeciones, pues no podemos buscar esas nociones simples en lugar alguno que no sea nuestra alma, que las posee todas por su propia naturaleza, pero no siempre las diferencia entre sí con claridad suficiente, o bien no las atribuye a los objetos que en realidad les corresponden.

Creo, en consecuencia, que confundimos en este caso la noción de la fuerza con la que actúa el alma en los cuerpos con esa otra con la que un cuerpo incide en otro; y que hemos atri-

buido ambas no al alma, pues aún no la conocíamos, sino a las diversas cualidades de los cuerpos, como son la gravedad, el calor, y a todas las demás, que hemos supuesto reales, a saber, con existencia independiente de la del cuerpo, y son, en consecuencia, substancias, aunque las hayamos llamado cualidades. Y hemos recurrido para concebirlas tanto a las nociones que poseemos para conocer el cuerpo, tanto como a otras que residen en nosotros y nos permiten conocer el alma, dependiendo de que les hayamos atribuido propiedades materiales o inmateriales. Suponiendo, por ejemplo, que la gravedad sea una cualidad real, de la que no sabemos sino que tiene fuerza para desplazar el cuerpo que la alberga hacia el centro de la Tierra, nada más fácil que concebir de qué forma mueve ese cuerpo o cómo va unida a él. Y no suponemos que sea la consecuencia de un contacto real entre dos superficies, pues somos conscientes de que contamos, en nuestro fuero interno, con una noción particular que nos permite concebir ese hecho. Opino que damos un uso equivocado a esa noción si la aplicamos a la gravedad, que no es nada que pueda separarse en realidad del cuerpo, como espero demostrarlo en el campo de la física; pero nos ha sido dada para concebir la forma en que el alma mueve el cuerpo.

Daría pruebas de no conocer lo suficiente el incomparable ingenio de Vuestra Alteza si abundase más en estas explicaciones; y pecaría de excesiva presunción si me atreviese a pensar que mi respuesta puede dejarla satisfecha por completo. Intentaré, pues, no caer en ninguna de las dos cosas al no añadir ya sino que, si hay en mí capacidad para escribir o decir algo que resulte de su agrado, consideraré siempre un inmenso privilegio el poder tomar la pluma o viajar a La Haya para complacerla; y que nada hay en el mundo que me sea tan caro como obedecer a lo que dis-

ponga Vuestra Alteza. Mas no puedo hallar aquí lugar para ejercer esa fidelidad al juramento de Hipócrates a la que me insta, ya que nada me ha dicho que no sea merecedor de que todos los hombres lo conozcan y lo admiren. Sólo puedo manifestarle, a este respecto, que tiene para mí precio infinito cuanto de ella he recibido y que le daré el mismo uso que dan los avaros a sus tesoros, que ocultan tanto más cuanto más los estiman, y en cuya contemplación ponen su supremo gozo, hurtando su vista, por celos, al resto del mundo. Nada podía serme más grato que disfrutar de ello sin compartirlo, ni tengo mayor ambición que considerarme, y ser en verdad...

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 20 de junio de 1643

Señor Descartes:

No sólo se manifiesta vuestra bondad en el hecho de mostrarme los fallos de mi razonamiento y en corregirlos, como yo pretendía, sino también en que, para que me resulte menos enojoso tomar conciencia de ellos, intentáis hacérmelos llevaderos, en perjuicio de vuestro buen criterio, con alabanzas faltas de fundamento, que me habrían sido muy precisas para sostenerme en el propósito de remediarlos si no fuera porque me he educado en un lugar cuya forma habitual de conversación me tiene acostumbrada a escuchar a personas que no saben hacerme alabanza alguna que sea fundada, con lo que suelo presumir que no yerro cuando creo lo contrario de lo que me dicen. Estoy, pues, tan habituada a contemplar mis imperfecciones que sólo me mueve ese hábito al deseo de librarme de ellas.

Puedo, por tanto, admitir sin vergüenza que he hallado en mí todas las causas de error que comentáis en vuestra carta y no me encuentro aún en condiciones de desterrarlas por completo, porque la vida que me veo obligada a llevar no me deja tiempo suficiente para adquirir un hábito de meditación que se atenga a vuestras normas. Ora los intereses de mi Casa, que no puedo descuidar, ora coloquios y distracciones que no puedo eludir atribulan con tal fuerza esta mente tan débil, irritándola o hastiándola, que adolece, luego, de prolongada incapacidad para cualquier otra cosa. Sirva esto para disculpar, así lo espero, la necedad que demuestro al no conseguir comprender la idea de que debemos

percatarnos de cómo el alma (inmaterial y carente de extensión) puede mover el cuerpo atendiendo a esa otra idea vuestra, anterior, referida a la gravedad; ni por qué ese poder para impulsar el cuerpo hacia el centro de la tierra que, a la sazón, le atribuísteis de forma equivocada, dándole el nombre de cualidad, debe persuadirnos más bien de que algo inmaterial puede mover un cuerpo y de que la demostración de una verdad contraria (que nos prometéis en vuestra *Física*) nos confirma en la opinión de que es algo imposible, sobre todo porque esa idea (que no puede aspirar a la misma perfección y realidad objetiva que la de Dios) puede ser fruto fingido del desconocimiento de qué es lo que impulsa en realidad esos cuerpos hacia el centro de la Tierra. Y puesto que no dan los sentidos con causa material alguna, habría podido atribuirse a su contrario, lo inmaterial, que, empero, no he sido nunca capaz de concebir sino como negación de la materia, que no puede tener comunicación alguna con ella.

Y confieso que me sería más fácil otorgar al alma materia y extensión que concederle a un ser inmaterial la capacidad de mover un cuerpo y de que éste lo mueva a él. Pues si lo primero se realizase mediante la información, sería menester que esos espíritus que tienen a su cargo el movimiento fueran inteligentes, y eso vos no se lo concedéis a nada que sea corporal. Y aunque mostráis la posibilidad de lo segundo en vuestras *Meditaciones filosóficas*, hay, no obstante, gran dificultad en comprender que un alma, tal y como vos la habéis descrito, tras haber poseído la facultad y el hábito de razonar cabalmente, pueda perder por completo tales cosas por efecto de algún desfallecimiento, y que, siendo así que puede el alma subsistir sin el cuerpo y nada tiene en común con él, esté tan sometida a éste.

Pero, desde que habéis tomado mi instrucción a vuestro cargo,

ya no considero esas formas de sentir sino como amigas que no podrán permanecer conmigo mucho tiempo, pues es mucha la certidumbre que tengo de que me explicaréis tanto la naturaleza de una substancia inmaterial, y de qué forma actúa y manifiesta sus pasiones en el cuerpo, cuanto todas las demás cosas que os proponéis mostrar. Os ruego, además, que tengáis por muy cierto que no haréis nunca caridad tal a persona que vaya a agradecerosla con mayor vehemencia que vuestra devota amiga

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond de Hoef, a 28 de junio de 1643

Señora:

Obligadísimo quedo a Vuestra Alteza de que, tras haber padecido mis torpes explicaciones anteriores en lo tocante a las cuestiones que me hizo el honor de exponerme, se digne, además, tener la paciencia de volver a atenderlas y proporcionarme la oportunidad de caer en la cuenta de lo que había omitido. Me parece, de entre ello, lo principal que, tras haber diferenciado tres categorías de ideas o nociones primitivas, cada una de las cuales conocemos de forma particular y mediante la comparación entre ellas, a saber, la noción que tenemos del alma, la que tenemos del cuerpo, y la de la unión que existe entre el alma y el cuerpo, tenía que haber explicado la diferencia que existe entre estas tres categorías de nociones, y entre las operaciones del alma que nos las proporcionan, y decir por qué medios podemos conseguir que todas nos resulten familiares y de fácil comprensión. Tenía, luego, tras decir por qué recurría a la comparación con la gravedad, que dejar bien claro que, aunque queramos concebir el alma como algo material (lo que equivale a concebir su unión con el cuerpo), no tardamos mucho en caer en la cuenta de que puede separarse de él. Creo que lo dicho abarca todo cuanto Vuestra Alteza me manda que trate.

Así pues, y en primer lugar, veo una gran diferencia entre estas tres categorías de nociones, puesto que el alma sólo puede concebirse mediante el entendimiento puro; el cuerpo, es decir, la extensión, las formas y los impulsos que lo mueven, puede tam-

bién conocerse sin más ayuda que la del entendimiento, pero es preferible que en ayuda del entendimiento acuda la imaginación; y, por fin, las cosas que atañen a la unión del alma y el cuerpo sólo se conocen de forma muy obscura con la única ayuda del entendimiento, y otro tanto sucede si la imaginación ayuda al entendimiento. Mas los sentidos las dan a conocer con gran claridad. De ahí que a quienes no filosofan nunca y no usan nunca sino de sus sentidos, no les quepa duda de que el alma mueve el cuerpo y el cuerpo influye en el alma, pero los consideran a ambos como una sola cosa, es decir, conciben su unión, pues concebir la unión que existe entre dos cosas equivale a concebirlas como una sola. Y las reflexiones metafísicas, con las que se ejercita el entendimiento puro, sirven para tornarnos familiar la idea del alma; y el estudio de las matemáticas, que ejercita de forma principal la imaginación al someter a su consideración formas y movimientos, nos acostumbra a tener nociones claras del cuerpo. Por fin, cuando atendemos sólo a lo que nos muestra la vida y a conversaciones intrascendentes y nos abstenemos de meditar y estudiar las cosas que ejercitan la imaginación, aprendemos a concebir la unión del alma con el cuerpo.

Casi me embarga el temor de que Vuestra Alteza crea que no hablo en serio cuando digo esto; mas ello iría en contra del respeto que le debo y que siempre le tendré. Y puedo decir, sin faltar en absoluto a la verdad, que la norma principal a que me he atenido siempre en mis estudios y me ha resultado de mayor utilidad, a lo que creo, para adquirir algunos conocimientos, ha sido la de no dedicar a diario sino muy pocas horas a los pensamientos que mantienen ocupada la imaginación, y poquísimas horas al año a los que sólo mantienen ocupado el entendimiento, empleando todo el tiempo sobrante en dar suelta a los sentidos y

descanso a la mente. Incluyo, incluso, en el ejercicio de la imaginación todas las conversaciones serias y todo aquello de lo que tiene que estar pendiente la atención. Esto es lo que me ha movido a retirarme al campo, pues aunque, incluso en la ciudad más ajetreada del mundo, podría disponer de no menos horas de las que dedico en la actualidad al estudio, no podría, desde luego, hacerlo con el mismo provecho si tuviera la mente fatigada por la atención que requieren los engorrosos asuntos cotidianos. Y me tomo la libertad de escribir esto a Vuestra Alteza para darle testimonio de cuán sincera admiración me causa que, pese a los negocios y cuidados de que nunca carecen las personas en las que se da la conjunción de una mente elevada y una alta cuna, haya podido entregarse a las meditaciones indispensables para ahondar en la distinción entre el alma y el cuerpo.

Pero opino que se ha debido a tales meditaciones, más que a los pensamientos que requieren una atención menor, el que le haya parecido obscura la noción que de la unión de ambos tenemos. Pues no me parece que la mente humana pueda concebir con claridad al tiempo la distinción entre el alma y el cuerpo y su unión, puesto que, para ello, es menester concebirlas, simultáneamente, como una sola cosa y como dos, y en ello hay contradicción. Ya este respecto (dando por hecho que se hallan aún muy presentes en la mente de Vuestra Alteza las razones que prueban la distinción entre el alma y el cuerpo y no queriendo rogarle que prescinda de ellas para representarse esa noción de la unión que todos sentimos en nuestro fuero interno sin necesidad de filosofar, a saber, que lo que existe es una persona única, que tiene a un tiempo cuerpo y pensamiento, y que son ambos de naturaleza tal que ese pensamiento puede mover el cuerpo y sentir los accidentes que le acaecen), recurrí anteriormente a la

comparación con la gravedad y otras cualidades que solemos concebir unidas a determinados cuerpos, del mismo modo que el pensamiento va unido al nuestro. Y no me preocupó que esa comparación cojease por no ser dichas cualidades reales, que es como las imaginamos, al creer que Vuestra Alteza estaba ya persuadida por completo de que el alma es una substancia distinta del cuerpo.

Pero, puesto que Vuestra Alteza comenta que, no siendo el alma material, es más fácil atribuirle materia y extensión que capacidad para mover el cuerpo y que éste la mueva, le ruego que tenga a bien otorgar al alma sin reparos la materia y la extensión dichas, pues concebirla unida al cuerpo no es sino eso. Y tras haberlo concebido con claridad y haberlo sentido en su fuero interno, le será fácil pensar que esa materia que ha atribuido al pensamiento no constituye el pensamiento en sí y que la extensión de esa materia es de naturaleza diferente a la extensión del pensamiento, porque aquélla reside en un lugar determinado y excluye de él la extensión de cualquier otro cuerpo, cosa que no acontece con ésta. Y, así, no podrá por menos Vuestra Alteza de volver a distinguir fácilmente el alma del cuerpo sin que sea óbice para ello el haber concebido su unión.

Diré, para concluir, que de la misma forma en que creo que es muy necesario haber comprendido bien una vez en la vida los principios de la metafísica, porque ellos son los que nos proporcionan el conocimiento de Dios y de nuestra alma, creo también que sería muy perjudicial tener el entendimiento ocupado en esa meditación con excesiva frecuencia, puesto que, en tal caso, no podría dedicarse de forma adecuada a las funciones de la imaginación y los sentidos. Opino, pues, que lo más aconsejable es contentarse con conservar en la memoria y en las creencias las con-

clusiones anteriormente aceptadas y dedicar luego el tiempo restante al estudio y a los pensamientos en los que, junto con el entendimiento, intervienen la imaginación y los sentidos.

La devoción con que sirvo a Vuestra Alteza me autoriza a albergar la esperanza de que mi sinceridad no le desagrade. Esa misma devoción me predisponía a tratar la cuestión propuesta con mayor extensión para intentar aclarar sin más demora cuantas dificultades pueda haber en ella. Mas una enojosa noticia que acaba de llegarme de Utrecht, en donde me cita el magistrado para examinar lo que escribí acerca de uno de sus ministros<sup>4</sup>, sin tener en cuenta que se trata de un hombre que me ha calumniado de forma indigna ni que lo que yo escribí acerca de él no es de pública notoriedad, me obliga a concluir aquí para dedicarme a arbitrar los medios de librarme lo antes posible de tan ingratos pleitos.

Ruego a Vuestra Alteza que me considere su más humilde y obediente servidor

DESCARTES

<sup>4</sup> Gisbert Voët o Voetius (1585-1676), ministro, predicador y profesor de la Universidad de Utrecht, uno de los más constantes y duros adversarios del cartesianismo, atacará la nueva filosofía desde 1699 atacando a Regius (bajo la acusación de ateísmo)

## De Isabel a Descartes

La Haya, primero de julio de 1643

Señor Descartes:

Mucho me temo que os impone tantas incomodidades la estima que por vuestras enseñanzas siento y mi deseo de disfrutar de ellas como la ingratitud de quienes prescinden de esas enseñanzas voluntariamente y querrían que prescindiera también el género humano. No os habría enviado este nuevo fruto de mi ignorancia antes de saberos libre de las molestias de la empecinada persecución de esas personas si el señor Van Bergen<sup>5</sup> no me hubiera obligado a hacerlo antes de lo que yo estimaba oportuno, al llevar la cortesía hasta no querer irse de la ciudad si no le entregaba una respuesta a vuestra carta del 28 de junio, que me hizo ver con claridad las tres categorías de nociones con las que contamos, a qué atañen y cómo debemos aplicarlas.

También a mí me parece que los sentidos me muestran que el alma mueve el cuerpo; mas no me instruyen (como tampoco lo hacen el entendimiento y la imaginación) acerca de la forma en que lo hace. Ello es lo que me mueve a pensar que el alma tiene propiedades que no conocemos y pudieran, quizá, trastocar esa carencia de extensión del alma de la que, con sus excelentes razones, me convencieron vuestras *Meditaciones metafísicas*. Y dicha duda parece fundamentarse en la norma que dais en ellas, cuando habláis de lo verdadero y de lo falso y decís que todo error pro-

cede del hecho de que nos forjamos opiniones de cosas que no vemos con claridad suficiente. Aunque el pensamiento no precise de la extensión, tampoco es cosa que le repugne, por lo que puede convenir a alguna otra función del alma no menos esencial. Al menos, destruye la contradicción de los Escolásticos de que se reside por entero en todo el cuerpo y por entero en cada una de sus partes. No me disculpo por confundir, lo mismo que el vulgo, la noción del alma con la del cuerpo; pero no por ello salgo de la primera duda. Y perderé toda esperanza de hallar certidumbre en cosa alguna del mundo si no me viene de vos, pues sólo vos habéis estorbado ese escepticismo mío al que me llevaba mi forma espontánea de razonar.

Aunque el agradecimiento me obligue a esta confesión, la tendría por muy imprudente de no ser porque conozco bien vuestra bondad y vuestra generosidad, que nada tienen que envidiar a vuestros demás méritos. No podéis darme testimonio de ellas que más os agradezca que estos consejos y aclaraciones que me proporcionáis y que tengo en más que los mayores tesoros que pueda nunca llegar a poseer.

Vuestra devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>5</sup> Antoine van Surck o Zurck, señor de Bergen, banquero y amigo de Descartes, distribuirá en Holanda los *Principios* y será depositario de escritos de Descartes a la partida de éste para Suecia.

## De Descartes a Isabel

Egmond de Hoef, noviembre de 1643

Señora:

Habiendo sabido por el señor De Pollot<sup>6</sup> que interesa a Vuestra Alteza el problema de las tres circunferencias<sup>7</sup> y ha hallado la forma de resolverlo no dando por supuesta sino una única magnitud desconocida, me he creído en la obligación de explicarle en esta carta por qué yo propongo varias y de qué forma las despejo.

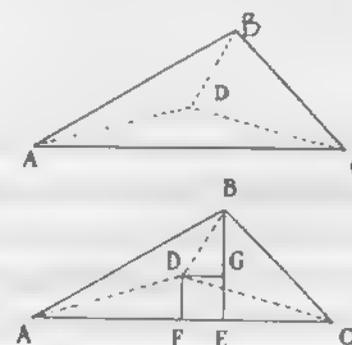
Me cuido siempre muy mucho, cuando resuelvo un problema de Geometría, de que las líneas que utilizo a tal efecto sean paralelas o se corten en ángulo recto cuantas veces sea posible. Y no recurro a más teoremas que a los siguientes: los lados de los triángulos semejantes tienen entre sí proporciones semejantes y en los triángulos rectángulos el cuadrado de la base es igual a la suma de los dos cuadrados de los lados. Y, para reducir el problema a estos términos y que sólo dependa su solución de esos dos teoremas, no tengo empacho en suponer varias magnitudes desconocidas; prefiero, antes bien, suponer cuantas pueda. Pues, de esa forma, veo con más claridad cuanto hago y, al despejar esas incógnitas, me cuesta menos hallar los caminos más cortos y me dispense de multiplicaciones superfluas. Mientras que, si se trazan otras líneas y se recurre a otros teoremas, aunque puede suceder, por azar, que el

<sup>6</sup> Véase nota 1. La grafía de los nombres propios varía no tan sólo a lo largo de la correspondencia, sino que incluso el mismo autor escribe de formas diferentes los nombres de personas y geográficos. De Pollot es el Pollottin de la primera carta.

<sup>7</sup> Dados tres círculos, encontrar un cuarto tangente a los otros tres.

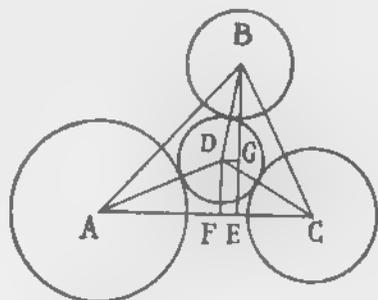
camino hallado sea más corto que el mío, las más de las veces suele ocurrir, empero, lo contrario. Y no vemos con tanta claridad lo que estamos haciendo, a menos que tengamos muy presente la demostración del teorema que aplicamos. Y, si tal cosa sucede, resulta casi siempre que se fundamenta en la consideración de unos cuantos triángulos que son o rectángulos o semejantes entre sí, con lo que se vuelve al camino que propugno.

Si queremos, por ejemplo, investigar el problema de las tres circunferencias aplicando un teorema que permita hallar el área de un triángulo recurriendo a sus tres lados, no hay necesidad alguna de plantear una magnitud desconocida. Pues si A, B, C son los centros de las tres circunferencias dadas, y D, el centro de la circunferencia buscada, ya están dados los tres lados del triángulo



lo A B C; y las tres líneas A D, B D, C D son los tres radios de los círculos dados junto con el radio del círculo buscado, de forma tal que, suponiendo una magnitud  $x$  para este radio, conocemos todos los lados de los triángulos A B D, A C D, B C D; y, por consiguiente, podemos conocer sus áreas, que, juntas, son iguales al área del triángulo dado A B C; y con esta ecuación se puede saber

cuánto mide el radio  $x$ , que es cuanto se necesita para solucionar el problema. Pero me parece que este camino desemboca en tantas multiplicaciones superfluas que pocos me parecerían tres meses para realizarlas. Y, por eso, en vez de las dos líneas oblicuas  $A B$  y  $B C$ , trazo las tres perpendiculares  $B E$ ,  $D G$  y  $D F$  y, atribuyéndoles tres magnitudes desconocidas, una para  $D F$ , otra para



$D G$ , y otra para el radio del círculo buscado, conozco todos los lados de los tres triángulos rectángulos  $A D F$ ,  $B D G$ ,  $C D F$ , que me dan tres ecuaciones porque en cada uno de ellos el cuadrado de la base es igual a los cuadrados de los lados.

Y así, tras haber planteado tantas ecuaciones como magnitudes desconocidas he supuesto, miro a ver si, con cada una de esas ecuaciones puedo hallar una de dichas magnitudes de forma sencilla; y, si no es posible, intento salir del paso sumando o restando una o varias ecuaciones. Por fin, si esto no basta, y sólo entonces, me planteo si no sería mejor introducir alguna variación en los términos. Pues, si se hace esta operación de forma hábil, poco cuesta encontrar los caminos más cortos y se pueden intentar infinidad de ellos en muy poco tiempo.

Así, en el presente ejemplo, supongo que las tres bases de los triángulos son

$$\begin{aligned} A D &= a + x, \\ B D &= b + x, \\ C D &= c + x, \end{aligned}$$

y, tomando  $A E = d$ ,  $B E = e$ ,  $C E = f$ ,

$$D F \text{ o } G E = y, \quad D G \text{ o } F E = z,$$

obtengo para los lados de esos mismos triángulos:

$$\begin{aligned} A F &= d - z \quad \text{y} \quad F D = y, \\ B G &= e - y \quad \text{y} \quad D G = z, \\ C F &= f + z \quad \text{y} \quad F D = y. \end{aligned}$$

A continuación, considerando el cuadrado de cada una de esas bases igual al cuadrado de los lados, obtengo las tres ecuaciones siguientes :

$$\begin{aligned} a a + 2 a x + x x &= d d - 2 d z + z z + y y, \\ b b + 2 b x + x x &= e e - 2 e y + y y + z z, \\ c c + 2 c x + x x &= f f + 2 f z + z z + y y, \end{aligned}$$

y veo que, sólo con una de ellas no puedo hallar ninguna de las magnitudes desconocidas sin sacar la raíz cuadrada, lo cual complicaría en exceso el problema. Y me remito, pues, al segundo procedimiento, que consiste en relacionar dos ecuaciones; me percató entonces en el acto de que, al ser semejantes en las tres los miembros  $x x$ ,  $y y$  y  $z z$ , si resto dos entre sí, escogidas a voluntad, se anularán y no me quedarán ya más miembros desconocidos que  $x$ ,  $y$  y  $z$ , todos simples. Veo también que, si resto la segunda de la primera o de la tercera, obtendré los tres miembros  $x$ ,  $y$  y  $z$ ; pero si resto la primera de la tercera, sólo me quedarán  $x$  y  $z$ . Escojo, pues, dicho camino y obtengo:

$$c c + 2 c x - a a - 2 a x = f f + 2 f z - d d + 2 d z,$$

$$\text{o bien } z = \frac{cc - aa + dd - ff + 2cx - 2ax}{2d + 2f}$$

$$\text{o bien } \frac{1}{2}d - \frac{1}{2}f + \frac{cc - aa + 2cx - 2ax}{2d + 2f}$$

Luego, restando la segunda ecuación de la primera o de la tercera (pues ambas operaciones son equivalentes), y substituyendo  $z$  por los miembros que acabo de hallar, obtengo con la primera y la segunda:

$$aa + 2ax - bb - 2bx = dd - 2dz - ee + 2ey,$$

o bien

$$2ey = ee + aa + 2ax - bb - 2bx - dd \\ + dd - df + \frac{ccd - aad + 2cdx - 2adx}{d + f}$$

$$\text{o bien } y = \frac{1}{2}e - \frac{bb}{2e} - \frac{bx}{e} - \frac{df}{2e} + \frac{ccd + aaf + 2cdx + 2afx}{2ed + 2ef}$$

Y para terminar, volviendo a una de las tres primeras ecuaciones y poniendo, en vez de  $y$  o  $z$ , las magnitudes equivalentes, y los cuadrados de esas cantidades en lugar de  $yy$  y  $zz$ , hallamos una ecuación de la que sólo desconocemos  $x$  y  $xx$ , de forma tal que el problema está resuelto y no hay necesidad de seguir más allá. Pues el resto ni educa la mente ni la recrea y no sirve sino para poner a prueba la paciencia de los amigos de los cálculos laboriosos. Y temo, incluso, haber aburrido a Vuestra Alteza al haberme demostrado en escribirle estas cosas; pues no me cabe duda de que las

sabía mejor que yo y no entrañan dificultad alguna; pero constituyen, empero, las claves de mi álgebra. Ruego humildemente a Vuestra Alteza que tenga por cierto que todo se debe a la devoción que por ella siento y, asimismo, que me tenga por su más humilde y obediente servidor

DESCARTES

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 21 de noviembre de 1643

---

Señor Descartes:

Si fuera tan grande mi habilidad para acogerme a vuestros consejos como lo es mi deseo de hacerlo, podríais comprobar sin tardanza los efectos de vuestra caridad en los progresos que ya tendría hechos tanto en mi capacidad de razonar como en el álgebra, mas no puedo aún mostraros sino mis defectos. Aunque tan acostumbrada estoy ya a exponerlos a vuestros ojos que me sucede como a los pecadores empedernidos, que han dejado de avergonzarse de sus culpas. Y por eso tenía el propósito de enviaros la solución al problema que me habéis mandado con el sistema que antaño me enseñaron, tanto para obligaros a explicarme los fallos cuanto porque no estoy versada en el vuestro. Pues no se me ocultaba que había fallos en mi solución, puesto que no parecía lo suficientemente clara para desembocar en un teorema. Mas nunca habría dado con el porqué a no ser por vuestra última carta, que me proporciona todo el contento al que aspiraba y con la que aprendo más de lo que habría aprendido en seis meses con mi maestro. Mucho os lo agradezco, y nunca habría perdonado al señor De Pallotti que se hubiera atendido a vuestras órdenes<sup>8</sup>. No consintió en dármela, no obstante, más que con la condición de que os enviara lo que yo había hecho. No me tengáis, pues, en cuenta el fastidio superfluo que os causo, ya que

hay pocas cosas que yo no haría con tal de merecer los efectos de vuestra buena disposición hacia mí, que estimo en lo que vale, que es mucho.

Vuestra devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>8</sup> Descartes había ordenado a Pollot que no entregara la carta anterior en caso de que Isabel preferiera buscar por sí misma la solución.

## De Descartes a Isabel

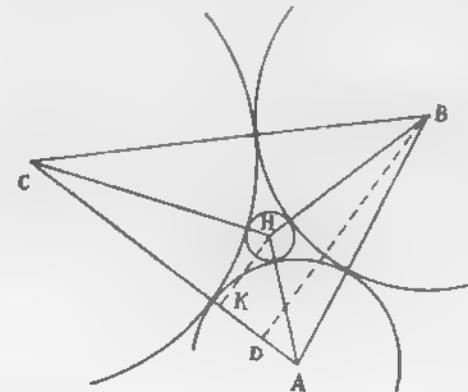
Egmond de Hoef, noviembre de 1643

Señora:

La solución que Vuestra Alteza tuvo a bien enviarme<sup>9</sup> es tan atinada que a nada más puede aspirarse; y no sólo quedé grandemente sorprendido al verla, sino que no puedo por menos de añadir que me sentí también arrebatado de gozo y colmado de orgullo al comprobar que el cálculo al que recurre Vuestra Alteza es en todo parecido al que propuse en mi *Geometría*. Sabía por experiencia que la mayoría de las mentes que tienen facilidad para la comprensión de los razonamientos metafísicos no comprenden bien los del álgebra y, a la recíproca, que aquellos a quienes no les cuesta entender éstos suelen ser incapaces de entender aquéllos. Y no conozco caso como el de Vuestra Alteza, quien tiene igual facilidad de entendimiento para todas las cosas. Cierto es que contaba ya con tantas pruebas de ello que no podía caberme duda alguna; y lo único que temía era que le faltara la paciencia requerida para enfrentarse, en un principio, a las dificultades que presenta el cálculo, pues es dicha paciencia virtud muy poco frecuente entre las mentes preclaras y las personas de prosapia.

Ahora que ha superado esa dificultad, hallará un deleite infinitamente mayor en todo lo demás; y si, en vez de llevar a cabo la substitución de varias letras, como lo ha hecho con frecuencia en la presente ocasión, hace otro tanto con una sola, no le resultará tedioso el cálculo. Es algo que puede hacerse casi siempre cuan-

do sólo se pretende comprender la naturaleza de un problema, es decir, saber si puede resolverse con la regla y el compás o si hay que recurrir a otras líneas curvas de la primera o la segunda categoría, etcétera, y cuál es el camino para hallar dicha solución; y con esto es con lo que suelo contentarme en lo referido a problemas específicos. Pues soy del parecer de que el abundamiento en indagar la construcción y la demostración mediante los postulados de Euclides, escamoteando el procedimiento algebraico, no es sino entretenimiento de geómetras de poca monta, que no precisa ni de mucho ingenio ni de mucha ciencia. Pero cuando queremos rematar bien algún problema para convertirlo en teorema que haga las veces de norma general y permita resolver otros semejantes, es menester conservar hasta el final todas y cada una de las letras que propusimos al comienzo. O, si cambiamos algunas por comodidad del cálculo, hay que recobrarlas luego, antes de la conclusión, porque sucede que varias de ella suelen anularse entre sí, y eso no resulta patente si las hemos cambiado.



<sup>9</sup> No hay constancia de la solución dada en una carta desaparecida.

También es conveniente velar por que las cantidades que representamos con letras tengan entre sí, en cuanto sea posible, una relación semejante; de esta forma, el teorema es más breve y vistoso porque lo que se enuncia de una de esas cantidades se enuncia igualmente de las otras, con lo que no podemos errar el cálculo, puesto que las letras que representan cantidades que tienen entre sí la misma relación deben hallarse repartidas de la misma forma. Y cuando esto no sucede, nos percatamos del error.

Así, para hallar un teorema que demuestre cuál es el radio de la circunferencia tangente a las tres cuya posición está dada, no deberíamos, en este ejemplo, asignar las letras  $a, b, c$  a las líneas  $A D, D C, D B$ , sino a las líneas  $A B, A C$  y  $B C$ , por cuanto éstas tienen todas la misma relación con las tres  $A H, B H$  y  $C H$ , cosa que no sucede con aquéllas. Y prosiguiendo el cálculo con esas seis letras, sin cambiarlas ni añadir otras, por el camino que tomó Vuestra Alteza (que es, en esto, preferible al que yo proponía) debemos llegar a una ecuación muy regular que nos proporcionará un teorema bastante breve, ya que las tres letras  $a, b, c$  están aquí dispuestas de igual forma, y también las otras tres  $d, e, f$ .

Pero al ser el cálculo engorroso, si es que Vuestra Alteza desea intentarlo, le será más llevadero, suponiendo que las tres circunferencias dadas sean tangentes entre sí, no utilizar en todo el procedimiento más que las cuatro letras  $d, e, f, x$ , que, por corresponder a los radios de las cuatro circunferencias, tienen relación semejante entre sí. Y, en primer lugar, hallará

$$A K = \frac{dd + df + dx - fx}{d + f}, \quad \text{y } A D = \frac{dd + df + de - fe}{d + f},$$

donde puede ya observar que  $x$  es, en la línea  $A K$ , como  $e$  en la línea  $A D$ , puesto que se halla en el triángulo  $A H C$  como ésta en el triángulo  $A B C$ . Y llegará, por fin, a la ecuación siguiente,

$$\begin{aligned} + ddeeff &= 2 deffxx + 2 deeffx \\ + ddeexx &+ 2 deeffx + 2 ddeeffx \\ + ddffxx &+ 2 ddeffx + 2 ddeeffx \\ &effxx, \end{aligned}$$

de la que se deriva el teorema de que las cuatro cantidades que resultan de multiplicar juntos los cuadrados de tres de estos radios arrojan el doble de seis, que se consigue con la multiplicación de dos de estos radios entre sí y por los cuadrados de los otros dos; lo que basta como norma para hallar el radio de la mayor circunferencia que pueda trazarse entre las tres tangentes dadas. Pues si los radios de éstas son, por ejemplo,  $\frac{d e f}{234}$ , obtendré 576 para  $ddeeff$ , y 36  $xx$  para  $ddeexx$ , y lo mismo sucederá en los demás casos. Con lo cual, hallaré

$$x = \frac{156}{47} + \sqrt{\frac{31104}{2209}}$$

si no me he confundido en el cálculo que acabo de realizar.

Yaquí puede ver Vuestra Alteza dos procedimientos harto diferentes para un mismo problema, a tenor de los diferentes propósitos que se tengan. Pues si pretendo conocer la naturaleza de éste y por qué procedimiento debo resolverlo, me baso en las líneas perpendiculares o paralelas y planteo varias magnitudes desconocidas para no tener que realizar ninguna multiplicación innecesaria y percatarme mejor de los caminos más cortos; pero, si quiero apurarlo, me baso en los lados del triángulo y sólo planteo una incógnita. Pero hay incontables problemas en los que el

mismo camino sirve para ambos propósitos y no me cabe duda de que no tardará en alcanzársele a Vuestra Alteza hasta dónde puede llegar la mente humana en esta ciencia. No podría caberme dicha mayor que la de contribuir a ello por poco que sea, pues me mueve el muy particular empeño que tengo, Señora, en ser el muy humilde y muy obediente servidor de Vuestra Alteza

DESCARTES

## De Descartes a Isabel

París, julio de 1644 (?)<sup>10</sup>

Señora:

Nada enojoso podía sucederme en este viaje puesto que he tenido la dicha de que, mientras viajaba, Vuestra Alteza me tuviera en su recuerdo. La benévola carta que me lo prueba es la cosa de más valor que podía recibir en este país. Y mi felicidad habría sido completa a no ser porque me instruye de que, como consecuencia de la enfermedad que padecía Vuestra Alteza antes de que yo saliera de La Haya, la aqueja aún cierta indisposición de estómago. Los remedios que ha elegido, a saber, la dieta y el ejercicio, son, a mi parecer, los mejores si descontamos los del alma, que tiene, sin la menor duda, gran poder sobre el cuerpo, como nos lo demuestran las fuertes alteraciones que en él provocan la ira, el temor y las demás pasiones. Pero no es directamente con la voluntad cómo pone el alma los espíritus en aquellos lugares en que pueden ser útiles o dañinos, sino únicamente queriendo o pensando cualquier otra cosa. Pues está hecho nuestro cuerpo de forma tal que algunos impulsos van de forma natural en pos de ciertos pensamientos: así vemos que el rubor del rostro es consecutivo a la vergüenza; las lágrimas, a la compasión; y la risa, a la alegría. Y no conozco pensamiento más favorable para conservar la salud que ése que consiste en un fuerte convencimiento y una firme creencia de que, una vez recobrada la salud, no es fácil

<sup>10</sup> Esta carta no tiene fecha en el original. La fecha de julio de 1644 es la que establece Ferdinand Alquié en *Descartes. Oeuvres philosophiques*, Garnier, París 1973, vol. III, pág. 79, fecha aceptada en las ediciones posteriores.

enfermar, a menos que se cometa algún exceso notable o que nos perjudiquen la temperie o cualesquiera otras causas externas; así como el de que, estando enfermo, es fácil reponerse contando sólo con el poder de la naturaleza y, muy en especial, en la juventud. Y es, sin duda, esta convicción mucho más cierta y sensata que la de algunas personas, quienes, por palabras de un astrólogo o un médico, creen firmemente que morirán dentro de cierto plazo, y sólo con ese pensamiento enferman e incluso mueren con bastante frecuencia, como he visto que les sucedió a varias. Pero no podría por menos de sentir gran tristeza si pensara que aún dura la indisposición de Vuestra Alteza; prefiero, pues, la esperanza de que haya desaparecido ya; aunque, no obstante, el deseo de tener la certidumbre de ello me infunde vehementes ansias de regresar a Holanda.

Me propongo salir de aquí dentro de tres o cuatro días para dirigirme a Poitou y a Bretaña, donde están los asuntos que aquí me han traído. Mas no bien haya puesto en ellos aunque no sea más que un poco de orden, nada desearé tanto como regresar a esos lugares en los que he tenido la dicha de que me cupiera el honor de conversar a veces con Vuestra Alteza. Pues, aunque haya en estas comarcas muchas personas a las que honro y estimo, nada he encontrado aún, empero, que pueda retenerme en ellas, amén de que me considero más allá de cuanto pueda expresar ...

## De Isabel a Descartes

La Haya, primero de agosto de 1644

Señor Descartes:

He de daros las gracias por el presente que, por encargo vuestro, me ha traído el señor Van Bergen; y mi conciencia me reprocha que no podré agradecéroslo tanto como se merecería sólo con que me reportara el mismo beneficio que de vos recibe nuestro siglo, que os debe tanto cuanto los precedentes pagaron a los inventores de las ciencias, ya que sólo vos habéis demostrado su existencia. ¿Hasta dónde no alcanzará, pues, mi deuda ya que no os limitáis a instruirme, sino que me asociáis en parte a vuestra gloria al darme ese testimonio público de vuestra amistad y vuestra aprobación?<sup>11</sup> Los pedantes dirán que para hacerme digna de ello os veis en la obligación de fundar una nueva moral. Pero la tomo por norma de mi existencia, al no sentir sino en el primer grado, que cuenta con vuestra aprobación, el deseo de ilustrar mi entendimiento e ir en pos del bien que conoce. A este empeño debo el comprender vuestras obras, que no resultan obscuras sino a quienes las examinan desde los principios de Aristóteles, o con mucho desaliño, pues los más sensatos de los doctores de este país me han confesado que no las estudian por considerarse demasiado ancianos para iniciarse en un nuevo método, tras haber consumido la fuerza del cuerpo y de la mente en el antiguo.

Pero muy mucho me temo que os retractaréis, y con justicia, de

<sup>11</sup> Se está refiriendo a la dedicatoria de los *Principios de Filosofía*.

la opinión que de mi capacidad de comprensión os habíais formado cuando sepáis que no entiendo de qué forma el hidrargirio puede sufrir tanta agitación y ser, a un tiempo, tan pesado, contradiciendo vuestra definición del peso; y aunque el cuerpo E, en la figura de la página 225<sup>12</sup>, lo oprima cuando se halla debajo, ¿por qué ha de resentirse de esa traba cuando está encima, más de lo que le sucede al aire cuando sale de un vaso en el que ha estado comprimido?

La segunda dificultad que se me ha presentado es la de que puedan pasar esas partículas estriadas como conchas de caracol por el centro de la tierra sin que las arrugue o las desfigure el fuego que allí hay, como les sucedió en un comienzo, cuando constituyeron el cuerpo M. Sólo la velocidad de su tránsito puede evitarlo, y decís en las páginas 133 y 134<sup>13</sup> que no la precisan para ir en línea recta y que, por consiguiente, son las partes menos móviles del primer elemento las que fluyen de esta forma por los glóbulos del segundo. También me asombra que den tan gran rodeo al salir de los polos del cuerpo M y pasen por la superficie de la tierra para regresar al otro, puesto que podrían hallar un camino más próximo por el cuerpo C.

Sólo os muestro aquí, de vuestro libro, las razones de mis dudas, pues las de mi admiración son infinitas, y también las de mi gratitud, a las que debo añadir la bondad que tuvisteis de darme noticias vuestras y también preceptos para la conservación de mi salud. De aquéllas, me alegraron en gran manera el buen éxito de vuestro viaje y la confirmación de vuestro propósito de regresar; y me fueron éstas de gran provecho, puesto que ya noto

<sup>12</sup> *Principios de Filosofía*, Parte IV, 58-59 (Alianza Ed., trad. de Guillermo Quintás, págs. 308-309)

<sup>13</sup> *Ibidem*, Parte III, 88-90 (págs. 196-197)

sus beneficios en mi persona. No habéis mostrado al señor Voe-tius el peligro que hay en ser enemigo vuestro tanto como a mí el privilegio de contar con vuestra benevolencia, pues, si lo hubie-rais hecho, tanto empeño pondría en vanagloriarse de ese título cuanto pongo yo en merecer el de vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Le Crévis, agosto de 1644

Señora:

El favor con que me honra Vuestra Alteza al no hallar motivo de desagrado en que me haya atrevido a darle público testimonio de la estima en que la tengo y de cuánto pretendo honrarla es mayor y me obliga en mayor grado que cualquier otro que pudiera nadie hacerme. No tengo temor alguno de que puedan acusarme de haber modificado nada de lo que a la moral se refiere para mostrar lo que en este asunto opino y siento, ya que lo que he escrito es tan cierto y meridiano que seguro estoy de que no habrá hombre sensato que no lo haga suyo. Pero temo que lo que he puesto en el resto del libro sea más discutible y obscuro, puesto que Vuestra Alteza halla en ello dificultades.

La que tiene que ver con el peso del hidrargirio es de gran enjundia y hubiese intentado aclararla más de no ser porque, al no haber examinado aún lo suficiente la naturaleza de este metal, temí entrar en contradicción con lo que consiga averiguar más adelante. Todo cuanto puedo decir ahora es que estoy persuadido de que en las partículas del aire, del agua y de todos los demás cuerpos terrestres hay varios poros por los que puede pasar la materia muy sutil; y esta convicción es consecuencia bastante lógica de la forma en que he dicho que se formaron. Ahora bien, basta con decir que las partes del hidrargirio y de los demás metales tienen menor cantidad de poros para que se comprenda el porqué del mayor peso de esos metales. Pues, por ejemplo, incluso aunque admitiéramos que las partes del agua y las del hidrargi-

rio tenían similar tamaño y forma y que sus movimientos eran semejantes, bastaría con suponer que todas y cada una de las partes del agua son como unos cordelillos muy blandos y sueltos, pero que las del hidrargirio, al tener menos poros, son como otros cordelillos mucho más duros y más prietos, para que se entendiera que el peso del hidrargirio tiene que ser mucho mayor que el del agua.

Y en lo tocante a las partículas estriadas como conchas de caracol, no debe maravillar a Vuestra Alteza que no las destruya el fuego del centro de la tierra. Pues, al no componerse ese fuego sino, únicamente, de materia muy sutil, puede arrastrarlas a gran velocidad, pero no las hace chocar contra otros cuerpos duros, que sería el requisito necesario para que se quebrasen o divadiesen.

Por lo demás, no es excesivo el rodeo de esas partículas estriadas para regresar de un polo al otro. Pues supongo que la mayoría pasan por el centro de la tierra; de forma tal que sólo las que no hallan forma de pasar por un nivel más bajo regresan por el aire. Y ésa es la razón que doy de por qué la virtud del imán no nos parece tan poderosa en toda la mole de la tierra como en las piedras de imán pequeñas.

Mas suplico a Vuestra Alteza que me perdone si cuanto escribo aquí es confuso. No tengo aún en mi poder el libro cuyas páginas se ha dignado citar y viajo ininterrumpidamente. Aunque espero tener el honor, dentro de dos o tres meses, de presentarle mis respetos en La Haya. Ruego a Vuestra Alteza que me tenga por ...

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 18 de mayo de 1645

Señora:

Me ha causado gran sorpresa saber, por las cartas del señor De Pollot, que ha padecido Vuestra Alteza una prolongada enfermedad, y mucho me enoja mi retiro, por cuanto no me ha permitido tener más pronto conocimiento de ello. Cierto es que, aunque vivo tan apartado del mundo que nada sé de cuanto en él sucede, el celoso empeño que pongo en servir a Vuestra Alteza no me hubiera permitido permanecer tanto tiempo sin noticias de su salud, aunque ello me hubiera obligado a viajar a La Haya con el único fin de interesarme por él, de no ser porque, habiéndome escrito con muchas prisas el señor De Pollot hará unos dos meses, me prometió enviarme otra carta con el correo ordinario siguiente; y como nunca deja de darme noticias de cómo se encuentra Vuestra Alteza, mientras no recibí carta suya di por hecho que no había novedad en su estado. Pero he sabido por las últimas misivas del señor De Pollot que ha padecido durante tres o cuatro semanas una fiebre persistente acompañada de tos seca y que, tras librarse del mal durante cinco o seis días, éste regresó; aunque también he sabido que, mientras me llegaba esa carta (que ha rodado casi quince días por los caminos), Vuestra Alteza había empezado a mejorar de nuevo. Y veo en cuanto me dice las señas de un mal tan considerable, pero al que, no obstante, puede aportar remedio Vuestra Alteza de forma tan segura, que no puedo por menos de escribirle lo que de él opino. Pues, aunque no soy médico, el honor que me hizo Vuestra Alteza el verano

pasado, cuando quiso conocer lo que yo opinaba de otra indisposición que por entonces la aquejaba, me infunde la esperanza de que no incurriré en su desagrado si me tomo libertad tal.

La causa más ordinaria de la fiebre persistente es la aflicción; y en el empecinado ensañamiento que muestra la fortuna en contra de su noble Casa halla Vuestra Alteza continuos motivos de disgusto, tan públicos y notorios que no es preciso hacer grandes conjeturas ni estar muy al tanto del asunto para saber que aquí es donde reside la causa principal de su indisposición. Y es muy de temer que no pueda desembarazarse de ésta a no ser que, sacando fuerza de sus méritos, infunda gozo a su alma pese a las desdichas de la fortuna. Bien sé que pecaría de imprudente si quisiera imponer la alegría a alguien a quien la fortuna envía a diario nuevos motivos de desagrado, y no soy de esos crueles filósofos que pretenden que el sabio ha de ser insensible. Sé también que no afectan tanto a Vuestra Alteza sus desdichas personales cuanto las referidas a los intereses de su Casa y de las personas que le son caras; y veo en ello la más hermosa de todas las virtudes. Pues me parece que la diferencia que existe entre las almas más elevadas y las bajas y vulgares consiste principalmente en que las almas vulgares se dejan arrebatar por sus pasiones y no son dichosas o desgraciadas más que en tanto en cuanto les acontecen sucesos venturosos o desdichados; mientras que las otras poseen tal fuerza de raciocinio que, aunque también tengan pasiones, e incluso con frecuencia más violentas que las del vulgo, su razón es siempre, empero, la que manda, poniendo a su servicio esas mismas aflicciones y obligándolas a contribuir a la perfecta felicidad de que gozan ya en esta vida. Pues al considerarse, por una parte, inmortales y acreedoras de muy grandes venturas y, al considerar, por otra, que se hallan unidas a cuerpos mortales y frágiles, sujetos a

múltiples achaques y que no dejarán de perecer dentro de no muchos años, se esfuerzan cuanto pueden por granjearse el favor de la fortuna en esta vida, aunque en tan poca estima la tienen, por comparación con la eternidad, que casi no dan a los sucesos importancia mucho mayor de la que damos nosotros a los que presenciamos en las comedias. Y de la misma forma que, cuando las vemos representadas en un escenario, hallamos con frecuencia tanto recreo en las historias tristes y lamentables, aun cuando nos muevan a llanto, como en las jocosas, así esas almas elevadas de las que hablo toman satisfacción, en lo que a ellas atañe, de todo cuanto les acontece, incluso de lo más enojoso e insoportable. Y, por ejemplo, si padecen dolor en el cuerpo, se ejercitan en soportarlo con paciencia y les resulta grato poner a prueba su firmeza; o, viendo a sus amigos en grave aflicción, se compadecen de su mal y hacen cuanto pueden por remediarlo, no temiendo ni tan siquiera exponerse a la muerte, si menester fuere, para lograr su propósito. Y mientras tal hacen, el testimonio que les da su conciencia de estar cumpliendo con su deber y realizando una acción virtuosa y digna de elogio les aporta una dicha mayor que esa aflicción que de la compasión les nace. Y, para concluir, igual que las mayores venturas de la fortuna ni las embriagan nunca ni las tornan más insolentes, las grandes adversidades no pueden abatirlas ni infundirles tristeza tanta que haga enfermar el cuerpo al que van unidas.

Si dirigiera estas palabras a cualesquiera otras personas, temería que resultasen ridículas; mas como considero que Vuestra Alteza posee el alma más noble y elevada que me haya sido dado conocer, considero también que tiene que ser la más dichosa, y que lo será en verdad si tiene a bien bajar la vista hacia cuanto está en un nivel inferior al suyo y comparar el valor de los bienes

que posee y que nunca nadie podrá arrebatarse, con aquéllos de los que la ha privado la fortuna, así como con las desventuras que le procuran cuando se ceban en sus deudos; pues verá entonces que tiene grandes razones para congratularse de sus propios bienes. La celosa devoción que por Vuestra Alteza siento me ha llevado a extenderme en estas razones para las que solicito humildes disculpas en consideración de que proceden de persona que es ...

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 24 de mayo de 1645

Señor Descartes:

Bien veo que los gratos goces de la vida solitaria no os hacen olvidar las virtudes que requiere el trato en sociedad. Mucho me habría contrariado que esas generosas bondades que tenéis para con vuestros amigos, y de las que me dan testimonio los cuidados que os inspira mi salud, os hubieran incitado a viajar hasta aquí, pues ahora sé, por habérmelo dicho el señor Pallotti, que estimabais necesario el reposo para atender a vuestra salud. Y os puedo asegurar que ninguno de los médicos que me vieron a diario y examinaron todos los síntomas de mi mal supo ver la causa que los provocaba ni me ordenó remedios tan salutíferos como los vuestros, aunque me los recetáis sin verme. Y aunque hubieran sido lo bastante sabios para sospechar la parte que correspondía al alma en los desórdenes de mi cuerpo, no me habría yo sincerado con ellos. Pero con vos lo hago sin escrúpulos, en la seguridad de que el candoroso relato de mis defectos no me privará de la amistad que me profesáis, sino que la acrecentará tanto más cuanto que veréis, al percataros de ellos, cuán necesitada estoy de esa amistad.

Sabed, pues, que tengo el cuerpo imbuido de gran parte de las flaquezas de mi sexo; que se resiente con harta facilidad de las aflicciones del alma; y que no tiene fuerzas para sanar, como sana el alma, pues es de temperamento propicio a las obstrucciones y vive, además, en un clima que las favorece en gran modo. A poco que la tristeza oprima el corazón de las personas

que no pueden hacer ejercicio con frecuencia, ya basta para que el bazo se les entorpezca e infecte con sus vapores el resto del cuerpo. Doy por hecho que tal ha sido la causa de la fiebre persistente y la tos seca, que aún no me ha abandonado del todo, aunque lo caluroso de la estación y los paseos que doy me vayan devolviendo poco a poco las fuerzas. Me he rendido, pues, a la opinión de los médicos, que me mandan que tome de aquí a un mes las aguas de Spa<sup>14</sup> (que llegan hasta aquí sin alterarse), pues he comprobado, por experiencia, que acaban con las obstrucciones. Pero no las tomaré sin antes saber qué os parece, ya que extremáis la bondad hasta querer curarme el cuerpo junto con el alma.

Y siguiendo con mi confesión, os diré que, aunque no pongo mi dicha en cosa alguna que dependa de la fortuna o de la voluntad de los hombres, ni he de considerarme completamente desdichada aunque no llegue a ver el restablecimiento de mi Casa ni a los míos libres de cuitas, no soy capaz de considerar las desventuras que los afectan sino como males, ni de ver la inutilidad de los esfuerzos que en su provecho hago sin cierta intranquilidad, tras la que, no bien he conseguido aplacarla mediante el raciocinio, viene otra, fruto de un nuevo desastre. Y creo que si estuvierais al tanto de toda mi vida, aún os extrañaría más que una alma sensible como la mía haya durado tanto en un cuerpo tan débil y rodeada de tantos contratiempos, que vos consideraréis causa de mi actual enfermedad, sin contar con más consejo que el del propio raciocinio ni con más consuelo que el de la propia conciencia.

<sup>14</sup> Localidad, actualmente en Bélgica, famosa por sus aguas ferruginosas y ricas en bicarbonatos, hasta el punto de que el nombre latín de la ciudad es *Aquae Sepadonae*.

Transcurrió por completo el anterior invierno en tan enojosos asuntos que éstos me impidieron utilizar la licencia que me habíais concedido para que os sometiera las dificultades que hallase en mis estudios, y me trajeron otras dificultades, para desembarazarme de las cuales hubiera precisado ser aún más necia de lo que soy. Hasta poco antes de mi indisposición, no tuve oportunidad de leer la filosofía del caballero Digby<sup>15</sup>, que éste ha escrito en inglés y en la que esperaba hallar argumentos que refutasen la vuestra, ya que el sumario de los capítulos me indicaba dos lugares en que el autor afirmaba haberlo hecho. Pero quedé atónita al llegar a ellos y ver que sólo aludía a lo que él aprueba en lo que vos decís de la reflexión, y a lo que niega de la refracción, sin hacer distinción alguna entre el movimiento de una bala y lo que lo determina, y no tomando en cuenta el porqué de que un cuerpo blando que cede retrasa el primero y un cuerpo duro no hace sino resistir a lo segundo. En algunas cosas que dice del movimiento del corazón es más disculpable si no ha leído lo que vos escribisteis al médico de Lovaina. El doctor Johnson<sup>16</sup> me ha dicho que os traducirá esos dos capítulos, y opino que no tenéis por qué sentir gran curiosidad por el resto, pues es del estilo de ese sacerdote inglés que dice llamarse Albanus<sup>17</sup>, y se atiene a su método, aunque haya muy hermosas meditaciones; y difícilmente puede esperarse más de un hombre que ha pasado lo más claro de su vida persiguiendo propósitos de amor o de ambición.

<sup>15</sup> Kenelm Digby (1603-1665), caballero inglés, publicó dos obras en inglés en París en 1644: *Tratado de la naturaleza de los cuerpos* y *Tratado sobre las operaciones y la naturaleza del alma humana, donde se deduce la inmortalidad de las almas racionales*.

<sup>16</sup> Samson Johnson, predicador de la madre de Isabel, estuvo en contacto, además de con Descartes, con Gassendi y Regius.

<sup>17</sup> Thomas White (1593-1676), llamado también Albanus, Albius o Blanc, sacerdote inglés, escribió *Tres diálogos sobre el mundo, su creación, sus formas y sus causas* (1640) muy apreciados por Descartes.

Y no he de tener yo nunca más firme y constante propósito que el de ser mientras viva vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

Al volver a leer lo que de mí os digo, me percaté de que he hecho caso omiso de una de vuestras normas, a saber, la de no poner nunca por escrito nada a lo que puedan dar torcida interpretación lectores poco caritativos. Pero tanto fío en el esmero del señor De Pallotti que estoy segura de que mi carta os llegará sin percances. Y no fío menos en que, a fuer de discreto, recurriréis al fuego para evitarle el azar de caer en manos de personas maliciosas.

## De Descartes a Isabel

Egmond, mayo o junio de 1645

Señora:

No he podido leer la carta con que Vuestra Alteza me honra sin sentir extremado enojo al ver que la salud y la prosperidad no acompañan a tan acabados méritos en la forma en que éstos se merecen. Poco me cuesta percatarme de las numerosas y continuas desazones con que tienen éstos que enfrentarse y de que resulta tanto más difícil sobreponerse a ellas cuanto que son con frecuencia de naturaleza tal que la razón verdadera no prescribe que haya que desechar sin más dichas desazones, ni que intentar ahuyentarlas. Se trata de enemigos domésticos, con los que hay que tratar por fuerza, y es preciso, pues, no bajar nunca la guardia para impedir sus perjuicios. Y sólo se me alcanza un remedio, que es distraer de ellos cuanto sea posible la imaginación y los sentidos y no recurrir sino al entendimiento cuando la prudencia nos obligue a tomarlos en consideración.

Se me ocurre que aquí puede verse fácilmente la diferencia entre el entendimiento y la imaginación o el sentido; pues es tal que creo que una persona que, sin tener motivo alguno de descontento, presenciara continuamente representaciones de tragedias, en las que no acontecieran sino cosas funestas, y sólo se ocupara de tristezas y penas, aun sabiéndolas fingidas y fabulosas, de forma tal que lo moviesen a continuo llanto y le conmovieran la imaginación sin participación del entendimiento, creo, digo, que sólo con eso bastaría para que el corazón se acostumbra a sentirse oprimido y para andar entre suspiros; con lo que se retrasa-

ría y demoraría la circulación de la sangre, y las partes más groseras de ésta podrían trabarse entre sí y obstruir el bazo, entorpeciendo y deteniéndose en sus poros. Y las partes más sutiles, al refrenar su movimiento, podrían alterar los pulmones y causar a esa persona una tos que, a la larga, resultaría muy perniciosa. Y, por el contrario, si una persona tuviera infinitos y reales motivos de disgusto, pero pusiera tanto empeño en desviar la imaginación que nunca se acordara de ellos más que cuando la forzase a hacerlo la necesidad de atender a sus asuntos, y dedicara el resto del tiempo a no tomar en cuenta sino objetos que pudieran proporcionarle contento y gozo, no dudo de que bastase ese comportamiento para hacerle recobrar la salud. Sin contar con que, además, le sería de gran utilidad para juzgar de forma más sana las cosas de importancia, pues las contemplaría sin pasión, y le volvería la salud aunque ese mal temperamento de la sangre que provoca la tristeza le hubiera alterado ya la disposición del bazo y los pulmones, muy especialmente si recurriera al mismo tiempo a los remedios de la medicina para devolver la fluidez a esa parte de la sangre que provoca las obstrucciones. Por todo lo cual, opino que las aguas de Spa son muy indicadas para Vuestra Alteza, sobre todo si, mientras las toma, cumple con las recomendaciones que suelen hacer los médicos, a saber, que hay que apartar por completo de la mente cualesquiera pensamientos melancólicos, e incluso también cualesquiera meditaciones de envidia relacionadas con las ciencias, y no pensar sino en imitar a los que, al mirar el verdor de un bosque, los colores de una flor, el vuelo de un pájaro, y otros espectáculos por el estilo que no fuerzan la atención, se persuaden de que no están pensando en nada. Y no es eso perder el tiempo, sino emplearlo bien; pues, mientras tanto, es posible satisfacerse con la esperanza de que, por este

medio, tornará por completo la salud, que es el fundamento de todos los demás bienes que pueden poseerse en esta vida.

Sé muy bien que nada estoy escribiendo que Vuestra Alteza no sepa ya mejor que yo y que, en esto, lo dificultoso no es tanto la teoría cuanto la práctica. Pero el extremado favor que me hace al manifestarme que no le desagrada que le haga saber mis opiniones me incita a tomarme la libertad de escribírselas sin rodeos, y asimismo la de añadir que he visto en mi propia persona cómo un mal muy semejante, e incluso más dañino, se curaba con el remedio que acabo de exponer. Pues, habiendo nacido de una madre que murió a los pocos días de haberme traído al mundo de un mal del pulmón consecuencia de varios disgustos, heredé de ella una tos seca y una color quebrada, que me duraron hasta la edad de veinte años y que incitaban a todos los médicos que me reconocieron antes de dicha edad a condenarme a una muerte prematura. Pero creo que la inclinación que tengo de mirar cuantas cosas se me presentan bajo el aspecto que puede tornármelas más gratas y de hacer que mi principal contento no dependa sino de mí mismo fue la causa de que esta indisposición, que era en mí algo natural, se atenuara poco a poco hasta desaparecer por completo.

Mucho agradezco a Vuestra Alteza que haya tenido a bien decirme qué opina del libro del caballero De Igby, que no podré leer hasta que lo traduzcan al latín; ya hay quienes pretenden hacerlo, a lo que me dijo el señor Johnson, que estaba ayer aquí. Me dijo también que podía entregar las cartas para Vuestra Alteza a los mensajeros ordinarios, cosa que no me habría atrevido a hacer de no habérmelo aconsejado él; y había diferido el escribir ésta por esperar a que uno de mis amigos fuese a La Haya y encomendársela. Lamento infinitamente la ausencia del señor De

Pollot, pues por él habría podido enterarme del estado de Vuestra Alteza, pero las cartas que me remiten mediante el mensajero de Alkmaar nunca dejan de llegar a mis manos, y como no hay nada que desee con tanta vehemencia como poder servir a Vuestra Alteza, nada hay tampoco que pueda proporcionarme dicha mayor que el tener el honor de recibir sus órdenes. Considéreme Vuestra Alteza ...

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 22 de junio de 1645

Señor Descartes:

Vuestras cartas, amén de instruirme, me sirven siempre de antídoto contra la melancolía y me apartan la mente de los objetos poco gratos que se me presentan a diario, obligándome a fijar la atención en la dicha de contar con la amistad de persona de vuestros méritos, en cuyos consejos puedo fiar para dirigir mi vida. Si consiguiera, además, hacerla conforme a vuestros últimos preceptos, no me cabe duda de que sanaría en muy poco tiempo de las enfermedades del cuerpo y de las flaquezas del alma. Pero confieso que me resulta dificultoso apartar de los sentidos y de la imaginación las cosas que ante ellos se manifiestan de palabra y por escrito, y no está a mi alcance evitarlo sin pecar contra mis obligaciones. Bien creo que si suprimiese, al pensar en algún asunto, cuanto me lo torna enojoso (que, a lo que me parece, es algo que sólo me muestra la imaginación), tendría de ello opinión no menos sana y hallaría soluciones con no menor rapidez que dedicándole mis agobios. Pero nunca he sabido hacer tal cosa sino después de que la pasión hubiese intervenido. Hay en las desventuras algo que siempre me sorprende, aunque las haya previsto de antemano, y que no consigo dominar más que cuando ha pasado algún tiempo, durante el cual padece mi cuerpo desórdenes tales que precisa de varios meses para reponerse, aunque pocas veces transcurren esos meses sin que suceda algún otro acontecimiento perturbador. No sólo me veo obligada a poner gran esmero en el gobierno de mi mente para que tome

en consideración objetos que le sean gratos, sino que, en cuanto le consiento la más leve holganza, torna a los asuntos que la afligen, y mucho me temo que si no la mantengo ocupada mientras tomo las aguas de Spa, caerá en una melancolía aún mayor. Si pudiera yo disfrutar, como lo hacéis vos, de cuanto se me brinda a los sentidos, podría distraerla sin esfuerzo. Ahora es cuando siento los inconvenientes de ser sensata sólo a medias. Pues si no lo fuera en absoluto, hallaría placeres que compartir con las personas entre las que me veo obligada a vivir, y tomaría el remedio con provecho. Y [si lo fuera] tanto como vos sanaría, igual que vos sanasteis. Como si no bastara con lo dicho, la maldición de mi sexo me priva de la satisfacción de viajar a Egmond para instruirme allí en esas verdades que halláis en vuestro nuevo jardín. Me consuela, sin embargo, la licencia que me concedéis de pedir os a veces noticias de él en mi calidad de vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

Me he enterado con gran satisfacción de que la Academia de Groninga os ha hecho justicia<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Se refiere a la sentencia de abril de 1645 que le exoneraba de las imputaciones de ateísmo y sedición.

## De Descartes a Isabel

Egmond, junio de 1645

Señora:

Ruego muy humildemente a Vuestra Alteza que me perdone si no consigo dolerme de su indisposición cuando me cabe el honor de recibir sus cartas. Pues encuentro siempre en ellas ideas tan claras y razonamientos tan sólidos que no consigo convencerme de que un cuerpo quebradizo y enfermo albergue una mente capaz de concebirlos. Sea como fuere, los conocimientos que demuestra Vuestra Alteza en lo tocante al mal y a los remedios que pueden ayudarla a superarlo me dan garantías de que tampoco le faltará la habilidad requerida para ponerlos en práctica.

Sé muy bien que resulta casi imposible resistirse a los primeros trastornos que las cuitas nuevas provocan en nosotros; y las pasiones suelen ser, incluso, más violentas en las mentes superiores y tener mayor incidencia en sus cuerpos. Pero opino que, al día siguiente, cuando el sueño ha apaciguado la emoción que semejantes encuentros infunden en la sangre, ya es posible restablecer el sosiego espiritual, lo que se consigue aplicándose en la consideración de todas las ventajas que pueden sacarse del acontecimiento que había parecido tan catastrófico la víspera y desviando la atención de los males anteriormente imaginados. Pues no hay acontecimientos ni tan funestos, ni tan completamente desdichados al juicio del vulgo, que una persona de ingenio no pueda contemplar bajo algún aspecto que se los torne favorables. Y Vuestra Alteza puede hallar general consuelo de las contrariedades de la fortuna considerando que es posible que sean esas contrariedad-

des las que la han llevado en gran medida a cultivar alma y mente tanto como lo ha hecho, lo cual es un bien que vale más que un imperio. La prosperidad desmedida deslumbra y embriaga tanto con frecuencia que aquéllos a quienes favorece no suelen ser dueños de ella, sino que, más bien, es ella la dueña de sus personas. Y aunque tal cosa no puede suceder a almas del temple de la de Vuestra Alteza, sí les proporciona, en cambio, menos ocasiones que las adversidades para ejercitar dicho temple. Y creo que, de la misma forma que no hay bien en el mundo, si exceptuamos el sentido común, que pueda merecer de forma absoluta el nombre de bien, tampoco hay ningún mal del que no se pueda sacar ventaja a menos que se carezca de ese sentido común.

He intentado anteriormente convencer a Vuestra Alteza de que consintiese en la indolencia, porque las ocupaciones de excesiva enjundia, al fatigar la mente, debilitan el cuerpo; pero no por ello pretendo disuadirla de las tareas necesarias para distraer el pensamiento de los objetos que pueden afligirlo, y no me cabe duda de que los entretenimientos del estudio, que tan penosos resultarían a otras personas, podrán a veces servirle de descanso y alivio. Sería para mí una inmensa dicha poder contribuir a facilitárselos. Y siento mucho mayor deseo de ir a La Haya a enterarme de qué virtudes tienen las aguas de Spa que de imponerme aquí en las de las plantas de mi jardín, y mucho más me importa saberlo que saber lo que sucede en Groninga o en Utrecht, ya me favorezca, ya me perjudique. Todo ello me obligará a viajar en pos de esta carta, dentro de cuatro o cinco días, para ser todas las horas de mi vida ...

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 21 de julio de 1645

Señora:

Tan variable ha sido la temperie desde que dejé de gozar del honor de hallarme en presencia de Vuestra Alteza y hemos tenido días tan fríos para la estación, que más de una vez me han embargado la preocupación y el temor de que las aguas de Spa no resultasen tan salutíferas y útiles como habrían sido con tiempo más bonancible. Y como me hizo Vuestra Alteza el honor de manifestar que mis cartas pueden aportar cierta distracción durante el tiempo en que los médicos le recomienden que no ocupe la mente en nada que la preocupe, mal administrador sería del favor que ha tenido a bien concederme al autorizarme a escribirle si dejase de aprovechar la primera ocasión para hacerlo.

Puedo suponer que desasosiegen a Vuestra Alteza la mayoría de las cartas que de otros lugares le llegan, e incluso que, antes de leerlas, teme hallar en ellas noticias que le desagraden, porque la crueldad de la fortuna la tiene acostumbrada a recibirlas con frecuencia; mas en las que de mí procedan podrá tener, al menos, la certidumbre de que, si no le proporcionan motivo alguno de regocijo, tampoco se lo darán de aflicción, y que podrá abrirlas en todo momento sin temer que perturben la digestión de las aguas que toma. Pues como en este desierto no me entero de nada de lo que sucede en el resto del mundo y nada me ocupa el pensamiento con más frecuencia que recordar los méritos de Vuestra Alteza y deseársle tanto contento y felicidad como merece, no tengo más asunto, para entretenerla, que hablarle de los

medios que la filosofía nos enseña para conseguir esa dicha suprema que las almas vulgares esperan en vano de la fortuna, aunque sólo podamos esperarla de nosotros mismos.

De esos medios, uno de los que me parecen de mayor provecho es el de examinar lo que escribieron los antiguos e intentar incidir en lo que nos dicen sus escritos añadiendo algo de nuestra cosecha a sus preceptos, pues ésa es la forma de apropiarnoslos por completo y ponernos en disposición de aplicarlos. Por lo cual, para suplir la flaqueza de mi mente, que nada puede concebir *motu proprio* que me parezca digno de que lo lea Vuestra Alteza, y para que mis cartas no carezcan por completo de contenido y utilidad, me propongo incluir en ellas, a partir de ahora, las consideraciones que me sugiera la lectura de uno de esos libros, a saber, del que escribió Séneca *De vita beata*<sup>19</sup>, a menos que Vuestra Alteza prefiera escoger cualquier otro o que este propósito no sea de su agrado. Pero si veo que lo aprueba (como espero) y también, muy especialmente, si le place tener conmigo la consideración de hacerme partícipe de sus reflexiones acerca de ese mismo libro, me servirán éstas, amén de para instruirme muy mucho, para darme ocasión de aportar más precisión a las mías, en las que he de poner tanto mayor cuidado cuanto más me percate de que esa plática le resulta grata. Pues nada hay en el mundo a lo que aspire con más celosa devoción que a dar testimonio de que soy, en todo cuanto pueda, el más humilde y obediente servidor de Vuestra Alteza

DESCARTES

<sup>19</sup> Séneca. *De vita beata*, traducción castellana de Jubán Marías (*Sobre la felicidad*, Alianza Ed., Madrid, 1ª ed.: Revista de Occidente, 1943). Citaremos esta traducción, indicando entre paréntesis el capítulo de la obra original y la página de la traducción

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 4 de agosto de 1645

Señora:

Cuando elegí el libro de Séneca *De vita beata* para proponérselo a Vuestra Alteza como plática que pudiera ser de su agrado, no tuve en cuenta sino la reputación del autor y la dignidad de lo tratado, sin pensar en la forma en que lo trata; mas desde mi anterior carta he reflexionado acerca de esta forma y no me parece lo suficientemente acertada para merecer que alguien se atenga a ella. Aunque, para que Vuestra Alteza pueda tener mejor conocimiento del asunto, intentaré explicar aquí de qué forma hubiera debido tratarlo un filósofo como ése, quien, al no contar con las luces de la fe, no tenía más guía que la razón natural.

Dice muy atinadamente, al comienzo, que *vivere omnes beate volunt, sed ad pervidendum quid sit quod beatam vitam efficiat, caligant*<sup>20</sup>. Pero preciso es saber en qué consiste *vivere beate*<sup>21</sup>, que yo traduciría por vivir con buena ventura si no fuera que no es lo mismo la ventura que la beatitud, porque la ventura no depende sino de circunstancias externas a nosotros, y de ahí viene que consideremos más bienaventurados que sabios y prudentes a aquéllos a quienes ha acontecido algún bien que no han conseguido por sí mismos, mientras que la beatitud consiste, a lo que me parece, en un perfecto contento espiritual y en una satisfacción interna, que no suelen tener de ordinario quienes más

<sup>20</sup> «Todos los hombres quieren vivir felices; pero al ir a descubrir lo que hace feliz la vida van a tientas» (1, 41)

<sup>21</sup> «Vivir felizmente»

favorecidos se ven por la fortuna, y que los sabios y prudentes consiguen sin ayuda de ésta. No es por tanto *vivere beate* vivir con beatitud, sino gozar de satisfacción y contento espirituales perfectos.

Considerando, luego, en qué consiste *quod beatam vitam efficiat*<sup>22</sup>, es decir, cuáles son las cosas que pueden proporcionarnos ese contento supremo, observo que hay dos categorías, a saber, las que dependen de nosotros, como la virtud y la sabia prudencia, y las que no dependen, como son los honores, las riquezas y la salud. Pues no cabe duda de que todo hombre bien nacido que no padezca enfermedad ni carezca de nada y sea tan virtuoso como otro, pobre, enfermo y contrahecho, puede gozar de un contento más perfecto. No obstante, de la misma forma en que un vaso pequeño puede estar tan colmado como uno mayor aunque contenga menos líquido, de la misma forma, considerando que el contento de cada uno de ellos es la plenitud y la consumación de sus deseos conformados a las normas de la razón, tengo la certidumbre de que los más pobres o más dejados de la mano de la fortuna o de la naturaleza pueden sentir tan acabado contento y tanta satisfacción como los demás, aunque no disfruten de tantos bienes. Y es sólo de esa categoría de contento de la que aquí se trata, ya que, al no depender la otra en modo alguno de nosotros, sería ocioso pretenderla.

Ahora bien, soy de opinión de que todo hombre puede alcanzar el contento por sí mismo y sin esperar nada de otra procedencia, sólo con que se atenga a tres cosas, a las que se refieren las tres reglas morales que puse en *El discurso del método*.

Es la primera que tiene que intentar siempre dar el mejor uso

Lo que hace feliz la vida» (1, 41)

posible al intelecto para saber así lo que debe hacer o no hacer en cualesquiera circunstancias de la vida.

Es la segunda que debe hallarse continua y firmemente resuelto a llevar a cabo todo cuanto le aconseje la razón, sin que lo desvíen de ello sus pasiones o apetitos. Y pienso que es la firmeza de esa resolución lo que hay que considerar virtud, aunque, que yo sepa, nadie la haya explicado nunca de ese modo, sino que la han dividido en diferentes categorías, a las que se aplican varios nombres según los diversos objetos a que se refieren.

Es la tercera que debe saber que, mientras se esfuerce cuanto le sea posible en seguir esa conducta conforme a la razón, como los bienes que no posee están todos ellos fuera de su alcance, de esa forma se acostumbra a no desearlos. Pues únicamente el deseo, el arrepentimiento y las lamentaciones pueden impedirnos el contento. Pero si nos atenemos siempre en todo a lo que nos dicta la razón, no tendremos nunca motivo para arrepentirnos, aunque los acontecimientos nos hagan caer en la cuenta, pasado un tiempo, de que nos hemos equivocado, ya que no nos cabrá culpa alguna. Y si, por ejemplo, no deseamos poseer más brazos o más lenguas de las que poseemos, pero sí deseamos tener más salud o más riquezas, es sólo porque creemos que estas cosas podríamos obtenerlas de nuestros hechos, o que nos corresponden por ser nuestra naturaleza diferente de la de los demás. Y podemos librar-nos de esa creencia si pensamos que, si siempre hemos seguido los consejos de la razón, nunca hemos omitido nada de cuanto estaba en nuestro poder y las enfermedades y los infortunios son tan naturales para el hombre como la prosperidad y la salud.

Por lo demás, no todos los deseos son incompatibles con la beatitud, sólo los que van acompañados de impaciencia y aflicción. Tampoco es necesario que nuestra razón no yerre nunca. Basta

con que nuestra conciencia nos dé testimonio de que nunca hemos carecido ni de resuelta firmeza ni de virtud para llevar a cabo todo cuanto nos ha parecido lo mejor. Y así es cómo basta con la virtud para alcanzar contento en esta vida. Pero, no obstante, como puede ser errada cuando no la ilumina el entendimiento, es decir que la voluntad y la decisión de actuar correctamente pueden inclinarnos hacia cosas malas, aunque las creamos buenas, el contento que así conseguimos no es consistente; y como es usual oponer esa virtud a los placeres, apetitos y pasiones, resulta muy trabajoso ponerla en práctica; mientras que el recto uso de la razón, al proporcionar un conocimiento auténtico del bien, impide que la virtud sea errada; e, incluso, adecuándola a los placeres lícitos, facilita tanto su ejercicio y, dándonos a conocer la condición de nuestra naturaleza, limita de tal forma nuestros deseos que no se puede por menos de reconocer que la mayor felicidad del hombre depende de ese recto uso de la razón y que, por consiguiente, el estudio, que nos lo proporciona, es la ocupación más útil que darse pueda y también, sin duda alguna, la más grata y deleitosa.

Me parece, por todo lo dicho, que Séneca hubiera debido enseñarnos en su totalidad las principales verdades cuyo conocimiento se requiere para facilitar el uso de la virtud, regular nuestros deseos y pasiones y gozar así de la beatitud natural. Y, en tal caso, habría sido su libro el mejor y más útil que hubiese podido escribir un filósofo pagano. No obstante, no es todo lo dicho sino opinión mía, que quiero someter al criterio de Vuestra Alteza. Y si me favorece tanto que tiene a bien avisarme de en qué yerro, le quedaré inmensamente obligado y daré testimonio, con mi rectificación, de que soy su más humilde y obediente servidor

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 16 de agosto de 1645

Señor Descartes:

He hallado, al examinar el libro que me habíais recomendado, suficientes disertaciones hermosas y sentencias bien fraguadas para darme pie a una grata meditación, mas no para instruirme en el asunto de que trata, puesto que no se atienen aquéllas a método alguno, y el autor ni tan siquiera respeta el que se había propuesto. Pues, en vez de mostrarnos el camino más corto hacia la beatitud, se contenta con dejar claro que sus riquezas y el lujo en que vive no lo incapacitan para ella. Y me he sentido en la obligación de escribiros para decíroslo, no fuera a ser que creyeráis que coincido con vos por prejuicio o pereza. Y tampoco os pido que sigáis enmendando a Séneca porque vuestra forma de razonar sea más extraordinaria, sino porque es la más natural que nunca he visto, y parece no enseñarme nada nuevo como no sea que puedo hallar en mi intelecto conocimientos de los que aún no soy consciente.

Así es cómo no me creo aún capacitada para desembarazarme de la duda de si es posible alcanzar la beatitud de la que me habláis sin la asistencia de circunstancias que no dependan de forma absoluta de la voluntad, puesto que existen enfermedades que privan por completo de la capacidad de razonar y, por consiguiente, de la de gozar de una satisfacción razonable; y hay otras que debilitan las fuerzas e impiden que sigamos esas máximas fruto del sentido común, predisponiendo al hombre más moderado a dejarse arrastrar por las pasiones y entorpeciendo su capa-

cidad para habérselas con los accidentes de la fortuna, que requieren resoluciones prontas. Cuando Epicuro, durante sus ataques de mal de piedra, se esforzaba por asegurar a sus amigos que no sentía dolor alguno, en vez de quejarse a voces como lo hace el vulgo, vivía como filósofo, no como príncipe, ni como capitán, ni como cortesano, y sabía que nada le vendría de fuera que le hiciera olvidar su papel y le impidiera salir del paso sin faltar a las reglas de la filosofía. Y es en ocasiones tales en las que me parece inevitable el arrepentimiento, sin que pueda ahorrárnoslo el hecho de saber que el error es en el hombre tan natural como la enfermedad. Pues tampoco ignoramos que hubiera sido posible eximirnos de cometer esas faltas específicas.

Pero tengo la seguridad de que me sacaréis de estas dificultades, y de otras muchas en que ahora no caigo, cuando me enseñéis las verdades cuyo conocimiento se requiere para facilitar el uso de la virtud. Os ruego, en consecuencia, que no faltéis a vuestro propósito de obligarme con vuestros preceptos y creed que los estimo en tanto como se merecen.

Desde hace ocho días, me viene impidiendo haceros esta petición el mal ánimo de un hermano enfermo, de cuyo lado no puedo separarme, ora para obligarlo, usando del afecto que me tiene, a someterse a los mandatos de los médicos, ora para probarle el mío intentando distraerlo, ya que está convencido de que tal cosa está en mi mano.

Como también deseo que lo esté el garantizaros que seré toda mi vida vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 18 de agosto de 1645

Señora:

Aun cuando no estoy todavía al tanto de si mis últimas cartas han llegado a manos de Vuestra Alteza, y aunque nada hay que pueda decirle, referido al asunto que escogí para tener el honor de platicar con ella, que no me sienta en la obligación de pensar que conoce mejor que yo, no por eso cejo en el empeño de escribirle, pues tengo la creencia de que mis cartas no le resultarán más importunas que los libros de su biblioteca, ya que, puesto que no incluyen ninguna noticia que deba conocer con prontitud, nada la impulsará a leerlas en las horas en que tenga asuntos que la ocupen, y daré por inmejorablemente empleado el tiempo que dedico a escribirlas con sólo que Vuestra Alteza les conceda el que tenga a bien perder.

Hablé anteriormente de lo que me parecía que Séneca debería haber tratado en su libro. Voy a examinar ahora aquello de lo que trata. En líneas generales, sólo tres cosas me llaman la atención: la primera es que prueba a explicar en qué consiste el bien supremo y da de él diferentes definiciones; la segunda es que no comparte la opinión de Epicuro; y la tercera es que replica a quienes reprochan a los filósofos que no se atengan, al vivir, a las normas que predicán. Pero para ver con mayor detenimiento de qué forma trata todas estas cosas me detendré brevemente en cada capítulo.

En el primero, reprende a quienes se guían por los usos y el ejemplo más que por la razón. *Nunquam de vita iudicatur... semper*

*creditur*<sup>23</sup>, dice. Sí aprueba, empero, que pidamos consejo a quienes consideremos los más sabios; pero también pretende que recurramos al raciocinio propio para examinar, a su luz, las opiniones de éstos. En lo cual no puedo estar más de acuerdo con él, pues aunque muchos hombres no sean capaces de hallar por sí mismos el camino recto, pocos hay, no obstante, que no puedan reconocerlo con bastante certidumbre cuando otro se lo muestra con suficiente claridad. Y, en cualquier caso, siempre tendremos motivos para sentirnos satisfechos en conciencia y tener la seguridad de que nuestras opiniones en materia de moral son las mejores a nuestro alcance si, en vez de dejarnos guiar ciegamente por el ejemplo, tenemos buen cuidado de dejar que nos guíen los más hábiles y aplicamos todas las fuerzas del entendimiento a la consideración de a quiénes debemos seguir. Pero siendo así que Séneca adorna aquí con esmero su elocución, no siempre es tan preciso cuanto sería de desear al expresar su pensamiento. Como, por ejemplo, cuando escribe: *Sanabimur, si modo separemur a cætu*<sup>24</sup>, parece preconizar que basta con ser extravagante para ser sabio, y no es eso precisamente lo que pretendía decirnos.

En el segundo capítulo, casi se limita a repetir, con otras palabras, lo que ya dijo en el primero; y sólo añade que no es bueno todo lo que comúnmente suele tenerse por tal.

Más adelante, en el tercero, tras haber recurrido también aquí a muchas palabras superfluas, dice al fin lo que opina del bien supremo, a saber, que *rerum naturae assentitur* y que *ad illius legem exemplumque formari sapientia est*<sup>25</sup>, y que *beata vita est conveniens*

<sup>23</sup> «Nunca se juzga acerca de la vida, siempre se cree» (1, 43).

<sup>24</sup> «Nos salvaremos si nos separamos de la masa» (1, 43).

<sup>25</sup> «La sabiduría consiste en no apartarse de ella y formarse según su ley y su ejemplo» (3, 48).

*naturae suae*<sup>26</sup>. Todas estas explicaciones me parecen muy oscuras; pues no cabe duda de que cuando habla de la naturaleza no pretende referirse con este nombre a nuestras inclinaciones naturales, puesto que éstas suelen predisponernos a la voluptuosidad, a la que él se opone; pero podemos pensar, por cómo prosigue el razonamiento, que por *rerum naturae*<sup>27</sup> entiende el orden divino establecido en todas las cosas que en el mundo hallamos, y que, considerando este orden infalible e independiente de nuestra voluntad, dice que: *rerum naturae assentiri et ad illius legem exemplumque formari sapientia est*<sup>28</sup>, es decir, que es de sabios aceptar el orden de las cosas y hacer aquello para lo que pensamos haber nacido. O, dicho de otro modo y hablando como cristianos, que es de sabios someterse a la voluntad de Dios y cumplirla en cuanto hagamos; y que *beata vita est conveniens naturae suae*<sup>29</sup>, es decir que la beatitud consiste en atenernos, de esta forma, al orden del mundo y buscar lo bueno en cuanto pueda acaecernos. Lo cual es como no explicar casi nada, y no queda suficientemente clara la relación con lo que añade inmediatamente después, a saber, que esta beatitud no puede darse *nisi sana mens est, etc.*<sup>30</sup>, a menos que opine además que *secundum naturam vivere*<sup>31</sup> es vivir según la verdadera razón.

En el cuarto capítulo, y también en el quinto, da algunas otras definiciones del Bien Supremo, todas las cuales guardan cierta relación con el sentido de la primera, aunque ninguna de ellas la explica satisfactoriamente; y son tan diversas que puede parecer

<sup>26</sup> «La vida feliz es, por tanto, la que está conforme con su naturaleza» (3, 48).

<sup>27</sup> «La naturaleza de las cosas».

<sup>28</sup> «Se atiene a la naturaleza de las cosas y la sabiduría consiste en no apartarse de ella y formarse según su ley y su ejemplo» (3, 48).

<sup>29</sup> «La vida feliz es, por tanto, la que está conforme con su naturaleza» (3, 48).

<sup>30</sup> «Si a mente no es á equilibrada» (3, 48).

<sup>31</sup> «Vivir según la naturaleza» (8, 57).

que Séneca no supo con claridad lo que pretendía decir, porque cuanto mejor se concibe algo, tanto más determinado se está a no enunciarlo sino de una única forma. Me parece la más atinada la que hallamos en el capítulo quinto, en el que dice que *beatus est qui nec cupit nec timet beneficio rationis*<sup>32</sup>, y que *beatus vita est in recto certoque iudicio stabilita*<sup>33</sup>. Pero, si no nos muestra las razones por las que nada debemos temer ni desear, todo lo dicho nos sirve de bien poca ayuda.

En esos mismos capítulos entabla disputa con quienes ponen la beatitud en la voluptuosidad y sigue haciéndolo en los siguientes. Y por eso mismo, antes de examinarlos, hablaré de lo que yo opino de esta cuestión.

De lo primero que quiero dejar constancia es de que no son lo mismo la beatitud, el bien supremo y la finalidad última, es decir, la meta a la que deben tender nuestros actos; pues la beatitud no es el bien supremo, mas lo presupone y consiste en el contento o la satisfacción espiritual que se deriva de la circunstancia de poseerlo. Pero, al hablar de la finalidad de nuestras acciones, puede entenderse que nos referimos a cualquiera de ambas cosas, ya que el bien supremo es, sin duda, la meta que debemos poner a todos nuestros actos, y el contento espiritual que de ello se deriva no tiene menor derecho al título de finalidad, puesto que es el acicate que nos empuja a buscarla.

Observo además que Epicuro toma la palabra voluptuosidad en un sentido diferente del que usan quienes se oponen a él. Pues todos sus adversarios limitan el sentido de esa palabra a los placeres de los sentidos; mientras que él, por el contrario, incluye

<sup>32</sup> «Feliz el que, gracias a la razón, ni desea ni teme» (5, 51).

<sup>33</sup> «La vida feliz tiene, por tanto, su fundamento inmutable en un juicio recto y seguro» (5, 52).

todos los goces del espíritu, como puede apreciarse fácilmente por lo que Séneca y otros cuantos han escrito al respecto.

Ahora bien, entre los filósofos paganos hubo tres opiniones principales en lo referido a ese bien supremo y meta de nuestras acciones, a saber: la de Epicuro, que dijo que era la voluptuosidad; la de Zenón, que quiso que fuera la virtud; y la de Aristóteles, para quien consta de todas las perfecciones tanto del cuerpo como del espíritu. Y, a mi parecer, estas tres opiniones pueden considerarse todas ellas ciertas y acordes entre sí, con tal de que se les dé la interpretación adecuada.

Pues, como Aristóteles contempla el bien supremo para toda la naturaleza humana en general, es decir el más acabado que puede poseer cualquier hombre, tuvo razón al formarlo con todas las perfecciones de que es capaz la naturaleza humana; pero no nos sirve para el uso que pretendemos.

Zenón, por el contrario, tomó en consideración el que puede caber a cada hombre en particular. Y por eso tuvo excelentes razones para decir que sólo consiste en la virtud, puesto que, de entre todos los bienes que podemos poseer, sólo ésta depende por completo de nuestro libre albedrío. Pero pintó esa virtud tan severa y tan enemiga de la voluptuosidad, dando igual rango a todos los vicios, que, en mi opinión, sólo los melancólicos o las mentes completamente desapegadas del cuerpo pueden proclamarse firmes seguidores suyos.

Y, por último, Epicuro no yerra cuando dice, al examinar en qué consiste la beatitud y cuál es el motivo o la finalidad a que tienden nuestros actos, que es la voluptuosidad en general, es decir, el contento espiritual. Ya que, aunque podría bastarnos, sin más, con el conocimiento del deber para obligarnos a realizar buenas acciones, no gozaríamos, sin embargo, de beatitud algu-

na si no nos procurase algún deleite. Pero, por el hecho de que con frecuencia se da el nombre de voluptuosidad a placeres engañosos, a los que acompañan o de los que van en pos intranquilidad, tribulaciones y arrepentimiento, hay quien ha creído que esta opinión de Epicuro predicaba el vicio. Y es cierto que no nos predica la virtud. Pero de la misma forma en que, cuando conceden en algún lugar un premio por tirar al blanco, se incita a aquéllos a quienes se muestra el premio a que disparen, pero no sólo con eso pueden ganar el premio, sino que además tienen que divisar el blanco; y que los que divisan el blanco no sienten deseos de disparar si ignoran que pueden ganar un premio, así podemos decir que la virtud, que es el blanco, no resulta muy deseable cuando se la ve sola; y que el contento, que es el premio, no puede conseguirse más que persiguiéndola.

Y, por todo lo dicho, creo que puedo llegar a la conclusión de que la beatitud no consiste sino en el contento espiritual, es decir, en el contento en general, pues, aunque existan contenidos que dependen del cuerpo y otros que no dependen de él, no existe contento alguno que no sea espiritual. Pero, para que el contenido sea consistente, hay que atenerse a la virtud, es decir, tener voluntad firme y constante de llevar a cabo cuanto nos parezca lo mejor y poner toda la fuerza de nuestro entendimiento en formarnos juicios atinados. Dejo para otra ocasión lo que Séneca escribió acerca de ello, pues esta carta es ya excesivamente larga y no queda más espacio que el necesario para añadir que soy, Señora, el más humilde y obediente servidor de Vuestra Alteza

DESCARTES

## De Isabel a Descartes

La Haya, agosto de 1645

Señor Descartes:

Creo que ya sabréis, por mi última carta del 16, que recibí la vuestra del 4. Y no es preciso añadir que me ha aportado más luz sobre todo lo que en ella se trata que cuanto haya podido yo leer o meditar al respecto. Demasiado conocéis vuestros hechos y mis capacidades, y demasiado bien habéis examinado los hechos de los demás, para que os quepa duda de esto que os digo, aunque, por exceso de generosidad, pretendáis ignorar cuán obligada estoy para con vos por haberme proporcionado ocupación tan útil y grata como ésta de leer vuestras cartas y reflexionar sobre su contenido. De no haber recibido la última, nunca habría comprendido lo que opina Séneca de la beatitud tan bien como creo que lo entiendo ahora. Atribuyo la obscuridad que encuentro en su libro, como en la mayoría de las obras de los antiguos, a la forma que tienen de explicarse, tan diferente de la nuestra, porque las mismas cosas que son para nosotros problemáticas podían pasar por hipótesis entre ellos. Y atribuyo la falta de ilación y orden que encuentro en ese autor al deseo de sorprender la imaginación para así granjearse admiradores, en vez de instruir el raciocinio para ganarse discípulos; pues Séneca recurría a las expresiones ingeniosas, como otros a los poemas o las fábulas, para atraerse a la juventud y hacerle adoptar sus puntos de vista. Parece darme la razón la forma en que refuta los de Epicuro, al reconocer de ese filósofo: *quam nos virtuti legem dicimus, eam ille dicit volupta-*

*ti*<sup>34</sup>. Y, un poco más adelante, dice, al hablar de sus firmes seguidores: *ego enim nego quemquam posse jucunde vivere, nisi simul et honeste vivat*<sup>35</sup>. De donde se desprende con toda claridad que daban el nombre de voluptuosidad al goce y la satisfacción espirituales, que él llama *consequentia summum bonum*<sup>36</sup>. Y, no obstante, en todo el resto del libro, habla de esa voluptuosidad epicúrea más en tono de sátira que filosófico, como si fuera puramente sensual. Pero tengo a todos esos autores en mucho desde que han sido la causa de que os tomarais el trabajo de aclarar sus opiniones y reconciliar sus enfrentamientos mejor de lo que habrían sabido hacerlo ellos, suprimiendo así una poderosa objeción a la búsqueda de ese Bien Supremo que ni una sola de tan preclaras mentes ha sido capaz de definir, y a la autoridad de la razón humana que no iluminó a esos eximios personajes en el conocimiento de lo que más necesario les era y más a pecho se tomaban. Tengo la esperanza de que seguiréis con el comentario de lo que dijo Séneca, o de lo que debió haber dicho, para así instruirme en los medios de fortificar el entendimiento y saber qué es lo mejor en cualesquiera acciones de la vida, que es, a mi parecer, donde reside la única dificultad, pues es imposible no tomar el buen camino cuando se lo conoce. Os ruego que seáis lo bastante sincero para avisarme si es que abuso de vuestra bondad al privaros en exceso de vuestros asuetos para satisfacción de vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>34</sup> «Y la ley que nosotros asignamos a la virtud, él la asigna al placer» (19, 69)

<sup>35</sup> «Sostengo que no se sabrá vivir agradablemente sin vivir, al mismo tiempo, honestamente» (ib., 54).

<sup>36</sup> «Consecuencia del sumo bien» (15, 73)

## De Descartes a Isabel

Egmond, primero de septiembre de 1645

Señora:

No sabiendo en estos últimos tiempos si estaba Vuestra Alteza en La Haya o en Rheden, envíe mi carta por Leiden, y la que me ha hecho Vuestra Alteza el honor de escribirme no me llegó hasta después de que se hubiera ido el mensajero que la trajo a Alkmaar. Esto me ha impedido darle más pronto testimonio de cuán ufano estoy de que el juicio que hice del libro que se ha dignado leer no difiera del suyo y de que mi forma de razonar le parezca natural. Tengo el convencimiento de que si Vuestra Alteza hubiera dispuesto de sosiego para reflexionar tanto como lo he hecho yo acerca de las cosas que en él se tratan, nada podría escribirle que no hubiera visto mejor que yo. Mas como no le permiten tal ni su edad, ni su cuna, ni sus ocupaciones, entra dentro de lo posible que lo que le escribo pueda ahorrarle algo de tiempo y que mis propios fallos le brinden ocasiones de descubrir la verdad.

Que es lo que sucede cuando, al hablar yo de una beatitud que depende por completo de nuestro libre albedrío y que todos los hombres pueden conseguir sin ayuda ajena, comenta Vuestra Alteza con gran acierto que hay enfermedades que, al privarnos de la posibilidad de razonar, privan también de la de gozar de una satisfacción espiritual razonable; y ello me permite percatarme de que lo que yo aplicaba de forma general a todos los hombres sólo debe aplicárseles a aquéllos que cuentan con el libre disfrute de su razón y conocen, además, el camino que lleva a esa

beatitud. Pues no hay nadie que no desee ser dichoso; pero muchos no saben cómo, y, con frecuencia, la indisposición que padecen en el cuerpo impide que su voluntad sea libre. Como también sucede cuando estamos dormidos, pues el mejor filósofo del mundo no puede evitar los malos sueños si su temperamento lo predispone a ellos. No obstante, la experiencia nos enseña que si, mientras goza nuestra mente de libertad, tenemos con frecuencia algún pensamiento, lo seguimos teniendo luego, sea cual fuere la disposición del cuerpo. Y puedo decir que nunca veo nada enojoso en sueños; y que el estar acostumbrados, de largo, a no pensar en nada que nos aflija es, sin duda, una gran ventaja. Pero no podemos responder por completo de nosotros mismos más que en tanto en cuanto somos dueños de nuestras personas, y es preferible perder la vida que el uso de la razón, ya que, incluso prescindiendo de las enseñanzas de la fe, basta la filosofía natural para dar a nuestra alma la esperanza, tras la muerte, de un estado más feliz que éste en que ahora se encuentra; y nada más infortunado puede temer que verse unida a un cuerpo que la priva por entero de libertad.

En cuanto a las demás indisposiciones, que no turban por completo el sentido, sino que alteran nada más los humores y nos predisponen de forma extraordinaria a la tristeza o a la ira, o a cualquier otra pasión, cierto es que atribulan, pero es posible sobreponerse a ellas e incluso procuran al alma una satisfacción tanto más grande cuanto que ha sido más dificultoso vencerlas. Y lo mismo opino de cuantas trabas puedan llegar desde fuera, como, por ejemplo, la gloria de una alta cuna, los halagos de la corte, las adversidades de la fortuna; y también las grandes venturas, que suelen estorbar más el desempeño del papel de filósofo de lo que lo estorban las adversidades. Pues quien tiene todo lo

que desea, descuida el pensar en sí, y cuando, más adelante, muda la fortuna, tanto más se sorprende cuanto más había fiado en ella. Podemos decir, en fin, de forma general, que no hay cosa que pueda privarnos por completo de los medios para ser felices siempre y cuando no nos turbe la razón, y que las que más enojosas parecen no son siempre las que más nos perjudican.

Pero, para saber en cuánto puede contribuir exactamente cada cosa a nuestro contento, hay que tener en cuenta qué causas lo provocan, y ése es también uno de las principales conocimientos que pueden servirnos para hacernos más fácil el uso de la virtud, pues cuantas acciones de nuestra alma nos aportan alguna perfección son virtuosas, y todo nuestro contento no consiste sino en ese testimonio interno que nos manifiesta que poseemos alguna perfección. En consecuencia, siempre que ejercitamos alguna virtud (es decir, siempre que hacemos aquello que nuestra razón nos invita a hacer) sacamos de ello satisfacción y deleite. Pero existen dos clases de deleites: los puramente espirituales y los que corresponden al hombre, es decir al alma en tanto en cuanto se halla unida al cuerpo. Y estos últimos, al representárselos la imaginación de forma un tanto confusa, parecen con frecuencia mucho mayores de lo que son en realidad, sobre todo antes de poderlos poseer, y de esa suposición se derivan todos los males y yerros de la vida. Pues, a tenor de las normas de la razón, debería ser medida de cada deleite la excelencia de la perfección que lo causa, y así es cómo sopesamos aquéllos cuyas causas conocemos con claridad. Pero sucede con harta frecuencia que la pasión hace que algunas cosas nos parezcan mucho mejores y más deseables de lo que son; luego, cuando hemos pasado por grandes trabajos para conseguirlas, desaprovechando, en tanto, la oportunidad de poseer otros bienes más auténticos, nos percatamos, al

disfrutarlas, de sus defectos, y de ahí proceden los desdenes, las lamentaciones y los arrepentimientos. Por eso el oficio verdadero de la razón es el de examinar el justo valor de todos los bienes cuya adquisición parezca depender, en alguna medida, de nuestra conducta, de forma tal que nunca dejemos de aplicarnos cuanto podamos al intento de conseguir los que son efectivamente más deseables. Con lo que, aunque la fortuna se oponga a nuestros propósitos, tendremos, al menos, la satisfacción de no haber perdido nada por culpa nuestra; y no dejaremos de gozar de toda la beatitud natural cuya consecución dependa de nosotros.

Así, por ejemplo, la ira puede a veces incitarnos a tan violentos deseos de venganza que hará que nos parezca más placentero castigar al enemigo que conservar honor y vida, y nos moverá a exponer imprudentemente ambas cosas en aras de ese castigo. Mientras que si la razón examina en qué bien o perfección se fundamenta el deleite que en la venganza hallamos, no hallará ninguno (al menos cuando esa venganza no sirva para impedir que vuelvan a ofendernos), a no ser que nos parezca que el hecho de ejercitarla nos procura cierta superioridad y ventaja sobre la persona de la que nos vengamos. Lo que no es, las más de las veces, sino vana imaginación que no merece aprecio alguno si la comparamos con el honor y la vida o, incluso, con la satisfacción que sentimos al ver que somos capaces de dominar la ira y desechar la venganza.

Y otro tanto sucede con las demás pasiones; pues no hay ninguna que no nos muestre el bien al que aspira con mucho más esplendor del que merece y no nos lleve a imaginar deleites mucho mayores, antes de poseerlos, de lo que resultan ser a la postre, cuando ya los hemos obtenido. Suele considerarse repro-

bable, en consecuencia, la voluptuosidad porque sólo se usa esa palabra para nombrar deleites cuya apariencia es, con frecuencia, engañosa, y son causa de que demos de lado otros mucho más consistentes, pero cuya espera no nos conmueve tanto, como suelen ser los espirituales. Y digo que suelen serlo porque no todos ellos son loables, puesto que pueden basarse en alguna creencia errónea, como sucede con el placer que se siente con la maledicencia, que no tiene más sustento que el de que creemos que cuanto menos estimen a los demás, más nos estimarán a nosotros. Y también puede engañarnos su apariencia cuando los acompaña alguna pasión fuerte, como sucede con el placer que nos procura la ambición.

Mas la diferencia principal que existe entre los placeres del cuerpo y los espirituales reside en que, al estar sometido el cuerpo a un cambio perpetuo, hasta tal punto que incluso su conservación y su bienestar dependen de dicho cambio, poco duran cuantos deleites tengan que ver con él, pues no proceden sino de la consecución de algo que le resulta útil al cuerpo en el momento en que lo recibe; y, no bien deja de serle ésta de provecho, concluyen aquéllos; mientras que los del alma pueden ser inmortales como ella con tal de que tengan una base tan sólida que ni el conocimiento de la verdad ni ninguna persuasión engañosa puedan destruirlos.

Por lo demás, el uso atinado de nuestra razón en el gobierno de la vida no consiste sino en examinar y considerar de forma desapasionada el valor de todas las perfecciones que puede proporcionarnos nuestro comportamiento, tanto las corporales como las espirituales, de forma tal que, puesto que solemos tener que prescindir de alguna, escojamos siempre las mejores. Y como son siempre inferiores las del cuerpo, podemos decir en térmi-

nos generales que sin ellas es posible ser feliz. No obstante, no opino que debamos despreciarlas por completo, ni tampoco que debamos eximirnos de las pasiones; basta con someterlas a la razón. Y cuando ya están así domeñadas, resultan a veces tanto más útiles cuanto que tienden más al exceso. Y no tendré yo nunca pasión más excesiva que la que me mueve al respeto y la veneración que debo a Vuestra Alteza y me convierte, Señora, en muy humilde y muy obediente servidor suyo

DESCARTES

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 13 de septiembre de 1645

Señor Descartes:

Mucho agradecería a mi conciencia que le pareciesen tan satisfactorios los pretextos que proporcionáis a mi ignorancia como los remedios que le aplicáis, pues me vería entonces libre del arrepentimiento de haber aprovechado tan mal la edad de la razón, que empezó para mí antes que para otras personas de mis años, pues mi linaje y mi hacienda me obligaron a usar más tempranamente del juicio para gobernar una vida no poco ingrata y tan libre de esos acontecimientos prósperos que podrían haberme impedido pensar en mí como del sometimiento que me habría obligado a fiar en la prudencia de un aya.

No creo, sin embargo, que esas venturas, ni tampoco los halagos que las acompañan, puedan privar por completo de temple espiritual a las almas bien nacidas, ni puedan impedirles que acepten con filosofía las tornas de la fortuna. Pero estoy convencida de que los innúmeros accidentes que acaecen por sorpresa a las personas que tienen autoridad sobre otras, sin darles tiempo para buscar la solución más adecuada, las llevan con frecuencia (por muy virtuosas que sean) a cometer acciones que acarrear, luego, ese remordimiento que citáis como uno de los principales obstáculos al estado de beatitud. Cierto es que el hábito de calibrar los bienes según la contribución que pueden aportar al contento, el de medir ese contento según las perfecciones que engendran los deleites, y el de juzgar desapasionadamente las perfecciones y los deleites, librarán a esas personas de incontables

faltas. Pero para calibrar así los bienes hay que conocerlos a la perfección; y para conocer todos aquéllos entre los que habrá que elegir durante una vida activa, habría que poseer una ciencia infinita. Me diréis que no se pierde la satisfacción cuando la conciencia da fe de que hemos recurrido a todas las precauciones posibles. Pero es cosa que no sucede nunca cuando no se ajustan los acontecimientos a nuestros deseos, pues siempre mudamos de parecer en cosas que aún no habíamos examinado. Para medir el contento a tenor de la perfección que lo provoca, habría que ver con claridad el valor de cada una de esas perfecciones y saber si hay que preferir las que sólo redundan en nosotros o las que nos permiten ser de utilidad para los demás. Pues a quienes practican lo segundo se les atribuye un talante excesivamente pendiente del prójimo, y de los primeros se opina que sólo viven para sí. Y, no obstante, todos ellos sustentan su inclinación en razones suficientemente fuertes para perseverar en ella toda la vida. Y lo mismo sucede con las otras perfecciones corporales y espirituales, que la razón aprueba a instancias de un sentimiento tácito que no debemos llamar pasión puesto que nace con nosotros. Tened, pues, la bondad de decirme hasta dónde hay que obedecerlo (siendo como es un don de la naturaleza) y cómo enmendarlo.

También me gustaría que me dierais una definición de las pasiones, para, de este modo, conocerlas bien. Ya que quienes las llaman perturbaciones del alma me convencerían de que su fuerza sólo reside en que deslumbran y someten la razón, de no ser porque la experiencia me demuestra que algunas nos mueven a realizar acciones sensatas. Pero estoy segura de que lo comprenderé con mayor claridad cuando me expliquéis de qué forma la fuerza de las pasiones las hace tanto más útiles cuanto se hallan sometidas a la razón.

Si me hacéis ese favor, lo recibiré en Riswyck, en donde residiremos en casa del príncipe de Orange hasta que limpien ésta nuestra. Pero, pese a dicha circunstancia, podéis seguir escribiendo a la misma dirección a vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 15 de septiembre de 1645

Señora:

Vuestra Alteza se ha percatado con tanta exactitud de todas las causas que impiden a Séneca exponernos de forma clara su opinión acerca del bien supremo y se ha tomado el trabajo de leer tan detenidamente su libro que temería pecar de importuno si siguiese examinando ahora por orden todos los capítulos del mismo y dejando para más adelante el responder a la dificultad que ha tenido a bien someterme sobre los medios de fortificar el propio entendimiento de forma tal que le resulte posible distinguir lo mejor en cuanto se hace en la vida. Y, por ello, sin demorarme de momento en ir siguiendo a Séneca, me limitaré a intentar explicar mi opinión en lo que a ese punto se refiere.

A mi parecer, no se requieren sino dos cosas para hallarse siempre en disposición de juzgar atinadamente: es una el conocimiento de la verdad; y es la otra el hábito, que hace que recordemos y sigamos ese conocimiento cuantas veces lo exija la ocasión. Mas, como sólo Dios tiene un perfecto conocimiento de todas las cosas, es preciso que nos contentemos con saber las que más se ajustan a nuestras necesidades.

Y es, de entre ellas, la primera y principal que hay un Dios de quien dependen todas las cosas; cuyas perfecciones son infinitas; cuyo poder es inmenso; cuyos decretos son infalibles: pues ese conocimiento nos enseña a recibir y dar por bueno cuanto nos sucede, ya que es Dios quien nos lo envía de forma expresa. Y puesto que el verdadero objeto del amor es la perfección, cuando

elevamos nuestro espíritu para considerar a Dios tal como es, nos inclinamos de forma tan natural a amarlo que llegamos incluso a hallar gozo en nuestras aflicciones al pensar que al recibir las se está ejecutando su voluntad.

La segunda cosa que hay que conocer es que, puesto que nuestra alma subsiste sin el cuerpo, es su naturaleza mucho más noble que la de éste y capaz de gozar de infinidad de contenidos que no se hallan en esta vida: pues eso nos impide temer la muerte y nos desapega tanto de las cosas del mundo que no miramos sino con desprecio cuanto depende de la fortuna.

También puede sernos de mucha utilidad para lo dicho el juzgar atinadamente las obras de Dios y poseer ese dilatado concepto de la extensión del universo que intento inculcar en el libro tercero de mis *Principios*: pues cuando imaginamos que allende el cielo sólo existen espacios imaginarios y que el cielo todo no existe sino para servicio de la tierra, y que la tierra sólo existe para el hombre, nos inclinamos a pensar que la tierra es nuestra morada principal y esta vida, la mejor; y, en lugar de conocer las perfecciones que, de hecho, llevamos dentro, atribuimos a las demás criaturas imperfecciones que no tienen, para poder así elevarnos por encima de ellas; y cayendo en una presunción impertinente, queremos que Dios nos tenga por consejeros y compartir con él el gobierno del mundo, lo que es causa de infinidad de preocupaciones vanas y de enojos.

Tras haber reconocido de esta forma la bondad de Dios, la inmortalidad de nuestras almas y la inmensidad del universo, queda aún una verdad cuyo conocimiento me parece de extrema utilidad: y es que, aunque seamos cada uno de nosotros personas independientes de las demás, que tenemos, en consecuencia, intereses en cierto modo distintos de los del resto de la gente, hay

que saber, no obstante, que nadie puede subsistir solo y que somos, efectivamente, una de las partes del universo y, de forma más particular, una de las partes de esta tierra; y por los vínculos que establecen el domicilio, la fe prometida y el nacimiento, somos una de las partes de este o aquel Estado, esta o aquella sociedad o esta o aquella familia. Y debemos en cualquier circunstancia preferir los intereses del todo del que somos parte a los de nuestra persona en particular, aunque siempre con mesura y discreción, pues sería errado exponernos a un gran daño para no procurar sino un bien pequeño a nuestra familia o a nuestro país; y si un hombre vale más, él solo, que toda su ciudad junta, no tendría razón en querer perderse para salvarla. Pero si lo refiriésemos todo a nosotros mismos, no tendríamos empacho en perjudicar grandemente a otros hombres cuando creyésemos que ello nos reportaba algún beneficio de pequeña consideración, y no existiría ni verdadera amistad, ni fidelidad, ni, en términos generales, ninguna virtud. Mientras que si nos consideramos parte del bien público, nos complacerá beneficiar a todo el mundo y si la ocasión se presenta, ni siquiera temeremos exponer nuestra vida por servir al prójimo. Y a veces sucede que estaríamos dispuestos a perder nuestra alma, si ello fuera posible, para salvar las de los demás. De forma tal que esta consideración es la fuente y el origen de cuantas acciones heroicas realizan los hombres. Y hay que decir de los que se exponen a la muerte por vanidad, con la esperanza de ganarse alabanzas; o por necesidad, al no ser capaces de medir el peligro, que creo que, más que apreciarlos, debemos compadecerlos. Pero cuando alguien se expone porque cree que es su deber hacerlo, o cuando padece cualquier daño para que recaiga un beneficio en los demás, lo hace en virtud de esa consideración que, de forma confusa, reside en su

pensamiento, de que tiene más obligaciones para con el bien público, del cual es parte, que para consigo mismo en particular, aunque a lo mejor no caiga en la cuenta de ello. Y es algo a lo que nos inclinamos por naturaleza cuando conocemos y amamos a Dios como es debido: pues entonces nos ponemos por completo en sus manos y, al hacerlo, nos despojamos de nuestros propios intereses y no tenemos más pasión que la de hacer lo que creemos que puede complacerlo. Y con ello conseguimos unas satisfacciones espirituales y unos contentos que valen incomparablemente más que todas las insignificantes alegrías pasajeras que dependen de los sentidos.

Además de estas verdades, que tienen que ver, en general, con todo lo que hacemos, hay que conocer también otras cuantas, que se refieren de forma más particular a cada una de nuestras acciones. Y me parece que las principales son las que puse en mi última carta: a saber, que todas nuestras pasiones nos hacen ver los bienes a cuya búsqueda nos incitan como mucho mayores de lo que son en realidad; y que los deleites del cuerpo no son nunca tan duraderos como los del alma; ni tan grandes, cuando se disfruta de ellos, como parecen mientras se anhelan. Y tenemos que fijarnos muy mucho en esto para que cuando sintamos que nos embarga alguna pasión, dejemos en suspenso nuestro raciocinio hasta que se haya apaciguado; y para que no nos engañe con facilidad la fingida apariencia de los bienes de este mundo.

Ya lo dicho no puedo añadir sino una cosa más, y es que tenemos también que examinar en particular todas las costumbres de los lugares en que vivimos para saber hasta qué punto debemos atenernos a ellas. Y aunque no podamos contar con demostraciones fidedignas de todo, tenemos, sin embargo, que tomar partido y hacer nuestras las opiniones que nos parezcan más verosímiles

en cuanto se refiere a los usos, de forma tal que, llegado el momento de actuar, no pequemos nunca de irresolutos. Pues sólo la falta de resolución es causa de lamentaciones y arrepentimientos.

Por lo demás, he dicho antes que, amén del conocimiento de la verdad, también precisamos de la costumbre para hallarnos siempre en disposición de juzgar con tino. Pues como no podemos tener continuamente la atención puesta en una misma cosa, por muy claras y evidentes que hayan sido las razones que, al principio, nos persuadieron de alguna verdad, podría suceder que, más adelante, nos apartasen de creer en ella algunas apariencias engañosas, a no ser que, con la meditación prolongada y frecuente, la hayamos impreso con tal firmeza en nuestra alma que se haya convertido en hábito. Y, en este punto, tiene razón la Escuela cuando dice que las virtudes son hábitos; ya que, efectivamente, no solemos errar por falta de conocimiento teórico de lo que debemos hacer, sino únicamente por falta de no practicar ese conocimiento, es decir, por no tener la firme costumbre de creer en él. Y como mientras repaso aquí estas verdades también acrecimiento en mí el hábito de ellas, debo agradecer encarecidamente a Vuestra Alteza que me permita comentárselas, y en nada creo que pudiera emplear mejor mis asuetos que en cuanto pueda dar fe de que soy, Señora, el más humilde y obediente servidor de Vuestra Alteza

DESCARTES

Estaba cerrando esta carta cuando recibí la de V. A. del 13. Pero hay en ella tantas cosas que hay que mirar despacio que no me atrevo a responder en el acto, y no me cabe duda de que V. A. preferirá que me tome cierto tiempo para meditarlas.

## De Isabel a Descartes

Riswyck, a 30 de septiembre de 1645

Señor Descartes:

Aunque vuestros comentarios de las opiniones que tenía Séneca del bien supremo me harían sacar de la lectura más provecho del que soy capaz de obtener por mí misma, acepto con gusto trocarlas por verdades tan necesarias como las que se refieren a los medios de fortificar el entendimiento de forma tal que le sea posible distinguir lo que es mejor en cuanto hacemos en la vida, con la condición de que añadáis la explicación que precisa mi estulticia en lo tocante a la utilidad de los conocimientos que proponéis.

El de la existencia de Dios y de sus atributos puede consolarnos de las desdichas que nos vienen del curso ordinario de la naturaleza y del orden que Dios estableció en ella, como pueden ser que la tormenta nos haga perder los bienes; el aire inficionado, la salud; la muerte, a los amigos. Mas no de las que nos vienen de los hombres, cuyo albedrío nos parece completamente libre, pues sólo la fe puede persuadirnos de que Dios se ocupa en gobernar las voluntades y determinó la fortuna de cada persona antes de la creación del mundo.

La inmortalidad del alma, y el saber que es infinitamente más noble que el cuerpo, puede no sólo llevarnos al desprecio de la muerte, sino también a buscarla, ya que no puede cabernos duda de que viveremos más dichosos si nos libramos de las enfermedades y las pasiones del cuerpo. Y me asombra que quienes, viviendo sin la verdad revelada, afirmaban hallarse persuadidos de ello

preferiesen una vida de penalidades a una muerte tan provechosa.

La ingente extensión del universo, que mostráis en el libro tercero de vuestros *Principios*, sirve para desapegarnos de lo que en él vemos; pero esa providencia particular, que es el sustento de la teología, también distancia de la idea que de Dios tenemos.

La consideración de que somos parte del todo, cuyo beneficio tenemos que procurar, es efectivamente la fuente de todas las acciones generosas; pero veo muchas dificultades en las condiciones que les ponéis. ¿Cómo sopesar los males que aceptamos por el bien público, en oposición al bien que se derivará de ellos, sin que nos parezcan mayores aquéllos que éste? Y tanto más cuanto con mayor claridad los veamos. Y ¿qué norma podremos aplicar para comparar cosas que no conocemos por igual, como son nuestro propio mérito y el de aquéllos con los que vivimos? Un carácter arrogante inclinará siempre la balanza de su parte; y uno modesto se estimará en menos de lo que vale.

Para sacar provecho de las verdades particulares que decís, hay que contar con un conocimiento exacto de todas esas pasiones y todas esas preocupaciones; mas de la mayoría de ellas no somos conscientes. Al fijarnos en las costumbres de las comarcas en que residimos, algunas nos parecen a veces muy poco sensatas, mas es necesario atenerse a ellas para evitar inconvenientes mayores.

Es lo que me sucede, por desdicha, desde que estoy aquí, pues tenía la esperanza de disfrutar de una temporada en el campo para dedicarle tiempo al estudio, y tengo infinitamente menos libertad para hacerlo que en La Haya, pues me lo impiden las diversiones de quienes no saben en qué emplear su tiempo. Y aunque me parezca muy injusto privarme de bienes reales para brindar a esas personas otros imaginarios, no me queda más

remedio que someterme a las impertinencias de la urbanidad que el uso establece si no quiero granjearme enemistades. Desde que empecé a escribir esta carta, esas importunas visitas me han interrumpido siete veces. Es vuestra excesiva bondad la que os hace apreciar tanto estas cartas mías y os mueve a desear incrementar el hábito de vuestros conocimientos al hacer partícipe de ellos a persona tan rebelde como vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL.

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 6 de octubre de 1645

Señora:

Me he planteado en ocasiones una duda: saber si vale más sentirse alegre y satisfecho, suponiendo para ello que los bienes que se poseen son mayores y más estimables de lo que son en realidad, y hacer caso omiso de los que no se poseen, o no pararse a considerarlos; o si es preferible tener más raciocinio y más conocimientos, para saber así del justo valor de éstos y de aquéllos, aunque de ahí se derive mayor melancolía. Si yo opinase que el bien supremo es la alegría, no me cabría duda de que hay que intentar estar contento a cualquier precio, y aprobaría la zafiedad de quienes ahogan sus contrariedades en el vino, o las aturden con el rapé. Pero establezco una distinción entre el bien supremo, que consiste en el ejercicio de la virtud, o (lo que es lo mismo) en la posesión de todos los bienes, cuya obtención depende de nuestro libre albedrío, y la satisfacción espiritual consecutiva a dicha obtención. Y por ello, al ver que supone mayor perfección el conocer la verdad, aun cuando vaya en desventaja nuestra, que ignorarla, reconozco que vale más sentirse menos alegre y tener mayor conocimiento. Y no siempre coincide el estado de mayor alegría con la mayor satisfacción espiritual. Antes bien, las grandes alegrías suelen ser circunspectas y serias, y sólo las mediocres y pasajeras van acompañadas de la risa. Y no apruebo, por lo tanto, a quienes intentan engañarse nutriéndose de imaginaciones fingidas; pues todo el deleite que de eso se deriva no puede afectar sino a la parte superficial del alma; y ésta, en tanto, siente una amargura interior al per-

catarse de que es falso. Y aunque podría suceder que algo la tuviera tan distraída que no cayera nunca en la cuenta de esa falsedad, no por ello disfrutaríamos de esa beatitud a la que nos estamos refiriendo, puesto que ésta no debe depender sino de nuestra conducta, y el deleite ya dicho lo debemos únicamente a la suerte.

Pero cuando podemos considerar las cosas desde puntos de vista diversos, de los cuales unos nos inclinan a la alegría y otros, en cambio, nos la prohíben, soy del parecer de que es prudente tomar en consideración en primer lugar los que nos satisfacen. Y como casi todas las cosas del mundo están hechas de forma tal que, según se las mire, pueden parecer buenas o podemos hallar defectos en ellas, creo que si a algo hay que aplicar la maña, es sobre todo a saber considerarlas bajo el punto de vista que mejor nos convenga, con tal de que ello no suponga engaño.

Y, así, cuando Vuestra Alteza se fija en esas circunstancias que le dieron más ocasiones de cultivar su raciocinio que a otras personas de sus mismos años, creo que tendrá motivo de contento si, además, se digna considerar cuánto mayor provecho ha sacado de ello que cualquiera de esas otras personas. Y no se me alcanza por qué prefiere compararse con ellas en lo que le da motivo de queja que en los que podría dársele de satisfacción. Pues ya que está constituida de tal forma nuestra naturaleza que nuestra mente precisa de mucho desahogo para poder dedicar de forma provechosa algunos momentos a la búsqueda de la verdad y, si se aplicase demasiado al estudio, se adormecería en vez de perfeccionarse, no debemos medir el tiempo que hemos dedicado a instruirnos por el número de horas de que hemos dispuesto, sino más, a lo que me parece, por el ejemplo de lo que solemos ver que sucede a los demás, y usar éste como medida de la capacidad ordinaria de la mente humana.

Tampoco creo que debamos tener motivos de arrepentimiento si hicimos lo que nos pareció mejor en el momento en que había que llevarlo a cabo, aunque, más adelante, y recapacitando con más calma, estímemos que hubo error en ello. Sí habría lugar a arrepentirse si hubiéramos hecho algo en contra de nuestra conciencia, aunque nos percatásemos luego de que habíamos actuado mejor de lo que creíamos; pues sólo debemos responder de nuestros pensamientos, y no entra en la naturaleza del hombre ni el saberlo todo ni el juzgar de súbito con el mismo tino que cuando dispone de tiempo sobrado para reflexionar.

Por lo demás, por mucho que la vanidad, que nos hace tener mejor opinión de nuestras personas de lo que deberíamos, sea un vicio que sólo es propio de las almas débiles y bajas, tampoco supone eso que las más fuertes y generosas tengan que hacerse de menos a sí mismas, sino que es preciso que nos hagamos justicia, reconociendo tanto nuestras perfecciones como nuestros defectos. Y si bien es cierto que la urbanidad nos prohíbe jactarnos de aquéllas, no nos exige que las echemos al olvido.

Por último, ya que no poseemos una ciencia infinita que nos permita conocer a la perfección todos los bienes entre los que puede sucedernos que tengamos que escoger en las diversas circunstancias de la vida, soy de opinión de que debemos contentarnos con una ciencia mediocre de las cosas más necesarias, como, por ejemplo, las que enumeré en mi última carta.

Ya dije a Vuestra Alteza mi opinión, en dicha carta, en lo tocante a la dificultad que me propone: saber si los que lo refieren todo a sí mismos están más en lo cierto que los que se preocupan por los demás. Pues si sólo pensáramos en nosotros, no podríamos disfrutar sino de nuestros particulares bienes; mientras que, si nos consideramos como partes de otro cuerpo, fuere cual fuere,

también participamos de los bienes que le son comunes, sin vernos privados por ello de ninguno de los nuestros propios. Y no sucede otro tanto con los males, pues, según la filosofía, el mal no es algo real, sino únicamente una privación; y cuando nos entristece algún mal que atribula a nuestros amigos, no por ello participamos de la carencia en que consiste ese mal, y por mucha tristeza o disgusto que sintamos en tales ocasiones, nunca podrá ser tan grande como la satisfacción interna que va siempre pareja a las buenas acciones, sobre todo a las que nacen de un puro afecto hacia el prójimo, y no referido a nosotros mismos, es decir, de esa virtud cristiana que llamamos caridad. Y he aquí cómo nos es posible hallar en esto mayor deleite, incluso si lloramos y somos presa de gran aflicción, que en reír y sentirnos descuidados.

Y es fácil demostrar que ese deleite del alma en que consiste la beatitud no es inseparable del regocijo y el bienestar del cuerpo, tanto si tomamos como ejemplo las tragedias, que nos agradan tanto más cuanto a mayor aflicción nos mueven, como si pensamos en los ejercicios del cuerpo, tales como la caza, el juego de pelota y otros parecidos, que no por esforzados dejan de resultar-nos gratos. E incluso sucede con frecuencia que el esfuerzo y el cansancio incrementan el placer que procuran. Y la causa del contento que recibe el alma de tales ejercicios consiste en que le hacen patente la fuerza, o la habilidad, o cualquier otra perfección del cuerpo en la que ella participa; mas el contento que siente al llorar cuando presencia la representación, en un escenario, de algún hecho lastimoso y funesto viene sobre todo de que, al compadecerse de los afligidos, le parece que está realizando una acción virtuosa; y suele el alma, por lo general, complacerse al notar que la conmueven cualesquiera pasiones, con tal de que sea dueña de ellas.

Pero, para poder definir las, es menester que examine con mayor detenimiento esas pasiones, lo que me resultará más fácil aquí que si estuviese escribiendo a cualquier otra persona, ya que Vuestra Alteza tuvo a bien molestarse en leer el tratado que esboqué hace tiempo acerca de la naturaleza de los animales<sup>17</sup> y está ya al tanto de la forma en que pienso que se forman diferentes impresiones en sus cerebros: unas mediante los objetos externos que inmutan los sentidos; otras mediante las disposiciones internas del cuerpo o los vestigios de impresiones anteriores, que han permanecido en la memoria; o como consecuencia de un movimiento de los espíritus animales que nacen del corazón; o también, en el hombre, por la acción del alma, que tiene cierto poder para cambiar las impresiones que están en el cerebro, de la misma forma que, a la recíproca, esas impresiones son capaces de despertar en el alma pensamientos que no dependen de su voluntad. Y por eso es posible llamar pasiones, en general, a cuantos pensamientos pueden las impresiones que se hallan en el cerebro despertar así en el alma, solas y sin concurso de la voluntad (y, por consiguiente, sin ninguna acción que de ella proceda), pues todo cuanto no es acción es pasión. Mas solemos reservar ese nombre únicamente para los pensamientos que nacen de algún movimiento específico de los espíritus. Pues las que vienen de los objetos externos, o de las disposiciones internas del cuerpo, como son la percepción de los colores, de los sonidos, de los olores, del hambre, de la sed, del dolor, y otras por el estilo, reciben el nombre de sensaciones, externas aquéllas e internas éstas. Las que sólo dependen de la huella que impresiones anteriores

<sup>17</sup> Por la referencia contenida en otras cartas, se trataría de un tratado redactado hacia ya unos quince años.

han dejado en la memoria, y del movimiento ordinario de los espíritus, reciben el nombre de ensoñaciones, ora se presenten durante el sueño, ora lo hagan en estado de vela, cuando el alma, no determinándose a nada por propio impulso, vaga con indolencia en pos de impresiones que están en el cerebro. Pero cuando el alma ejercita su voluntad para determinarse a algún pensamiento que no sólo es inteligible sino también concebible, ese pensamiento provoca una nueva impresión en el cerebro, y no se trata de una pasión, sino de una acción a la que, si queremos darle el nombre adecuado, deberemos llamar imaginación. Por último, cuando el derrotero habitual de los espíritus es tal que suele despertar pensamientos tristes o alegres, u otros semejantes, no se atribuye tal cosa a la pasión, sino al temperamento o al humor de la persona que los piensa, y decimos, entonces, que aquel hombre es de temperamento triste, esotro de humor alegre, etcétera. Y, por lo tanto, sólo a los pensamientos que proceden de algún movimiento específico de los espíritus, cuyos efectos se sienten como en la propia alma, llamamos con propiedad pasiones.

Cierto es que casi nunca tenemos ninguna que no proceda de varias de las causas que acabo de citar; pero se les da el nombre de la principal, o de aquélla en que más nos fijamos, con lo cual hay quien confunde la sensación de dolor con la pasión de la aflicción; o la de las cosquillas con la pasión de la alegría, a la que también llaman voluptuosidad o deleite; o las de sed y hambre con los deseos de beber o de comer, que son pasiones; ya que, de ordinario, las causas que provocan el dolor inmutan también los espíritus de la forma requerida para despertar la aflicción; y las que provocan algún cosquilleo lo hacen de la forma requerida para despertar la alegría; y lo mismo sucede con todo lo demás.

También confundimos, en ocasiones, las inclinaciones o costumbres que predisponen a determinada pasión con esa pasión en sí, aunque, no obstante, sea muy fácil diferenciarlas. Pues cuando, por ejemplo, corre la voz en una ciudad de que los enemigos se disponen a ponerle sitio, el primer criterio que forman sus habitantes del daño que de ahí puede venirles es una acción del alma, y no una pasión. Y aunque tengan varios vecinos ese mismo criterio, no a todos los altera por igual, sino que unos se alteran más que otros, según que estén más o menos hechos al temor o tengan mayor o menor propensión a él. Y antes de que llegue a sus almas esa emoción, que no otra cosa es la pasión, tienen que formarse ese criterio o, si no lo forman, tendrán al menos que concebir el peligro y grabar su uso en el cerebro, lo que se realiza mediante otra acción que recibe el nombre de imaginar; y por ese mismo procedimiento determinan a los espíritus, que circulan por los nervios desde el cerebro a los músculos, a que penetren en los nervios que sirven para estrechar las aberturas del corazón, con lo que se demora la circulación de la sangre y todo el cuerpo se pone pálido, frío y tembloroso, y los nuevos espíritus que van del corazón al cerebro se inmutan de forma tal que no pueden ayudar a que se formen más imágenes que las que la pasión del temor despierta en el alma. Y todas estas cosas suceden de forma tan seguida que parece que no constituyen sino una única operación. Y, de esa misma forma, en todas las demás pasiones se da algún movimiento específico de los espíritus que vienen del corazón.

Esto es lo que pensaba escribir, hace ocho días, a Vuestra Alteza, y tenía el propósito de añadir alguna explicación en particular para cada una de las pasiones; mas, habiendo hallado dificultad en enumerarlas, me vi en la necesidad de dejar que se fuera el

mensajero sin mi carta y, al haber recibido entre tanto la que Vuestra Alteza me ha hecho el honor de escribirme, ésta me propone una nueva respuesta que me obliga a posponer el examen de las pasiones para decir, en la presente, que todas las razones que demuestran que existe Dios y es la causa primera e inmutable de todos cuantos efectos no dependen del libre albedrío de los hombres, demuestran también, a lo que me parece, que Dios es asimismo la causa de todos los efectos que dependen de dicho albedrío. Pues sólo es posible demostrar que existe considerando que es un ser soberanamente perfecto; y no sería soberanamente perfecto si pudiera suceder cosa alguna en el mundo que no procediera por entero de él. Cierto es que sólo la fe puede enseñarnos qué es esa gracia con la que Dios nos eleva hasta una beatitud sobrenatural; pero basta con la filosofía para saber que ni un solo pensamiento podría penetrar en la mente del hombre si Dios no quisiera y si no hubiera querido, desde toda la eternidad, que penetrase. Y la distinción que hace la Escuela entre las causas universales y particulares no viene aquí al caso: pues lo que hace por ejemplo que el sol, aun siendo la causa universal de todas las flores, no lo sea de que los tulipanes se diferencien de las rosas, es que la constitución de estas flores depende también de algunas otras causas particulares que no se hallan subordinadas al sol. Pero Dios es en tal grado la causa universal de todo que es, igualmente, la causa total; y, en consecuencia, nada puede suceder si él no lo quiere.

Cierto es también que el conocimiento de la inmortalidad del alma y de los goces que podrá sentir al dejar esta vida podrían mover a huir de ella a quienes anhelan esa inmortalidad, siempre y cuando tuvieran la certidumbre de disfrutar, tras la muerte, de todos esos goces. Pero no hay raciocinio alguno que se lo

garantice. Y sólo la filosofía de Heguesías, cuyo libro prohibió Ptolomeo porque hubo quien se quitó la vida tras haberlo leído, intenta persuadir al hombre de que esta vida es mala. La auténtica filosofía enseña, antes bien, que podemos sentir continuo contento, incluso rodeados de los más desdichados accidentes y los más acuciantes dolores, siempre y cuando sepamos usar de la razón.

En lo que se refiere a la extensión del universo, no se me alcanza cómo el reflexionar acerca de ella puede invitarnos a separar la providencia particular de la idea que de Dios tenemos: pues existe una gran diferencia entre Dios y los poderes finitos, ya que, como éstos pueden agotarse, acertamos al opinar, cuando vemos que se aplican a grandes empresas, que no es verosímil que se extiendan también a las más pequeñas. Pero cuanto mayores nos parecen las obras de Dios, tanto más nos convencemos de la infinitud de su poder; y cuanto más sabemos de esa infinitud, más seguridad tenemos de que se extiende hasta las acciones de los hombres, incluso las menores de ellas.

Tampoco creo que entienda Vuestra Alteza, al hablar de esa providencia particular de Dios, que dice ser el sustento de la teología, que consiste en que cualquier acción que dependa de nuestro libre albedrío pueda introducir algún cambio en los designios divinos. Pues la teología no admite ese cambio; y cuando nos prescribe que alcemos nuestras preces a Dios, no es para que le manifestemos de qué estamos necesitados, ni para intentar implorar de él que cambie algo en el orden que su providencia tiene establecido desde toda la eternidad, ya que ambos propósitos serían censurables, sino que es sólo para que obtengamos lo que él quiso desde toda la eternidad que obtuvieran nuestras plegarias. Y creo que todos los teólogos están de acuerdo en esto, inclu-

so los arminianos, que son, en apariencia, los que más se remiten al libre albedrío.

Reconozco que es dificultoso calcular de forma exacta hasta dónde ordena la razón que nos interese por los que nos rodean; mas tampoco es cosa que requiera gran exactitud: basta con cumplir con lo que nos mande la conciencia, y podemos, en esto, atender en gran manera a la propia inclinación. Pues tiene fijado Dios de tal modo el orden de las cosas y a los hombres, vinculados en una comunidad tan estrecha que, incluso aunque cada uno de ellos lo refiriera todo a su persona y no tuviera caridad alguna para con los demás, no por ello dejaría de obrar habitualmente, en todo cuanto estuviera a su alcance, en beneficio del prójimo sólo con que ejercitase la prudencia, y tanto más se cumpliría esto si viviera en una época en que no estuviesen corrompidas las costumbres. Y, por lo demás, como obrar en bien del prójimo en lugar de afanarse por sí mismo es acción de las más dignas y estimables, son, en consecuencia, las almas más elevadas las que se sienten más inclinadas a ello y alardean en menor grado de los bienes que poseen. Sólo las almas débiles y bajas se estiman en más de lo que valen y se asemejan a los vasos pequeños, que se llenan con tres gotas. Bien sé que no se cuenta Vuestra Alteza entre estas últimas y que no es posible incitar a esas almas bajas a que se preocupen por alguien como no sea haciéndoles ver que ello ha de redundar en provecho propio. Y, en cambio, es preciso velar de continuo por el interés de Vuestra Alteza, haciéndole notar que no podría servir útilmente por largo tiempo a quienes gozan de su afecto si se descuidase a sí misma; y también suplicarle que vele por su salud. Tal es el ruego de su muy humilde y devoto servidor

DESCARTES

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 28 de octubre de 1645

Señor Descartes:

Tras haber demostrado con tan buenas razones que vale más conocer las verdades aunque vayan en desventaja nuestra que caer en gratos engaños y que sólo las cosas que admiten puntos de vista diferentes deben incitarnos a tomar en cuenta el que más contento no proporcione, me asombra que pretendáis que, para compararme con otras personas de mis años, me funde más en algo que desconozco que en lo que no puedo ignorar, por mucho que lo primero me resulte más ventajoso. Nada hay que pueda hacerme ver con claridad si he hallado mayor provecho cultivando mi intelecto del que han hallado otros en sus ocupaciones, y no me cabe duda alguna de que, incluso concediendo al cuerpo el tiempo de desahogo indispensable, he dispuesto sobradamente del preciso para avanzar en esa empresa más de lo que lo hecho. Si midiésemos la capacidad de la mente humana ateniéndonos a la que suelen tener la mayoría de los hombres, hallaríamos que es de muy breve extensión, ya que éstos no usan del pensamiento sino subordinado a los sentidos. Incluso entre los que se dedican con ahínco al estudio, pocos hay que apliquen a él otra cosa que no sea la memoria o que pongan la verdad por meta de su afán. Y si peco por complacerme en el pensamiento de que ha sido mayor mi ganancia que la de esas personas, no creo que sea exceso de humildad, que es tan pernicioso como la vanidad, aunque no tan corriente. Solemos sentirnos más inclinados a ignorar nuestros defectos que nuestras perfecciones. Y al huir del arre-

pentimiento de las faltas cometidas, por considerarlo enemigo de la dicha, podríamos correr el albur de perder el deseo de enmendarnos, sobre todo cuando esas faltas son fruto de alguna pasión, puesto que tenemos una inclinación natural a alegrarnos de las emociones que de ellas vienen y a seguir sus impulsos. Sólo las incomodidades consecutivas nos informan de que tales faltas pueden ser perjudiciales. Y eso es, a mi parecer, la causa de que las tragedias nos agraden tanto más cuanto más nos mueven a tristeza, porque sabemos que no será tan violenta que pueda hacernos cometer extravagancia alguna ni tan duradera que pueda trastornarnos la salud.

Pero esto no basta para sustentar la doctrina que me exponíais en una de vuestras cartas anteriores, a saber, que las pasiones resultan tanto más útiles cuanto más tienden al exceso, siempre que estén sometidas a la razón, porque no me parece que puedan, a un tiempo, ser excesivas y hallarse sometidas. Pero creo que me aclararéis esta duda si os dignáis tomaros el trabajo de describir de qué forma el movimiento de los espíritus sirve para formar todas las pasiones que experimentamos y de qué forma corrompe el raciocinio. No me atrevería a haceros este ruego si no supiera que nunca dejáis una empresa inconclusa y que, al emprender la tarea de instruir a persona tan necia como yo, os hicisteis el ánimo a las molestias que ello os procuraría.

Y por eso mismo os diré, además, que las razones que demuestran la existencia de Dios y que él es la causa inmutable de cuantos efectos no dependen del libre albedrío del hombre no me convencen de que lo sea también de los que sí dependen. Que podría serlo es consecuencia necesaria de su perfección soberana, es decir, que podría no haber otorgado libre albedrío al hombre; pero puesto que sentimos que lo tenemos, me parece que es

contrario al sentido común ver dependencia en sus hechos, de la misma forma que la vemos en su entidad.

A quien esté completamente persuadido de la inmortalidad del alma le es imposible poner en duda que será más feliz tras separarse ésta del cuerpo (que es el origen de todos los sinsabores de la vida, de la misma forma que el alma lo es de los mayores contentos), aunque no piensa así el señor Digby, a quien hizo creer su preceptor<sup>38</sup> (cuyos escritos habéis leído) que era necesario el purgatorio, convenciéndolo de que las pasiones que durante la vida del hombre predominan sobre la razón dejan aún ciertas huellas en el alma tras la muerte del cuerpo, y que esas huellas la atormentan tanto más cuanto que no hallan medio alguno de satisfacerse en substancia tan pura. No se me alcanza cómo puede esto compaginarse con la inmaterialidad del alma. Pero no me cabe duda alguna de que, aunque la vida no sea mala en sí, habría que abandonarla por un estado cuya superioridad se conoce.

Entiendo por esa providencia particular, que es sustento de la teología, aquélla con la que ha dispuesto Dios desde toda la eternidad medios tan extraordinarios como su encarnación en favor de una parte de cuanto fue creado tan indigna de atención, si la comparamos con todo lo demás, como la representación que, en vuestra física, hacéis de nuestro globo. Y que lo haya hecho para ser glorificado me parece propósito muy indigno del creador de este gigantesco universo. Pero lo que os exponía, al decirlo esto, era más objeción de nuestros teólogos que mía, pues siempre me ha parecido muy impertinente que personas finitas opinasen acerca de la causa final de las acciones de un ser infinito.

<sup>38</sup> Thomas White, también llamado Albanus o Abius

No sois del parecer de que se necesite saber con gran exactitud hasta dónde nos ordena la razón que nos interese por los que nos rodean, porque, incluso aunque alguien lo refiriese todo a sí mismo, no dejaría de obrar también en beneficio del prójimo si ejercitaba la prudencia. Y es dicha prudencia el todo del que sólo os pido una parte. Pues, al poseerla, no podemos por menos de hacer justicia a los demás, igual que a nosotros mismos, y el carecer de ella es lo que hace que un espíritu arrojado desaproveche a veces la posibilidad de servir a su patria por haberse entregado con excesiva ligereza a su propio interés, o que otro, timorato, se pierda, junto con ella, por no haberse atrevido a arriesgar hacienda y fortuna para preservarla.

Me he hallado siempre en circunstancias tales que mi vida ha sido de muy poca utilidad para las personas a las que quiero; pero pongo mucho mayor esmero en preservarlas desde que tengo la dicha de conoceros, ya que me habéis instruido en los medios para vivir de forma más dichosa que antes. Sólo echo aún de menos la satisfacción de poderos dar testimonio de cuán agradecida os está por ello vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL.

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 3 de noviembre de 1645

Señora:

Suelo hallar con tan poca frecuencia razonamientos cabales no ya en las palabras de las personas con quienes trato sino también en los libros que consulto, que no puedo leer los que pone Vuestra Alteza en sus cartas sin que me invada una sensación de extraordinario júbilo. Y me parecen tan poderosos, que prefiero reconocerme vencido antes que empeñarme en resistirme a ellos. Pues, aunque esa comparación que Vuestra Alteza no quiere hacer porque va en ventaja suya pueda comprobarse sobradamente con la experiencia, es, no obstante, virtud tan digna de elogio ésa de opinar favorablemente de los demás, y se compadece tan bien con la generosidad que le impide medir la capacidad de la mente humana ateniéndose a la que suelen tener la mayoría de los hombres, que no puedo por menos de sentir gran estima por ambas.

Tampoco me atreveré a contradecir lo que escribe Vuestra Alteza acerca del arrepentimiento, puesto que se trata de una virtud cristiana que nos sirve para enmendarnos no sólo de las faltas cometidas voluntariamente sino también de las cometidas por ignorancia, cuando alguna pasión nos enturbia el conocimiento de la verdad.

Y admito que la tristeza de las tragedias no resultaría tan grata si pudiéramos temer que alcanzase extremos que llegasen a incomodarnos. Pero cuando dije que existen pasiones tanto más útiles cuanto más tienden al exceso, sólo quise referirme a las bue-

nas; y por eso añadí que deben hallarse sometidas a la razón. Pues existen dos categorías de excesos: una que, al alterar la naturaleza de la cosa, haciéndola de buena mala, impide que permanezca sometida a la razón; otra que sólo la hace crecer y, de buena, la vuelve mejor. Así, no desemboca el valor en el exceso de la temeridad más que cuando sobrepasa los límites de la razón; mas, aunque se atenga a ellos, puede caer en otro exceso, que consiste en no ir acompañado de vacilación o temor alguno.

He meditado durante estos días en el número y el rango de todas esas pasiones para poder examinar con mayor detenimiento su naturaleza. Pero no están mis opiniones a este respecto tan digeridas que pueda atreverme ya a ponerlas por escrito para Vuestra Alteza, aunque no dejaré de hacerlo lo antes que me sea posible.

En lo que al libre albedrío se refiere, reconozco que, si sólo nos tomamos en cuenta a nosotros mismos, no podemos sino considerarlo independiente; pero si consideramos el poder de Dios, no podemos dejar de creer que todo depende de él y, por consiguiente, que no podemos excluir de él nuestro libre albedrío. Pues hay contradicción en decir que Dios creó a los hombres con una naturaleza tal que las acciones de su voluntad no dependen de la de él, porque sería lo mismo que decir que su poder es, al tiempo, finito e infinito; finito, puesto que existe algo que no depende de él; infinito, puesto que ha podido crear ese objeto independiente. Pero del mismo modo que el conocimiento de la existencia de Dios no debe hacernos dudar de nuestro libre albedrío, puesto que lo experimentamos y lo sentimos en nuestras propias personas, tampoco el conocimiento de ese libre albedrío debe hacernos dudar de la existencia de Dios. Pues esa independencia, que experimentamos y sentimos en nosotros y basta para

que nuestras acciones merezcan alabanza o reprobación, no es incompatible con una dependencia de naturaleza distinta, según la cual todas las cosas están sometidas a Dios.

En lo tocante al estado del alma después de esta vida, sé mucho menos de él que el señor De Igby; pues si descartamos lo que la fe nos enseña, reconozco que sólo con la razón natural podemos hacer gran número de conjeturas halagüeñas y tener gratas esperanzas, mas no certidumbre alguna. Y como esa misma razón natural nos dice también que en esta vida nos suceden siempre más bienes que desdichas y que no se debe dejar lo seguro por lo incierto, creo que nos enseña que, en realidad, no debemos temer la muerte, pero que tampoco debemos nunca buscarla.

No es preciso que responda a la objeción que pueden hacer los teólogos a la ingente extensión que he atribuido al universo, ya que Vuestra Alteza lo ha hecho por mí. Añadiré sólo que si esa extensión pudiera restar credibilidad a los misterios de nuestra religión, igual podría haber sucedido con la que los astrónomos han atribuido a los cielos en todas las épocas, pues los consideraron tan gigantescos que, en comparación, la Tierra no es sino un punto. Y, no obstante, nadie les hace ese reproche.

Por lo demás, si la prudencia mandase en los acontecimientos, no dudo de que Vuestra Alteza concluyese con bien cuantas empresas quisiera emprender. Pero sería preciso que todos los hombres fueran completamente sabios y prudentes, de forma tal que, sabiendo lo que tienen que hacer, pudiera haber seguridad de que lo harían. O sería menester estar al tanto, de forma específica, del carácter de todos aquéllos con quienes tenemos asuntos; y, aun así, no bastaría con eso, pues cuentan además con su libre albedrío, cuyos impulsos sólo Dios conoce. Y como solemos formarnos el criterio de qué van a hacer los demás por lo que

haríamos nosotros en su lugar, sucede con frecuencia que las mentes vulgares y mediocres, al parecerse a aquéllas con las que tienen que tratar, se compenetran mejor con ellas y triunfan con más facilidad en sus empresas que las mentes más preclaras, pues éstas, al no tratar más que con otras que les son muy inferiores en conocimientos y prudencia, opinan de muy diferente forma. Y en esto debe hallar consuelo Vuestra Alteza cuando la fortuna contraría sus propósitos, para los que implora el favor divino el más humilde y obediente servidor de Vuestra Alteza

DESCARTES

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 30 de noviembre de 1645

Señor Descartes:

Puede extrañaros con razón que, tras haberme manifestado que mis raciocinios no os parecían demasiado ridículos, haya tardado tanto en sacar partido de los privilegios que vuestras respuestas me conceden. Y me avergüenzo al confesaros la causa de esta demora, puesto que ha dado al traste con todo cuanto vuestras lecciones parecían haber afinado en mi mente. Estaba yo en la creencia de que la firme resolución de no buscar la beatitud sino en las cosas que de mi voluntad dependen me tornaría menos sensible a las que me llegan desde fuera, mas la insensatez de uno de mis hermanos<sup>89</sup> me ha dado a conocer mi debilidad, al alterarme más la salud del cuerpo y el sosiego del alma que cuantas desdichas me sucedieron antes. Si es que os tomáis la molestia de leer la gaceta, sabréis, sin duda, que ha caído en manos de cierta clase de gente que siente más aborrecimiento por nuestra Casa que apego por su fe y ha dado en sus redes hasta el punto de cambiar de religión para hacerse católico romano, sin fingir pretexto alguno que pueda convencer ni a los más crédulos de que le iba en ello la conciencia. ¡Que tenga yo que ver a persona a la que quería con toda la ternura de que soy capaz expuesta a que lo desprecie el mundo y –si me atengo a mis creencias– a perder el alma! Si no supiera que sois más caritativo que beato, sería impertinencia por mi parte hablaros de este asunto y, ni siquiera así me

<sup>89</sup> Su hermano Eduardo, que se convirtió al catolicismo al casarse con Ana de Gonzaga.

lo permitiría, si no fuera porque quiero deciros todos mis defectos como a la persona más capaz en el mundo de corregirme de ellos.

Os confieso también que, además de no comprender que la independencia del libre albedrío sea más incompatible con la idea que tenemos de Dios de lo que es su dependencia con su libertad, no consigo compaginarlas, pues tan imposible es para la voluntad ser libre y, al tiempo, quedar vinculada a los decretos de la Providencia como para el poder divino ser a la vez infinito y limitado. No conseguiré ver esa compatibilidad de la que habláis ni la forma en que puede ser distinta la naturaleza de la dependencia de la voluntad y la de su libertad si no os tomáis la molestia de explicármelo.

En lo referido al contento, reconozco que lo que se posee en el presente es mucho más seguro que lo que se espera del porvenir, por mucho que esa espera se funde en buenas razones. Pero mucho me cuesta convencerme de que en la vida nos sucedan siempre más bienes que desdichas, puesto que es más compleja la composición de aquéllos que la de éstas; que hay más lugares donde puede hallar el hombre desagrado que agrado; que, por cada verdad, existe una cantidad infinita de errores; que, por una forma de llegar al camino recto, hay incontables que nos extrañan; y que pocas personas tienen propósito y poder de servirnos, mientras que muchas los tienen de perjudicarnos. Por último, todo cuando depende de la voluntad y el derrotero de cuanto nos rodea puede incomodarnos, y, según lo que vos mismo opináis, nada de lo que depende de forma absoluta de la voluntad nuestra basta para procurarnos una satisfacción real y duradera.

Y en cuanto a la prudencia, por lo que se refiere a la sociedad humana, no espero de ella norma infalible, pero mucho me com-

placería examinar la que os parecería oportuno proponer a alguien que viviendo sólo para sí, en el desempeño de cualquier profesión, no dejase de obrar además en pro del prójimo, aunque casi no me atrevo a pedirlos más luces después de haber empleado con tan poco provecho las que ya habéis dado a vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 27 de diciembre de 1645

Señor Descartes:

El hijo del difunto profesor Schooten<sup>40</sup> me ha entregado hoy la carta que me escribisteis en su favor para evitar que me comprometiese a proteger a su rival. Y al decirle yo que no sólo no tenía intención alguna de perjudicarlo, sino que, antes bien, me sentía en la obligación de favorecerlo cuanto estuviera en mi mano, puesto que vos me solicitabais para él amistoso interés y favor, me pidió luego que lo recomendase a los Curadores. Puesto que no conozco sino a dos, los señores De Wimenon y Bewen<sup>41</sup>, y este último no está en la ciudad, he comenzado por mandar recado al primero, que me ha prometido usar de su influencia a favor del ya citado señor Schooten, y ello aunque existe propósito de suprimir esa profesión por considerarla superflua, en lo cual parece residir la única dificultad que habrá de combatir, pues no hay quien sienta por su rival tanta consideración como por él, a no ser unos cuantos escrupulosos que temen que introduzca los errores de la religión arminiana<sup>42</sup> en sus clases de matemáticas. Si me hubiera dado tiempo a rogarle que volviese a verme para saber del resultado de mis gestiones, habría podido informarlo de las cosas que creo que podrán serle de utilidad para conseguir sus

<sup>40</sup> Franz van Schooten (1615-1661), matemático holandés, hijo del profesor de la Universidad de Leiden al que se refieren y que murió en 1645, fue el que trazó las figuras geométricas incluidas en las obras de Descartes.

<sup>41</sup> Dos de los tres Curadores de la Universidad de Leiden en el año 1645.

<sup>42</sup> Confesión religiosa holandesa, fundada por Arminius (1560-1609), que defendía el libre albedrío contra el dogma de la predestinación. Los arminianos fueron condenados en el sínodo de Dordrecht (1618-1619).

pretensiones. Pero se retiró con tal premura que me vi obligada a ir en pos de él hasta la puerta para preguntarle con quién debía emplear mis buenos oficios. Sé muy bien que si se hubiera limitado a ver en mí a vuestra amiga, echando al olvido esos títulos que no hacen sino causar embarazo a quienes no están acostumbrados a ellos, se habría comportado de forma diferente, suponiendo atinadamente que no puedo limitarme a los usos ordinarios en asunto sobre el que sé que tenéis interés. Y os ruego que me creáis si os digo que aprovecharé cuantas ocasiones se me presenten de demostraros que soy en verdad, señor Descartes, vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

Mucho me temo que no hayáis recibido mi última carta del 30 del mes pasado, puesto que no hacéis mención de ella. Me supondría una gran contrariedad que fuese a caer en manos de alguno de esos críticos que tienen por herejía condenable cualquier duda que pueda cabernos acerca de las opiniones establecidas.

## De Descartes a Isabel

Egmond, enero de 1646

Señora:

No puedo negar que me sorprendió enterarme de que había contrariado a Vuestra Alteza, hasta extremos tales que llegó a trastornársele la salud, un hecho que parecerá bueno a la mayoría y que varias razones de peso pueden disculpar ante los demás. Pues cuantos pertenecen a la religión a la que yo pertenezco (que son sin duda las más de las gentes de Europa) no podrían por menos de aprobarlo, incluso en el supuesto de que vieran en ello circunstancias y motivos aparentes que pudieran parecer condenables. Pues creemos que Dios usa de diferentes medios para traer a sí a las almas; y algunos han entrado en el claustro con intenciones poco rectas y han llevado luego en él una vida colmada de santidad. Y puede refutarse la opinión de quienes sean de otra creencia, pues, como sucede en cuantos asuntos cuentan con varios partidos, es imposible complacer a unos sin disgustar a los otros. Y si éstos tienen en cuenta que no profesarían la religión que profesan si ellos, o sus padres, o sus abuelos, no hubieran dejado la romana, no podrán hacer burla de quienes dejan la de ellos, ni llamarlos inconstantes.

En lo referido a la prudencia que hay que mostrar ante el siglo, cierto es que quienes tienen a la fortuna de su parte hacen bien en unirse estrechamente en torno a ella y aunar sus fuerzas para impedir que se les escape; pero aquéllos a cuya estirpe es esquivo no hacen mal, a mi parecer, cuando deciden, de común acuerdo, seguir caminos diferentes para que, si al menos no puede favore-

cer a todos, alguno al menos la halle propicia. Y mientras así obran, hacen creer que cuenta cada uno de ellos con recursos múltiples al tener amigos en partidos diferentes, lo que les proporciona mayor fuerza e importancia que si estuvieran todos en el mismo. Y lo dicho me impide creer que quienes dieron ese consejo quisieran, al hacerlo, perjudicar a la Casa de Vuestra Alteza. Pero no pretendo que mis razones coarten el resentimiento de Vuestra Alteza; sólo espero que el tiempo lo haya ido debilitando antes de que llegue a sus manos esta carta, y temería reavivarlo si me extendiera más al respecto.

Paso, por tanto, a referirme a la dificultad que me propone en lo tocante al libre albedrío, cuya dependencia y libertad intentaré explicar con una comparación. Supongamos que un rey ha prohibido los duelos, pero sabe con certeza que dos gentileshombres de su reino, que residen en diferentes ciudades, se hallan enfrentados y tan encorajinados el uno con el otro que, si se encontrasen, nada podría impedir que se batieran; si ese rey, digo, hace a uno de ellos algún encargo para cuyo cumplimiento tiene que ir cierto día a la ciudad en la que vive el otro, sabe muy bien que no dejarán ni de encontrarse ni de batirse y, en consecuencia, de desobedecer su prohibición, pero eso no quiere decir que los obligue a hacerlo; y ni el conocimiento que tiene de la circunstancia, ni siquiera la voluntad que ha tenido de ponerlos en ella, impide que, en caso de batirse los caballeros al encontrarse, lo hagan tan voluntaria y libremente como lo habrían hecho si el rey no hubiera tenido arte ni parte y ellos se hubieran encontrado por cualquier otro motivo; y puede el rey castigarlos con la misma justicia, puesto que han desobedecido su prohibición. Ahora bien, lo que un rey puede hacer en lo tocante a algunas acciones libres de sus súbditos, Dios, que posee presciencia y

sabiduría infinitas, lo hace infaliblemente en lo tocante a las de todos los hombres. Y, antes de enviarnos a este mundo, supo con exactitud de cualesquiera inclinaciones de nuestra voluntad, pues él mismo las puso en nosotros, y fue también él quien dispuso todas las demás cosas que están fuera de nosotros, de forma tal que estos y aquellos objetos se presentasen ante nuestros sentidos en tal o cual momento; y supo también que en esas ocasiones nuestro libre albedrío nos determinaría a esta o aquella cosa; y así lo quiso, pero no por ello quiso obligarnos a hacerlo. Y de la misma forma que podemos distinguir en ese rey dos grados de voluntad, con uno de los cuales quiso que los gentileshombres se batiesen, puesto que los hizo encontrarse, mientras que con el otro no lo quiso, puesto que prohibió el duelo, así los teólogos distinguen en Dios una voluntad absoluta e independiente, con la que quiere que todas las cosas sucedan como suceden, y otra relativa, que tiene que ver con el mérito o la falta de mérito de los hombres, con la cual quiere que obedezcamos a sus leyes.

Tengo también que distinguir dos categorías de bienes, para armonizar lo que escribí hace tiempo (a saber, que en esta vida nos suceden siempre más bienes que desdichas) con las objeciones de Vuestra Alteza acerca de las contrariedades de la vida. Cuando tomamos en consideración la idea del bien, para que sirva de norma a nuestros hechos, la tomamos con toda la perfección que puede hallarse en la cosa que decimos ser buena y la comparamos con la línea recta, que es única entre infinitas líneas curvas; y a los males los comparamos con estas otras líneas. En ese sentido suelen decir los filósofos que *bonum est ex integra causa, malum ex quovis defectu*<sup>43</sup>. Pero cuando consideramos los bienes y

los males que pueden hallarse en una misma cosa para saber cuánta estima nos merece, como hice al hablar de la estima que nos merece esta vida, llamamos bien a cuanto hallamos en ella que nos pueda aportar algún agrado y llamamos mal a todo cuanto pueda reportarnos desagradados, pues de los demás defectos que quizá haya en ella no hacemos cuenta. Así, cuando ofrecen un cargo a un hombre, éste se fija, por una parte, en los honores y el provecho que puede reportarle, y los considera bienes; y, por otra, en el esfuerzo, el peligro, la pérdida de tiempo, y otras cosas por el estilo, y las considera males. Y comparando estos males con aquellos bienes, lo acepta o lo rechaza, según que le parezcan unos de mayor o menor envergadura que otros. Ahora bien, lo que me ha llevado a decir, en ese último sentido, que hay siempre más bienes que desdichas en esta vida, es la creencia que tengo de la poca consideración que hay que conceder a cuantas cosas sean externas a nosotros y no dependan de nuestro libre albedrío, en comparación con las que sí dependen, que siempre podemos convertir en buenas cuando sabemos darles buen uso. Y podemos impedir así que cuantas desdichas puedan acaecernos, por muy grandes que sean, se adentren en nuestra alma en mayor grado que la tristeza que en ella despiertan los cómicos cuando representan ante nuestros ojos unos cuantos acontecimientos funestos. Pero admito que hay que ser filósofo en sumo grado para conseguirlo. Aunque creo también que incluso los más proclives a dejarse arrastrar por las pasiones no dejan de opinar en su fuero interno que hay más bienes que desdichas en esta vida, aunque no se den cuenta; ya que, aunque a veces llaman a la muerte para que venga a socorrerlos cuando padecen grandes dolores, es sólo para los ayude a llevar la carga, como sucede en la fábula, y no por ello quieren perder la vida; o bien, si los hay que

<sup>43</sup> «El bien tiene su origen en una causa íntegra, el mal en cualquier defecto»

sí quieren y se dan muerte a sí mismos, se debe esto a un error de su entendimiento, y no a un razonamiento bien calibrado ni a una opinión que haya impreso en ellos la naturaleza como la que hace que prefiramos los bienes de esta vida a sus desdichas.

La razón que me inclina a creer que los que sólo obran en provecho propio no pueden por menos de trabajar tanto como los demás en beneficio del prójimo y de emplearse en complacer a todos en cuanto esté en su poder con sólo atenerse a la prudencia es el ver que sucede de ordinario que aquéllos a quienes se tiene por officiosos y dispuestos a complacer a los demás reciben también gran cantidad de buenos officios incluso de esas personas a las que nunca han favorecido, cosa que no sucedería si se les atribuyese otro talante; y también el saber que son menores los desvelos que les causa mostrarse complacientes que las ventajas que les reporta la amistad de quienes están al tanto de ello. Pues los demás sólo esperan de nosotros los buenos officios que no nos causan incomodidad; y nosotros tampoco esperamos otra cosa de ellos. Mas con frecuencia acontece que lo que a ellos les cuesta poco es para nosotros de gran provecho, pudiendo incluso irnos en ello algo de vital importancia. Cierto es que a veces nada ganamos obrando bien, y sucede lo contrario si obramos mal; pero eso no altera la norma de la prudencia, que no se aplica sino a las cosas más frecuentes. Y, en lo que a mí respecta, la máxima que he observado las más de las veces para guiar mi vida ha sido la de caminar nada más por el camino real y estar convencido de que la mejor agudeza consiste en no pretender en absoluto ser agudo. Las leyes comunes de la sociedad, que tienden todas a propiciar que nos favorezcamos los unos a los otros o, al menos, que no nos perjudiquemos, me parecen tan acertadas que cualquiera que las siga sinceramente, sin disimulo ni artificio, lleva

una existencia mucho más dichosa y asentada que los que buscan su provecho por otros caminos, pues éstos, en verdad, triunfan a veces por la ignorancia de los demás hombres y los favores que les dispensa la fortuna; pero fracasan en muchas más ocasiones y, cuando ya se creían establecidos, ven que les llega la ruina. Y habiendo hecho profesión de atenerme en cuanto hago a la falta de malicia y a la franqueza que ya he dicho, con esas mismas hago también propósito, y muy especial, de ser ...

## De Isabel a Descartes

La Haya, a 25 de abril de 1646

Señor Descartes:

El tratado que ha firmado mi hermano Felipe con la República de Venecia me ha proporcionado, en el tiempo transcurrido desde vuestra partida, ocupación mucho menos grata que la que me dejasteis encomendada, y en materia que supera a mi ciencia con mucho y no me incumbía como no fuera para atender la impaciencia del joven a la que iba destinada. Ello me ha impedido, pues, hasta el momento usar del permiso que me disteis para que os sometiera los aspectos oscuros que mi necedad me ha hecho hallar en vuestro *Tratado de las pasiones*, que no son demasiados, no obstante, ya que muy insensible sería quien no comprendiese que el orden, la definición y las distinciones que dais de las pasiones y, por último, toda la parte moral del tratado, superan con mucho a cuanto hasta ahora se ha dicho al respecto.

Mas puesto que la parte referida a la física no les resulta tan clara a los ignorantes, no se me alcanza de qué manera podemos conocer los diferentes movimientos de la sangre que son causa de las cinco pasiones primeras, puesto que nunca se presentan aisladas. Al amor, por ejemplo, lo acompañan siempre el deseo y la alegría, o el deseo y la tristeza, y, a medida que aquél se fortifica, también se fortifican éstos, mientras que...<sup>44</sup> Así pues, ¿cómo es posible percatarse de la diferencia del palpar del pulso, de la digestión de los alimentos y de otros cambios del cuerpo que sir-

ven para desvelar la naturaleza de esos movimientos? Además, esa naturaleza que atribuíis a cada una de dichas pasiones no es la misma en todos los temperamentos, y el mío propicia que la tristeza sea siempre más fuerte que el apetito, aunque no vaya mezclada con odio alguno y me venga sólo de la muerte de un amigo.

Cuando os referís a los signos externos de esas pasiones, decís que cuando a la admiración se suma el regocijo, hace ésta que sucesivas sacudidas inflen los pulmones para formar la risa. Y os suplico que expliquéis también cómo puede la admiración (que, ateniéndose a vuestra descripción, parece no obrar sino sobre el cerebro) dilatar tan deprisa los orificios del corazón y producir ese efecto.

Esas pasiones que dais como causa de los suspiros no lo son siempre, pues también la costumbre y el estómago cargado pueden producirlos.

Pero me parece, con todo, menos dificultosa la comprensión de cuanto decís de las pasiones que la práctica de los remedios que prescribís contra sus excesos. Pues ¿cómo prever todos los accidentes que pueden suceder en la vida y que son incontables? Y cómo no desear con vehemencia esas cosas que tienden necesariamente a la conservación del hombre (como son la salud y los medios de vida) y que, no obstante, no dependen de su albedrío. En lo que al conocimiento de la verdad se refiere, es deseo tan justo que la naturaleza lo ha puesto en todos los hombres; mas habría que poseer un conocimiento infinito para sopesar el exacto valor de los bienes y los males que suelen inmutarnos, ya que existen muchos más de los que una única persona podría concebir y es empresa que exigiría un conocimiento perfecto de cuantas cosas existen en el mundo.

Puesto que ya me habéis expuesto vuestras principales máxi-

<sup>44</sup> Laguna del manuscrito.

mas para la vida privada, me contentaría con saber además las que preconizáis para la vida mundana, que nos hace depender de personas tan poco sensatas que, hasta el día de hoy, mucho más me ha valido para esa vida el recurso a la experiencia que a la razón.

Tantas veces me han interrumpido mientras escribía esta misiva que me veo en la obligación de enviaros el borrador y de recurrir para ello al mensajero de Alkmaar, pues he olvidado el nombre del amigo a quien queríais que remitiera mis cartas. No me atreveré, pues, a devolveros vuestro tratado hasta que recuerde ese nombre, ya que no puedo resolverme a arriesgar, poniéndolo en manos de un borracho, documento de tanto valor y que tanta satisfacción ha proporcionado a vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond, mayo de 1646

Señora:

Me muestra la experiencia que estuve acertado al incluir la vanagloria entre las pasiones, ya que no puedo impedir caer en ella ante el favorable juicio que hace Vuestra Alteza de ese modesto tratado que he escrito. Y no me sorprende en absoluto que halle también en él defectos, pues nunca dudé de que los hubiese, y muchos, por ser ésa una materia que nunca había estudiado antes y de la que sólo he hecho hasta ahora un primer esbozo, sin añadirle los colores y adornos que habría menester para presentarlo ante ojos menos agudos que los de Vuestra Alteza.

No he incluido tampoco en él todos los principios de física a los que he recurrido para descifrar cuáles son los movimientos del alma que acompañan a cada pasión, porque no podría deducirlos correctamente sin explicar cómo están formadas todas las partes del cuerpo humano, y eso es algo tan dificultoso que no me atrevería aún a empresa tal, aunque sí he hallado, en lo que a mí se refiere, cumplida satisfacción en lo tocante a la exactitud de los principios que doy por supuestos en este libro. Y son los principales que es oficio del hígado y del bazo guardar siempre una reserva de sangre, menos purificada que la de las venas; y que el fuego del corazón precisa continuo alimento, bien del jugo de las viandas, que procede en derechura del estómago, bien, si éste falta, de esa sangre que se halla en reserva, ya que la otra sangre, la que está en las venas, se dilata con facilidad excesiva; y que existe tan estrecha relación entre nuestro cuerpo y nuestra alma que los

pensamientos que han ido unidos desde el comienzo de nuestros días a determinados movimientos del cuerpo los siguen acompañando siempre, de forma tal que si cualquier causa exterior desencadena esos movimientos, también desencadena en el acto en el alma idénticos pensamientos; y, a la recíproca, cuando tenemos los mismos pensamientos, éstos provocan idénticos movimientos; y, para terminar, que está constituida de tal forma la máquina de nuestro cuerpo que basta un pensamiento de júbilo, o de amor, o cualquier otro por ese estilo, para que los espíritus animales vayan por los nervios a todos los músculos precisos para esos movimientos de la sangre que, como he dicho, acompañan a las pasiones. Cierto es que no me ha sido fácil distinguir los que corresponden a cada pasión puesto que éstas nunca se dan solas; mas, no obstante, como nunca van juntas las mismas, he intentado fijarme en los cambios que, cuando variaban de compañía, sucedían en el cuerpo. Así, por ejemplo, si el amor y el júbilo fueran siempre juntos, no sabría decir a cuál de esas dos pasiones hay que atribuir la dilatación y el calor que aparecen alrededor del corazón. Pero como el amor también va en ocasiones unido a la tristeza y, en tales casos, sigue habiendo calor, pero no dilatación, he estimado que el calor corresponde al amor y la dilatación al júbilo. Y aunque el amor vaya casi siempre acompañado del deseo, no siempre coinciden en un mismo grado, pues por mucho que se ame poco se desea cuando no puede concebirse esperanza alguna, y, al no existir, en consecuencia, la diligencia y prontitud que aparecerían si el deseo fuera mayor; podemos juzgar que de él vienen, y no del amor.

Admito que pueda la melancolía quitar el apetito, mas, al haber notado siempre en mí mismo que lo acrecienta, a ello me atuve. Y opino que la diferencia procede de que para algunos el

primer motivo de tristeza en la vida fue el no recibir alimentos en cantidad suficiente, y, para otros, que los que recibían los perjudicaban. Y, en éstos, ese movimiento de los espíritus que quita el apetito va ya siempre ligado a la pasión de la tristeza. Vemos igualmente que los movimientos que acompañan a las demás pasiones no son completamente iguales en todos los hombres, y podemos atribuirlo a una causa semejante.

En lo tocante a la admiración, aunque tenga su origen en el cerebro y, por lo tanto, no pueda provocarla únicamente el temperamento de la sangre, que sí causa, en muchas ocasiones, júbilo o tristeza, puede, empero, merced a la impresión que hace en el cerebro, obrar en el cuerpo tanto como cualquier otra de las pasiones e incluso más, hasta cierto punto, pues la sorpresa que reside en ella es causa de los movimientos más prontos. Y de la misma forma que podemos mover la mano o el pie casi en el preciso momento en que pensamos en moverlos, porque la idea de ese movimiento, que se forma en el cerebro, conduce los espíritus a los músculos requeridos, así la idea de algo grato que sorprende la mente conduce en el acto los espíritus a los nervios que dilatan los orificios del corazón. Y así es como obra la admiración, pues, por la sorpresa que hay en ella, incrementa la fuerza del movimiento que causa el júbilo y, al dilatarse súbitamente los orificios del corazón, la sangre que entra por la vena cava y sale por la vena arterial infla de repente los pulmones.

Las mismas señales externas que suelen acompañar a las pasiones pueden proceder también, a veces, de otras causas. Así, el rubor del rostro no lo provoca siempre la vergüenza, pues también puede venir del calor del fuego o del ejercicio corporal. Y esa risa que llamamos sardónica no es sino una convulsión de los nervios del rostro. Y, de la misma forma, podemos suspirar a

veces por costumbre, o por enfermedad, pero ello no impide que los suspiros sean signos externos de melancolía o deseo, cuando los causan esas pasiones. Nunca oí decir, ni noté tampoco, que pudiera provocarlos a veces el estómago cargado; pero, si sucede, creo que debe de ser un movimiento al que recurre la naturaleza para activar el paso del jugo de las viandas por el corazón, de forma tal que el estómago se descargue antes. Pues los suspiros, al agitar los pulmones, hacen que la sangre que en ellos hay baje más deprisa por la arteria venosa hasta el lado izquierdo del corazón; y, así, los pulmones pueden recibir con mayor facilidad la sangre nueva, formada del jugo de las viandas, y que llega hasta ellos desde el estómago por el hígado y el corazón.

En cuanto a los remedios para combatir el exceso en las pasiones, reconozco que su práctica es dificultosa e incluso que no bastan para impedir los desórdenes del cuerpo, sino únicamente para evitar la turbación del alma y que ésta pueda conservar su libertad de juicio. Por lo que no estimo que sea preciso tener un conocimiento exacto de la verdad de cada cosa, ni tan siquiera haber previsto en concreto los accidentes que pueden acaecer, cosa que sería, sin duda, imposible; pero basta con haber imaginado, de forma general, algunos más enojosos que los que habitualmente suceden, y con haberse hecho el ánimo a soportarlos. Tampoco creo que se peque gran cosa por exceso al desear las cosas necesarias para la existencia, pues basta con mantener a raya el deseo de aquéllas que son perjudiciales o superfluas. Pues los deseos que no tienden sino al bien son, a lo que me parece, tanto mejores cuanto más intensos. Y aunque quise mostrarme indulgente con un defecto mío al colocar entre las pasiones disculpables un asomo de languidez, tengo, no obstante, en mucha mayor estima la diligencia de los que ponen siempre gran entu-

siasmo en hacer todo cuanto consideran, en cualquier aspecto, deber suyo, incluso aunque no esperen de ello gran provecho.

Llevo una vida tan retirada y me ha sido siempre tan ajeno el manejo de los negocios del mundo que no sería menos impertinente que aquel filósofo que pretendía enseñar los deberes de un capitán en presencia de Aníbal si me atreviese aquí a dar máximas para la vida mundana. Y no me cabe duda de que ésa que propone Vuestra Alteza es la mejor de todas, a saber, que vale más tomar por norma la experiencia que la razón puesto que en contadas ocasiones podemos tratar con personas totalmente sensatas, tanto como debieran serlo todos los hombres para que bastase pensar qué deberían hacer para saber qué es lo que harán. Y suele suceder que los mejores consejos no son los más atinados, con lo que es menester remitirse a la fortuna, que deseo se muestre tan dócil a vuestros deseos como éste ...

## De Descartes a Isabel

Egmond, mayo de 1646

Señora:

Puesto que tengo oportunidad de entregar esta carta al señor De Beclin, que es muy íntimo amigo mío y del que me fío tanto como de mí mismo, aprovecho para tomarme la libertad de confesar en ella una grave falta que cometí en el *Tratado de las pasiones*, a saber, que por mostrarme indulgente con una negligencia mía incluí entre las emociones disculpables del alma ese asomo de languidez que nos impide a veces llevar a cabo las cosas que nuestro racionio aprueba. Y si siento especiales escrúpulos por ello es porque recuerdo que esa parte llamó muy en particular la atención de Vuestra Alteza, como si manifestase que no le parecía mal esa práctica en una cuestión en que no veo que pueda resultar útil. Reconozco que es muy sensato tomarse tiempo para deliberar antes de emprender negocios de importancia; mas cuando ya está comenzado el asunto y no hay desacuerdo en lo esencial, no veo el provecho de buscar demoras en la discusión de las condiciones. Pues si, pese a ello, concluye con éxito el asunto, todas las menudas ventajas que se hayan conseguido quizá por ese procedimiento no son tan provechosas como perjudicial puede ser el desánimo que suelen causar tales demoras; y, si fracasa, sólo sirve para desvelar al mundo que tuvimos propósitos fallidos. Sin contar con que sucede las más de las veces, cuando el negocio emprendido es interesante, que su oportunidad acaba por perderse mientras demoramos la ejecución, cosa que, en cambio, no sucede cuando carece de interés. Y por todo ello estoy convenci-

do de cuán necesarias son las virtudes de la resolución y la prontitud en los asuntos ya empezados. Y no hay motivo para temer aquello que se ignora; pues suele suceder que las cosas que más se temen antes de conocerlas resulten ser mejores de lo que se las deseaba. Así que lo más atinado, en esto, es ponerse en manos de la providencia divina y dejarse guiar por ella. No me cabe duda de que Vuestra Alteza comprende a la perfección mi pensamiento, aunque lo expreso con gran torpeza, y que disculpa el celoso empeño que me lleva a escribirle esto, pues soy, hasta donde está en mi poder serlo ...

## De Isabel a Descartes

La Haya, julio de 1646

Señor Descartes:

Puesto que está decidido vuestro viaje para el 3/13<sup>45</sup> de este mes, tengo que recordaros la promesa que me hicisteis de dejar vuestra grata soledad para proporcionarme la dicha de veros antes de que mi partida de esta ciudad me quite la esperanza de volver a hacerlo durante seis o siete meses, plazo máximo que han fijado a mi ausencia la licencia de la Reina, mi madre, y de mi señor hermano, así como el sentimiento de los amigos de nuestra Casa; y aún me parecería dicha ausencia más dilatada si no tuviera la seguridad de que seguiréis teniendo la caridad de permitirme compartir vuestras meditaciones merced a vuestras cartas, ya que, sin esa asistencia, la friura del Norte y el talante de las gentes con las que allí podré conversar apagarían esta minúscula chispa de sentido común que me concedió la naturaleza y vuestro método me enseñó a utilizar. Me prometen, en Alemania, libertad y sosiego suficientes para poder dedicarme a su estudio, y no llevo conmigo tesoro que valga más que vuestros escritos, por lo que aspiro a disfrutar aún más de ellos. Tengo la esperanza de que me permitáis llevarme el de las pasiones, aunque no haya sido capaz de calmar las que despertó en mí nuestra última desgracia<sup>46</sup>. Era menester vuestra presencia para esa cura que ni vuestras máxi-

<sup>45</sup> Las dos fechas corresponden a los diez días de diferencia entre los calendarios juliano y el actual gregoriano, que debían cambiarse el 4 de octubre de 1582, pero que siguieron coexistiendo durante un buen tiempo, sobre todo en los países de mayoría no católica.

<sup>46</sup> Se está refiriendo al asunto del asesinato, por parte de su hermano Felipe, de un caballero acusado de seducir a su hermana Luisa, asunto comentado en la «Introducción».

mas ni mi raciocinio consiguieron aplicar. Los preparativos de mi viaje y los asuntos de mi hermano Felipe, junto con la obligación que me impone la urbanidad de acceder a los gustos de mi tía, me han impedido hasta ahora enviaros todo el agradecimiento que merece el provecho de vuestra visita. Os ruego tengáis a bien darlo por recibido, por la presente, de vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

Por necesitar en este momento más de la prontitud que de la seguridad, me veo en la obligación de enviar esta carta con el mensajero.

## De Descartes a Isabel

Egmond, septiembre de 1646

Señora:

He leído el libro<sup>47</sup> del que me pidió opinión Vuestra Alteza y hallado en él varios preceptos que me han parecido excelentes; como, entre otros, los de los capítulos 191 y 201: Que el príncipe debe evitar siempre todo aquello que lo haga odioso o digno del menosprecio de sus súbditos y que el amor del pueblo vale más que las fortalezas. Pero hay también otros cuantos que no puedo aprobar. Y creo que en lo que más yerra el autor es en que no distingue lo suficiente entre los príncipes que deben su Estado a procedimientos justos y los que lo usurparon por medios ilegítimos, y da para todos, y de forma general, los preceptos que sólo corresponden a estos últimos. Pues, de la misma forma que cuando se edifica una casa sobre cimientos tan endebles que no pueden sostener muros altos y gruesos, hay que hacerlos delgados y bajos, así quienes se asentaron al principio con crímenes suelen verse obligados a seguir cometiéndolos y no podrían mantenerse en el lugar que ocupan si quisieran volverse virtuosos.

Y es al hablar de esos príncipes cuando dice en el capítulo 31: *Que por fuerza tiene que aborrecerlos más de uno; y que, con frecuencia, hallan más provecho en hacer mucho mal que en hacer poco, porque las ofensas leves bastan para infundir deseos de venganza, mientras que las grandes privan de la posibilidad de vengarse.* Más adelante, en el capítulo 151: *Que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer*

*dispone más bien su ruina que su salvación, porque un hombre que quiera hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son.* Y en el capítulo 101: *Que es posible granjearse el aborrecimiento de los demás tanto con buenas acciones como con malas.*

Y con esos fundamentos sustenta preceptos muy tiránicos, como el de pretender *que se conduzca un país entero a la ruina para seguir siendo dueño de él; que se realicen grandes crueldades con tal de que sea con rapidez y todas a un tiempo; que se intente parecer hombre bueno sin serlo; que se cumpla la palabra mientras reporte provecho hacerlo; que se disimule la traición; y, por fin, que se prescinda para reinar de todo sentimiento de humanidad, convirtiéndose en la alimaña más feroz.*

Y es empresa muy poco recomendable para ponerla en libros la de dar esos preceptos, que, a la postre, no pueden aportar seguridad alguna a aquéllos a quienes se dan, ya que, como el propio autor reconoce: *no pueden guardarse del primero que se resuelva vengarse de ellos con desprecio de la vida.* Mientras que, para instruir al príncipe bueno, pero nuevo en su Estado, opino que hay que proponerle otras máximas totalmente opuestas y dar por hecho que fueron justos los medios a los que recurrió para ganarlo, como creo, en efecto, que lo son casi todos cuando los príncipes que recurren a ellos los consideran tales, pues la justicia tiene entre los soberanos otros límites que entre los individuos de a pie y parece como si en esas circunstancias Dios diera el derecho a los mismos a quienes concede la fuerza. Mas los hechos más justos se convierten en injustos cuando quienes los realizan los tienen por tales.

Hay que distinguir también entre los súbditos, los amigos o aliados, y los enemigos. Ya que, en lo tocante a estos últimos, se tiene licencia casi completa para hacer cuanto se quiera, con tal de que de ello se derive provecho para sí o para los súbditos; y no me parece mal, en tales ocasiones, que se emparejen el zorro y el

<sup>47</sup> *El Príncipe* (1513), de Maquiavelo

león, o que se sume el artificio a la fuerza. E incluyo incluso entre los enemigos a todos los que no sean amigos o aliados, porque se tiene derecho a hacerles la guerra cuando ello reporte beneficio y cuando den motivos de desconfianza por haber empezado a volverse poco de fiar o temibles. Pero exceptuó una clase de engaño, que se opone de forma tan directa a la sociedad que no creo que sea nunca lícito recurrir a él, por mucho que nuestro autor lo apruebe en diferentes partes del libro y sea práctica en exceso usual, y consiste en fingirles amistad a aquéllos a quienes se quiere perder para poder hallarlos más desprevenidos. La amistad es cosa demasiado santa para abusar así de ella, y quien haya sido capaz de fingir amor por alguien para traicionarlo luego merece que todos a los que, más adelante, quiera amar con cariño sincero no lo crean capaz de ello y lo aborrezcan.

En lo tocante a los aliados, un príncipe debe cumplir escrupulosamente la palabra que les haya dado, incluso aunque al hacerlo se perjudique. Pues nada puede perjudicarlo tanto como faltar a su palabra, mientras que la reputación de cumplir siempre lo prometido le es útil; y sólo puede ganarse esa reputación en ocasiones como las dichas antes, en las que le va en el cumplimiento alguna pérdida; mas en aquéllas en que le suponga la ruina absoluta, el derecho de gentes lo exime de cumplir la promesa. Debe ser también muy circunspecto antes de prometer, para poder cumplir siempre con lo prometido. Y por más que sea bueno hallarse en relaciones amistosas con la mayoría de los vecinos, creo, no obstante, que lo más aconsejable es no mantener estrechas alianzas más que con los que sean menos poderosos. Pues por muy fiel que determine ser alguien, no debe esperar otro tanto de los demás, sino contar con que lo han de engañar siempre que vean provecho en ello. Y los que son más poderosos

que él pueden sacar ese provecho siempre que quieran, mas no los que son más débiles.

En lo que se refiere a los súbditos, se dividen en dos categorías: los grandes y el pueblo. Incluyo en la de los grandes a todos los que pueden formar banderías en contra del príncipe; y éste debe estar muy seguro de su fidelidad, o, si no lo está, todos los políticos están de acuerdo en que debe hacer cuanto esté en su mano por someterlos y, en tanto en cuanto propenden a alterar el Estado, no debe considerarlos sino como enemigos. Pero en lo tocante a sus demás súbditos debe, ante todo, evitar que lo aborrezcan y menosprecien, cosa que creo que estará siempre a su alcance con tal de que no deje nunca de ceñirse a la justicia atendiendo a los usos de esos súbditos (es decir, ateniéndose a las leyes a las que están acostumbrados), sin mostrarse demasiado riguroso en los castigos ni demasiado indulgente en el perdón; y tampoco debe delegar todo en sus ministros, sino que, dejándoles sólo la carga de las condenas más odiosas, ha de demostrar que se ocupa personalmente de todo lo demás; y también debe ser tan mirado con su dignidad que no renuncie a ninguna de las deferencias y honores que el pueblo crea deberle, mas que tampoco exija otros nuevos; y que sólo muestre en público su conducta más seria, o la que pueda contar con el beneplácito de todos, solazándose en privado y sin hacerlo nunca a costa de nadie; y, por último, que sea siempre inmutable e inflexible, no en las primeras intenciones que forme en su fuero interno, pues, al no poder atender a todo, es preciso que pida consejo y oiga razones varias antes de tomar una decisión, sino que sea inflexible en las cosas que ya haya dado públicamente por decididas, aunque le sean perjudiciales; puesto que difícilmente pueden serlo tanto como la reputación de liviano y mudable.

Tampoco apruebo la máxima del capítulo 151: *Que, por la gran corrupción del mundo, es imposible no ganarse la ruina si se es hombre bueno; de donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a no ser bueno, y utilizar o no ese conocimiento según lo necesite*, salvo en el caso de que por hombre bueno entienda hombre supersticioso y simple, que no se atreve a batallar el día del Sabbat y cuya conciencia no halla reposo hasta que no hace mudar de religión a su pueblo. Pero, suponiendo que es hombre bueno el que hace todo cuanto le dicta la recta razón, no cabe duda de que lo mejor es procurar serlo siempre.

Tampoco estoy de acuerdo con lo que se dice en el capítulo 91: *Que es posible granjearse el aborrecimiento de los demás tanto con buenas acciones como con malas, salvo porque la envidia es una suerte de aborrecimiento; mas no es eso lo que quiere decir el autor. Y no suelen los súbditos vulgares envidiar a los príncipes; sino sólo los grandes, o sus vecinos, que les envidian los mismos méritos que en ellos temen. Y por eso nunca hay que abstenerse de hacer el bien, para evitar esta clase de aborrecimiento, y ninguno hay que pueda perjudicar, sino el que nace de la injusticia o de la arrogancia que el pueblo ve en sus príncipes. Pues suele suceder incluso que los condenados a muerte no tienen por costumbre aborrecer a sus jueces cuando piensan que han merecido esa muerte. Y también se sufren con paciencia los daños no merecidos cuando se opina que el príncipe de quien se reciben se vio hasta cierto punto en la obligación de causarlos y lo ha contrariado hacerlo, ya que parece justo que prefiera el beneficio público al de los particulares. Y sólo hay dificultad cuando existe obligación de satisfacer a dos partidos que tienen diferente opinión de lo que es justo, como en los tiempos en que los emperadores romanos tenían que contentar a los ciudadanos y a los soldados, en cuyo caso lo*

sensato es conceder algo a unos y a otros; y no se debe acometer la empresa de hacer entrar en razón de súbito a quienes no tienen costumbre de atender a esa razón; sino que hay que intentarlo poco a poco, ora con escritos públicos, ora recurriendo a los predicadores o a cualesquiera otros sistemas. Pues en fin de cuentas, el pueblo soporta todo cuanto se le puede hacer creer que es justo y se ofende de todo lo que supone injusto; y la arrogancia de los príncipes, es decir, la usurpación de tal autoridad, tales derechos o tales honores, que opina que no les corresponden, no le resulta odiosa más que porque la considera como una a modo de injusticia.

Por lo demás, tampoco comparto el punto de vista del autor cuando dice en el prefacio: *Que, de la misma forma que, si se pretende hacer el boceto de unas montañas, hay que hallarse en el llano para percartarse mejor de su forma, así mismo, para conocer bien el oficio de un príncipe, no se debe ser persona pública. Pues el boceto sólo se usa para representar las cosas que se ven de lejos; mas los principales motivos de los hechos de los príncipes son, frecuentemente, circunstancias tan particulares que nadie podría concebirlos salvo los propios príncipes y quienes hayan tenido participación frecuente en sus secretos.*

Y por ello merecería que se burlasen de mí si pretendiera enseñarle algo a Vuestra Alteza en materia como ésta, y no es tal mi intención, por lo tanto, sino sólo conseguir que mis cartas le aporten solaz diferente de los que me imagino que le proporciona su viaje, para el que hago votos de completa ventura, lo que no podrá por menos de cumplirse si Vuestra Alteza se resuelve a poner en práctica esas máximas que enseñan que la dicha de toda persona depende de sí misma y debemos mantenernos tan apartados del imperio de la fortuna que, sin perder por ello las

oportunidades de apropiarnos los beneficios que pueda concedernos, tampoco debemos, no obstante, sentirnos desventurados si los rechazamos. Y puesto que para todos los asuntos del mundo existen razones favorables y contrarias, hay que detenerse en primer lugar en la consideración de las que nos sirven para acomodarnos a las cosas que vemos que suceden. Y las que más inevitables me parecen son las enfermedades del cuerpo, de las que ruego a Dios que preserve a Vuestra Alteza, de quien soy, con cuanta devoción puedo sentir ...

## De Isabel a Descartes

Berlín, a 10 de octubre de 1646

Señor Descartes:

Tenéis razón al decir que el solaz que me aportan vuestras cartas es diferente del que me proporcionó el viaje, pues me reporta satisfacción mayor y más duradera, aunque haya encontrado en dicho viaje todo el que pueden darme la amistad y las muestras de afecto de mis deudos; mas considero que éstas son cosas mudables, mientras que las verdades que aquéllas me enseñan me dejan en la mente impresiones que han de contribuir por siempre al contento de mi existencia.

Lamento muy mucho no haber traído conmigo por tierra el libro que os habéis tomado el trabajo de examinar para decirme qué os parecía, pues me dejé convencer de que el equipaje que enviase por mar a Hamburgo llegaría antes que nosotros. Y aunque estamos aquí desde el 7/17 del pasado septiembre, ese equipaje no ha llegado todavía. Y por ello no puedo tener presente, de las máximas de ese autor, más que lo que mi muy flaca memoria consigue recordar de un libro que no he vuelto a leer desde hace seis años. Pero sí recuerdo que en aquel entonces compartí algunas de ellas, no porque fueran buenas en sí, sino por ser menos dañinas que ésas que ponen en práctica muchos ambiciosos imprudentes, a los que conozco y que sólo tienden a crear confusión, dejando lo demás de manos de la fortuna; mientras que las de ese autor tienden todas al asentamiento.

Opino también que dicho autor, para enseñar el gobierno de un Estado, presenta el más difícil de gobernar, aquél en que el

príncipe es un usurpador reciente, al menos en opinión del pueblo; y, en tal caso, lo que él opine de la justicia de su causa podrá favorecer el sosiego de su conciencia, mas no el de sus asuntos, en lugar donde las leyes se oponen a su autoridad, los grandes la socavan y el pueblo la maldice. Y cuando son tales las circunstancias del Estado, las grandes violencias resultan menos perjudiciales que las pequeñas, porque éstas no ofenden en menor grado que aquéllas y provocan una guerra larga; mientras que aquéllas dejan sin ánimos y sin medios a los grandes que pueden desencadenarla. Del mismo modo, cuando las violencias llegan pronto y todas juntas, enojan menos de lo que sorprenden, y son también más soportables para el pueblo que esa prolongada serie de miserias que traen consigo las guerras civiles.

Me parece que el autor añade también, o lo enseña mediante el ejemplo del sobrino del papa Alejandro, a quien presenta como modelo de político perfecto, que el príncipe debe encomendar esas grandes crueldades a algún ministro al que pueda sacrificar más adelante al aborrecimiento del pueblo; y aunque pueda parecer injusto que el príncipe quite la vida a un hombre que le ha obedecido, opino que personas tan bárbaras y desnaturalizadas que se prestan a ejercer de verdugos de todo un pueblo no merecen trato mejor, sea cual fuere el motivo por el que lo hicieron. Y, en lo que a mí respecta, preferiría la condición del campesino más humilde de Holanda a la del ministro que aceptase acatar tamañas órdenes, o a la del príncipe que se viera en la precisión de dárselas.

Cuando ese mismo autor habla de los aliados, los supone, también, tan perversos como sea posible, y da por hecho que los asuntos de la república han llegado a tales extremos que hay o que perderla por completo o que quebrantar las promesas

hechas a quienes no cumplen las suyas más que mientras ello les reporta provecho.

Pero si bien es cierto que yerra al convertir en máximas generales lo que sólo se debe poner en práctica en contadas ocasiones, no hace sino cometer el mismo pecado que casi todos los santos padres y los filósofos antiguos, que hacen otro tanto. Y creo que se debe a la satisfacción que hallan en formular paradojas que pueden explicar luego a sus discípulos. Cuando ese autor dice que quien quiera ser siempre hombre bueno dispone su ruina, no creo que quiera decir que para ser hombre bueno haya que seguir las leyes de la superstición, sino, más bien, esa ley común que manda que nadie haga al prójimo sino lo que le gustaría que le hicieran a él, norma que los príncipes no pueden cumplir casi nunca con sus súbditos, de uno en uno, pues su perdición puede ser necesaria cada vez que lo requiere el bien público. Y, puesto que nadie dijo antes de que lo dijerais vos que la virtud consiste sólo en atenerse a la recta razón, le dan leyes o normas específicas, por lo que no podéis asombraros de que nadie la haya definido con precisión.

Soy de opinión de que esa norma del prefacio que comentáis es falsa, porque el autor no conoció a nadie que gozara de clarividencia en cuanto se propusiera, que es lo que os sucede a vos, de forma tal que, aunque no sois persona pública y estáis retirado de los enredos del mundo, sí tendríais, empero, capacidad para enseñar a los príncipes la forma en que deben gobernar, como se desprende de las cosas que escribís.

En cuanto a mí, que de gobernante nada más tengo el título, sólo pongo empeño en aplicar la norma que me dais al final de vuestra carta, intentando que lo que me rodea me resulte lo más grato posible. Poco me cuesta conseguirlo en esta casa en la que

me han querido desde la infancia y donde todo el mundo rivaliza en brindarme su afecto. Aunque éste me aparta a veces de ocupaciones de mayor provecho, el placer de verme querida de mis deudos me hace tolerar sin esfuerzo esa incomodidad. Tal es la razón, señor Descartes, de que no haya tenido antes tranquilidad suficiente para haceros saber que el viaje transcurrió con toda felicidad, sin incidente molesto alguno y tan rápido como ya os he dicho antes, y para referirme a la fuente milagrosa de que me hablasteis en La Haya.

He estado a una distancia de no más de una legua, en Schoningen, donde coincidimos con toda la familia de aquí, que volvía de ella. El Elector quería llevarme a que la viera, pero como el resto de la compañía optó por otra diversión, no me atreví a contradecirla, aunque me contentaba con ver y probar el agua, que brota de varios manantiales, con diferente sabor. Pero sólo se usan dos de forma principal, el primero de los cuales tiene una agua clara y salada que es una poderosa purga; la del otro, algo blanquecina, parece mezclada con leche y es, a lo que dicen, refrescante. Se habla de incontables curaciones milagrosas debidas a ellas, pero no he podido saber ninguna de labios de persona digna de crédito. Sí se cuenta que el lugar está a rebosar de mendigos que declaran que nacieron sordos, ciegos, cojos o con joroba y hallaron la curación en esa fuente. Pero como se trata de gentes mercenarias que tratan con una nación crédula en lo que a milagros se refiere, no creo que sus relatos deban convencer a las personas sensatas. De toda la corte de mi primo el Elector, sólo sentaron bien esas aguas a su caballerizo mayor, que se hirió en el ojo derecho. Un pellejito que se le puso encima de ese ojo le hizo perder la vista de un lado, y el agua salada de la fuente se lo adelgazó tanto cuando se la aplicó en el ojo que ahora puede vislumbrar a las personas

cuando cierra el ojo izquierdo. Sin contar con que, al tratarse de un hombre de complexión robusta y dieta poco saludable, una buena purga no podía sino beneficiarlo, como ha hecho con muchos otros.

He estudiado la cifra<sup>48</sup> que me habéis enviado y me ha parecido excelente, pero excesivamente prolija para escribir razones completas; y si no se escriben sino pocas palabras, se podrían descubrir por la cantidad de las letras. Valdría más idear una clave para las palabras recurriendo al alfabeto y diferenciar luego con alguna marca los números que representen letras y los que representen palabras.

Dispongo aquí de tan pocos momentos libres para escribiros que me veo obligada a enviaros este borrador, en el que podéis ver, por las diferentes plumas, todas las veces que me han interrumpido. Pero prefiero presentarme ante vos con todos mis fallos antes que dejaros creer que pecho de un defecto tan alejado de mi forma de ser como el de olvidarme de mis amigos ausentes, y aún menos de persona por la que no podría dejar de sentir el afectuoso aprecio que siento a menos que dejara de ser tan sensata como vos, de quien seré toda la vida la muy devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>48</sup> Referencia al código secreto propuesto por Descartes para intentar asegurar el secreto de la correspondencia.

## De Descartes a Isabel

Noviembre de 1646

Señora:

Grande es el favor que me hace Vuestra Alteza al tener a bien informarme del favorable desarrollo de su viaje y su feliz llegada a lugar en el que, a lo que me parece, debido a la gran estima y el inmenso cariño que le profesan sus deudos, disfruta de cuantos bienes pueden apetecerse con sensatez en esta vida. Pues conociendo la condición de las cosas humanas, sería importunar en exceso a la fortuna el esperar de ella tantas mercedes que, ni siquiera forzando la imaginación, pudiera hallarse motivo alguno de desagrado. Toda mente puede hallar fácil contento cuando no ve nada que ofenda la sensatez, ni sufre el cuerpo indisposición alguna que lo incomode. Y no es preciso para ello olvidar ni descuidar lo que está alejado; basta con intentar no sentir pasión alguna que pueda ser motivo de desagrado, lo cual no es contrario a la caridad porque con frecuencia resulta más fácil hallar remedio para los males que examinamos sin pasión que para los que nos afligen a nosotros. Mas como la salud del cuerpo y la presencia de objetos gratos ayudan en gran manera a la mente a expulsar cuantas pasiones tienen que ver con la tristeza y a dar cabida a las que participan de la alegría, así, a la recíproca, cuando la mente y el alma rebosan de alegría, ello ayuda mucho a la mejor salud del cuerpo y a que los objetos presentes parezcan gratos.

Y me atrevo incluso a pensar que la alegría interna posee alguna fuerza secreta que nos permite poner de nuestra parte la for-

tuna. No escribiría esto a personas de poca firmeza espiritual para no inducirlos a alguna superstición; pero en lo que a Vuestra Alteza se refiere sólo temo que se burle de mí por pensar que me estoy volviendo demasiado crédulo. Mas lo cierto es que, en apoyo de esa opinión, puedo prevalecerme de una infinitud de experiencias y, además, de la autoridad de Sócrates. Y consisten esas experiencias en que con frecuencia he notado que las cosas que hacía de grado, con gozo y sin repugnancia interior alguna, solían transcurrir con felicidad, incluso tratándose de juegos de azar, en los que no hay más imperio que el de la fortuna, que siempre se me ha mostrado más favorable cuando tenía otros motivos de satisfacción que cuando los tenía de tristeza. Y lo que se ha dado en llamar el genio de Sócrates no era, sin duda, otra cosa sino que éste había tomado la costumbre de seguir sus inclinaciones interiores y se convencía de que el desenlace de lo que emprendía iba a ser dichoso si él tenía algún secreto motivo de gozo; y sería, por el contrario, desventurado si él estaba triste. Cierto es, sin embargo, que creer en esto tanto como Sócrates lo hacía sería caer en la superstición, ya que Platón nos cuenta que nunca salía de casa, por decisión propia, cuando su genio le aconsejaba que no lo hiciera. Pero en lo tocante a los acontecimientos importantes de la vida es, a mi parecer, muy sensato seguir el consejo de nuestro genio cuando son éstos tan vidriosos que la prudencia no puede señalarlos el camino; y que es de gran utilidad estar firmemente convencido de que no podemos por menos de triunfar en los asuntos que emprendemos sin repugnancia y con la independencia que suele ir emparejada a la alegría.

Y me atrevo, en consecuencia, a exhortar a Vuestra Alteza, ya que se halla en lugar en que los objetos presentes no pueden sino satisfacerla, a que tenga a bien poner algo de su parte para inten-

tar sentir contento, propósito que puede conseguir, a lo que me parece, si considera sólo las cosas presentes y no piensa en asuntos de mayor transcendencia sino a las horas en que el correo esté a punto de salir. Y me parece que es muy de agradecer que no haya podido recibir Vuestra Alteza sus libros tan pronto como los esperaba, pues esa lectura más que propiciar el gozo inclina a la tristeza, en especial la de la obra del Doctor de los Príncipes<sup>49</sup>, que, por no tratar sino de las dificultades que encuentran éstos para no caer y de las crueldades y perfidias que les aconseja, hace que los particulares que leen dicho libro se sientan menos propensos a envidiarles su condición que a compadecerlos.

Vuestra Alteza se ha percatado a la perfección de las faltas de ese autor, y de las mías, pues es muy cierto que fue el deseo de alabar a César Borgia el que lo llevó a dar máximas de carácter general en justificación de acciones individuales para las que no es fácil hallar disculpa. He leído después sus discursos sobre Tito Livio y no he observado en ellos nada reprochable. Y su precepto principal, ése que dice que hay que suprimir por completo a los enemigos, o, si no, convertirlos en amigos, sin seguir nunca camino intermedio, es, sin duda, el más seguro; pero cuando no existe motivo alguno de temor, no es el más generoso.

Vuestra Alteza ha comprendido también perfectamente el secreto de la fuente milagrosa, que consiste en que hay mendigos que propalan las virtudes de dicha fuente por estar, probablemente, a sueldo de aquéllos que esperan sacar provecho de ella. Pues es cierto que no existe remedio que pueda valer para todos los males; mas, como diferentes personas han recurrido a ése,

aquellas a quienes ha sentado bien lo elogian, y de las otras nada se dice. Sea como fuere, la virtud de purgar que tiene una de esas fuentes y el color blanco, junto con la blandura y el poder refrescante de la otra, hacen pensar que sus aguas cruzan por minas de antimonio o de mercurio, que son dos drogas perjudiciales, sobre todo el mercurio. Y por eso mismo no se me ocurriría aconsejar a nadie que bebiera de ellas; el vitriolo y el hierro de las aguas de Spa son mucho menos de temer, y considero que ambos son estimables porque reducen el bazo y ayudan a evacuar la melancolía.

Y si Vuestra Alteza me lo permite, acabaré esta carta de la misma forma que la he empezado, haciendo votos ante todo por su satisfacción espiritual y su alegría, no sólo porque son el fruto que esperamos de todos los demás bienes, sino porque son también, con frecuencia, un medio para acrecentar la capacidad de conseguir éstos. Y aunque sólo con esos votos está en mi mano contribuir a cuanto a vuestro servicio se refiera, me atrevo, no obstante, a asegurar que soy, más que ninguna otra persona en el mundo ...

<sup>49</sup> Maquiavelo, título un tanto burlesco construido a semejanza de los dedicados a los maestros de la Escolástica (*Doctor communis, Doctor illuminatus, etcétera*).

## De Isabel a Descartes

Berlín, a 29 de noviembre de 1646

Señor Descartes:

No estoy tan acostumbrada a los favores de la fortuna como para esperar nada extraordinario de ellos; me conformo con que no me envíe con excesiva frecuencia esos accidentes que podrían entristecer incluso al mejor filósofo del mundo. Y como ninguno de éstos me ha ocurrido desde que estoy aquí; y como los objetos presentes me resultan todos gratos, y el clima del lugar conviene a mi complexión, me hallo en estado de poder poner en práctica vuestras lecciones referidas al talante alegre, aunque no espero que ello tenga en la marcha de mis asuntos esos mismos efectos que vos notasteis en los juegos de azar, pues los felices resultados que obtuvisteis en épocas en que, por otros motivos, os sentíais propenso a la alegría se debieron, sin duda, a que, a la sazón, dependían en mayor grado de vos todas las condiciones que suelen conducir al éxito.

Pero si estuviese en mi poder disponer de mi persona, no me conformaría con tanta facilidad con un estado confuso en un lugar en que he hallado motivos de contento como lo hacía en aquél del que vengo. Y en cuanto a los intereses de nuestra Casa, mucho hace que los dejé en manos del destino, convencida ya de que ni siquiera la prudencia vale, si no cuenta con la ayuda de otros medios a nuestro alcance. Sería menester un genio más poderoso que el de Sócrates para conseguir resultados halagüeños. Y como a él no lo libró ni de la prisión ni de la muerte, no tiene motivos para jactarse mucho de él. He observado también

que las cosas en las que seguía mis impulsos espontáneos transcurrían mejor que aquéllas en las que me atenía al consejo de personas más sabias y prudentes que yo. Mas no lo atribuyo tanto a la oportunidad de mi genio cuanto a que al no sentir nadie más interés que yo por lo que me afecta pude también examinar con más tino las vías que podían perjudicarme o favorecerme que aquéllos en cuyo buen juicio fiaba. Y si seguís pretendiendo que lo atribuya en parte a la virtud oculta de mi imaginación, pensaré que lo hacéis para ponerme a tono con el talante de las gentes de este país y, muy en especial, de los doctos, que son aún más pedantes y supersticiosos que cuantos he conocido en Holanda; y ello se debe a que el pueblo es aquí tan pobre que nadie estudia o razona como no sea para seguir vivo.

Me ha costado mil trabajos no caer en manos de los médicos y no tener, así, que padecer su ignorancia. Y no es que haya enfermado, sino que por el cambio de aires y de dieta he tenido, en vez de agallas, algunos postemas en los dedos, con lo que esos caballeros opinaron que todavía quedaba en mí materia perniciosa demasiado grosera para evacuarse por esa vía y que había que combatirla con sangrías y purgas. Pero como, por lo demás, me siento en tan buena disposición que engordo a ojos vistas, hice gala de tozudez al ver que los razonamientos resultaban inútiles, y no he tomado nada hasta el momento. Y tengo tanto más recelo de los médicos de aquí cuanto que todo el mundo usa extractos que se consiguen con la química y cuyos efectos son rápidos y peligrosos.

Quienes han investigado la composición de la fuente de Hornhausen creen que en el manantial salado no hay sino sal común; y, en lo que al otro se refiere, no se ponen de acuerdo. También hay quienes atribuyen sus efectos (sobre todo los luteranos) más

a un milagro que a la composición del agua. En lo que a mí se refiere, pienso, no tomándolas, atenerme al partido que vos consideráis más seguro.

Tengo también la esperanza de no hallarme nunca en situación de tener que seguir los preceptos del Doctor de los Príncipes, ya que la violencia y la suspicacia son cosas contrarias a mi modo de ser. Aunque sólo reprocho a los tiranos su intención primera de usurpar un país, y su empresa inicial. Ya que, a continuación, por muy rudo que sea el procedimiento que usen para afirmarse en el poder, siempre será menos dañino para el pueblo que un reinado combatido con las armas.

Tampoco me ocupa lo suficiente este estudio para atribularme, ya que el poco tiempo que me queda tras escribir las cartas a que me veo obligada y acceder a los requerimientos de mis deudos, para complacerlos, lo dedico a leer de nuevo vuestras obras, lo que me permite cultivar más mi intelecto en una hora que si dedicase toda la vida a cualesquiera otras lecturas. Pero no hay nadie aquí bastante sensato para comprenderlas, aunque le he prometido al anciano duque de Brunswick, que se halla en Wolfenbuttel, que se las proporcionaré para ornato de su biblioteca. No creo, en cambio, que puedan servir de ornato a su gotoso cerebro, del que se ha apoderado ya por completo la pedantería. Caigo en la cuenta de que no estoy poniendo traba alguna al placer de platicar con vos, sin pensar en que no debo, pues sería pecar contra el género humano, haceros perder ese tiempo que podríais emplear en serle útil en leer las simplezas de vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond, diciembre de 1646

Señora:

Nunca he hallado en ninguna de las cartas de Vuestra Alteza tan buenas noticias como en la última que me ha cabido el honor de recibir, de 29 de noviembre. Pues me permite pensar que gozáis ahora de mejor salud y más dicha de las que nunca os he visto anteriormente; y creo que, después de la condición de virtuosa, de la que nunca habéis carecido, éstos son los dos bienes principales de que podemos gozar en esta vida. No tomo en consideración esa leve dolencia de la que han querido aprovecharse los médicos para que les dierais empleo; pues, aunque sea a veces algo molesta, soy de un país en que es tan frecuente que no me parece tanto enfermedad cuanto señal de salud y preservativo contra las demás enfermedades. Y la práctica ha enseñado a nuestros médicos muy buenos remedios para curarla, pero no lo aconsejan sino en primavera, pues, entonces, al estar los poros más abiertos, puede suprimirse mejor la causa. Vuestra Alteza acierta, así, plenamente al no querer utilizar remedio alguno, sobre todo cuando está entrando el invierno, que es el tiempo más peligroso. Y si dicha molestia dura hasta la primavera, será entonces fácil suprimirla con algunos purgantes ligeros o algunos caldos refrescantes, en cuya composición no entran sino yerbas de las que se usan en cocina, y absteniéndose de comidas en que haya exceso de sal o de especias. También la sangría podría ser de utilidad; mas como es un remedio que entraña cierto peligro y cuyo uso frecuente acorta la vida, no aconsejo a Vuestra Alteza

que lo utilice, a menos que esté ya habituada a él, pues las personas que recurren a la sangría en la misma estación tres o cuatro años consecutivos se ven casi en la necesidad, a continuación, de hacer otro tanto todos los años. También acierta Vuestra Alteza al no querer usar los remedios de la química; pues, por mucho que se tenga ya una prolongada experiencia de sus virtudes, el cambio más pequeño en su preparación, incluso aunque sea con la intención de mejorarlos, puede alterar por completo esas virtudes y convertir dichos remedios de medicinas en venenos.

Y sucede casi lo mismo con la ciencia cuando cae en poder de aquéllos que quieren despacharla sin conocerla como es debido; pues creyendo corregir o añadir algo la convierten en error. Y me parece que el libro de Regius<sup>50</sup>, que ha visto al fin la luz, es prueba de lo que digo. Comentaría aquí algunos puntos si pensara que el autor se lo había enviado ya a Vuestra Alteza, pero hay tanta distancia de aquí a Berlín que supongo que esperará a que vuelva para dárselo. Y yo también esperaré para decirle mi opinión.

No me causa asombro que, en el país en que está Vuestra Alteza, no encuentre ningún hombre docto que no sea partidario por entero de las opiniones de la Escuela, ya que veo que en el propio París, y en todo el resto de Europa, hay tan pocos que piensen de otra forma que, de haberlo sabido antes, no habría mandado imprimir ninguno de mis escritos. Me queda, no obstante, el consuelo de que, aunque tengo la seguridad de que a más de uno no le faltó voluntad de atacarme, nunca ha habido nadie aún que entre en liza. E, incluso, he recibido parabienes de los padres jesuitas, que siempre pensé que serían los más sensibles a la publi-

cación de una nueva filosofía y los que menos me disculparían si les pareciera que podían, razonadamente, censurar algún aspecto de ella.

Sumo a todos los motivos de agradecimiento que tengo ya para con Vuestra Alteza esa promesa que ha hecho al señor duque de Brunswick de proporcionarle mis obras, pues tengo la seguridad de que, antes de que llegase a esas comarcas, no me cabía el honor de que nadie me conociera en ellas. Cierto es que no siento gran empeño por que me conozcan muchos y en lo que cifro mi principal ambición es en poder dar testimonio de que soy con entera devoción ...

<sup>50</sup> *Fundamenta Physices*, que, como puede entreverse en la carta, fue el motivo de la ruptura definitiva entre Descartes y Regius.

## De Isabel a Descartes

Berlín, a 21 de febrero de 1647

Señor Descartes:

Siento no menor estima que vos por la alegría y la salud, aunque tengo en más vuestra amistad, y en no menos que la virtud, ya que es principalmente aquélla la que me proporciona todo lo demás, así como la satisfacción de la mente, que es superior a la alegría y para cuya consecución me habéis dado medios. No he faltado tampoco a la resolución de no tomar remedio alguno para la leve molestia que aún persistía, puesto que vos lo habíais aprobado. Tan bien curada estoy ahora de aquellos postemas, que creo que no precisaré esta primavera medicamentos que me purguen la sangre, puesto que ya me descargaron bastante de los malos humores y pienso que me libraron también de las fluxiones que, de otra forma, me habrían venido del frío y las estufas.

Mi hermana Enriqueta estuvo tan enferma que pensamos perderla, y tal es el motivo de que no hay podido responder antes a vuestra última carta, pues he estado continuamente a su lado. Desde que ha mejorado su salud, nos vemos en la obligación de acompañar a diario a la reina madre de Suecia a pasear en trineo y de acudir, por las noches, a festines y bailes que son diversiones muy engorrosas para quienes conocen otras mejores, aunque lo son menos cuando se asiste a ellas por y con personas de las que no se tienen motivos de desconfianza. Y por eso me agradan más aquí que en La Haya.

Mucho más me agradaría, empero, poder emplear el tiempo en leer el libro de Regius y vuestra opinión al respecto. Si no

regreso a La Haya el verano próximo, cosa de la que no puedo responder, por mucho que no haya cambiado de resolución, puesto que depende en parte de voluntades ajenas y de los asuntos públicos, intentaré que me envíen el libro en los barcos que van de Amsterdam a Hamburgo, y tengo la esperanza de que vos me lo comentéis por el correo ordinario. Cada vez que leo vuestras obras, no soy capaz de concebir que podáis arrepentiros de haberlas mandado imprimir, ya que es imposible que no se reconozcan al fin y sean de provecho para el público.

Hace poco que he conocido aquí al único hombre que las había comprendido en parte. Se trata de un doctor en medicina llamado Weis, muy erudito también. Me dijo que Bacon había sido el primero en hacerle desconfiar de la filosofía de Aristóteles y que vuestro método lo había inducido a rechazarla por completo, y lo había convencido de la circulación de la sangre, que destruye todos los antiguos principios de la medicina, por lo que reconoce que le costó aceptarla. Le he prestado vuestros *Principios*, y me ha prometido referirme las objeciones que tenga; si las tiene, y merecen la pena, os las enviaré para que podáis formaros un juicio de la capacidad del hombre que me ha parecido más sensato de entre los doctos de estos lugares, ya que es capaz de apreciar vuestros argumentos. Aunque no me cabe duda de que nadie lo será de estimaros más de lo que os estima vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

La Haya, marzo de 1647

Señora:

Sabiendo que está Vuestra Alteza satisfecha de hallarse en el lugar en que se halla, no me atrevo a hacer votos por su regreso, por más que me cueste mucho no desearlo, y muy especialmente ahora que me encuentro en La Haya. Y como su carta del 11 de febrero me indica que no hay esperanza de verla aquí antes de finales del verano, tengo el propósito de viajar a Francia para atender a mis asuntos privados, con la intención de volver cuando se acerque el invierno; mas no me iré antes de dos meses, para poder tener antes el honor de recibir los mandatos de Vuestra Alteza, que tendrán siempre más poder sobre mi persona que cualquier otra cosa en el mundo.

Agradezco a Dios que Vuestra Alteza goce ahora de completa salud, pero le suplico que me perdone si me atrevo a contradecir su opinión en lo tocante a no tomar ningún remedio sólo porque la dolencia de las manos haya desaparecido, ya que es de temer, tanto en el caso de Vuestra Alteza como en el de su señora hermana, que el frío de la estación haya retenido los humores que así se purgaban, y esos humores podrían acarrear la misma dolencia en primavera, o ponerlas en peligro de contraer cualquier otra enfermedad si ello no se remedia con una dieta adecuada, no tomando sino viandas o bebidas que refresquen la sangre y purguen sin esfuerzo. Pues en lo referido a las drogas, ya procedan de los boticarios, ya de los empíricos, las tengo en tan poca estima que nunca me atrevería a aconsejar a nadie que recurriera a ellas.

No sé qué pude haber escrito a Vuestra Alteza tocante al libro de Regius<sup>51</sup> que le haya dado ocasión de desear saber qué juicio me merece; es posible que no le haya dicho lo que me parecía para no interferirme en su opinión, si es que ya tenía esa obra; mas, viendo que no es el caso, diré sin rodeos que no creo que merezca el tal libro que Vuestra Alteza se tome la molestia de leerlo. En lo que a la física se refiere, no hay nada en él sino mis propias aseveraciones, mal ordenadas y sin sus demostraciones verdaderas, de forma tal que parecen paradojas; y lo que ha puesto al principio sólo puede probarse con lo que pone al final. No ha añadido casi nada de su cosecha, y pocas cosas de aquéllas cuya publicación no he dispuesto aún. Pero, en cambio, no ha dejado de faltar a lo que me debe, ya que, aunque afirma ser amigo mío y sabe bien que yo no quería que se divulgase aún lo que tenía escrito acerca de la descripción de los animales, ni se lo había querido enseñar, diciéndole, como disculpa, que si lo veía, no sería capaz de no referírselo a sus discípulos, no por ello ha dejado de apropiarse varias de esas cosas y, habiendo hallado el modo de conseguir una copia sin que yo lo supiera, reproduce en particular toda la parte en que hablo del movimiento de los músculos y en la que me refiero, por ejemplo, a dos músculos que mueven el ojo; y de eso hay dos o tres páginas que él ha repetido dos veces, palabra por palabra, en su libro, tanto como ha querido. Y, no obstante, no ha comprendido lo que escribía, puesto que omite lo principal, que es que los espíritus animales que fluyen desde el cerebro hasta los músculos no pueden regresar por los mismos conductos por los que llegaron y, sin esa observación, todo cuanto ha escrito no vale nada; y como no tenía mi figura, ha hecho

<sup>51</sup> Es el libro titulado *Fundamenta Physices*, publicado el año anterior.

una que demuestra claramente su ignorancia. Me han dicho que ahora tiene en prensa otro libro de medicina, y me imagino que ha puesto en él todo lo demás de mis escritos, tal como haya sido capaz de digerirlo. Sin duda tomó de ellos muchas más cosas, pero no supe que tenía una copia hasta que ya estaba casi concluida la impresión de su libro. Aunque igual que sigue ciegamente, en cuanto se refiere a la física o la medicina, opiniones que tiene por mías, incluso no comprendiéndolas, de la misma forma contradice ciegamente cuanto se refiere a la metafísica, acerca de lo cual le había rogado yo que no escribiera nada porque no resulta de provecho alguno para lo que él trata y yo tenía la convicción de que nada podía decir de ello que no estuviera mal. Pero nada conseguí, salvo que, al no tener intención de complacerme en eso, tampoco le importase desairarme en lo demás.

No dejaré de llevar mañana a la P. S.<sup>52</sup> un ejemplar de ese libro, que se llama *Henrici Regi fundamenta Physices*, junto con otro librito de mi buen amigo el señor De Hogelande<sup>53</sup>, que ha hecho todo lo contrario de Regius, porque Regius nada ha escrito que no esté tomado de mí, estando, al tiempo, en contra de mí; mientras que el otro no ha escrito cosa alguna que esté propiamente tomada de mí (ya que ni siquiera creo que haya leído nunca a fondo mis escritos) y, no obstante, nada dice que no lo ponga de mi parte, puesto que se atiene a los mismos principios. Rogaré a Doña L.<sup>54</sup> que incluya esos dos libros, que no abultan mucho, en

<sup>52</sup> Princesa Sofía, hermana de Isabel

<sup>53</sup> Cornelius van Hogelande, médico y gentilhombre católico amigo de Descartes. Publica en 1646 una obra que dedicará a Descartes: *Pensamientos en los que son demostradas la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, y su unión posible con el cuerpo, con una breve descripción de la economía del cuerpo animal y su explicación mecánica.*

<sup>54</sup> ¿Luisa?, hermana de Isabel.

los primeros paquetes que tenga a bien enviar a Hamburgo, y añadiré la traducción francesa de mis *Meditaciones*, si es que consigo hacerme con ella antes de irme de aquí, pues hace ya bastante tiempo que me comunicaron que estaba acabada de imprimir. Considéreme Vuestra Alteza ...

## De Isabel a Descartes

Berlín, a 11 de abril de 1647

Señor Descartes:

No había lamentado hallarme ausente de La Haya hasta que he sabido por vos que habíais estado allí; y me siento frustrada de la apetecible satisfacción de poder conversar con vos durante vuestra estancia, pues siempre que lo he hecho he salido de esas conversaciones mucho más sensata. Y aunque el sosiego del que gozo aquí, rodeada de personas que me quieren y me estiman mucho más de lo que merezco, supere todos los bienes que pueden acontecerme en cualquier otro lugar, no se aproxima ni con mucho de ese otro bien, que no puedo prometerme, no obstante, para dentro de pocos meses, ni calcular cuántos pueden pasar, ya que no veo que mi tía, la Electora, tenga intención de permitirme regresar, ni tengo tampoco motivo para instarla a ello antes de que vuelva a su lado su señor hijo, lo que, según lo que él mismo solicita, no ocurrirá antes del mes de septiembre. Y es posible que sus asuntos lo obliguen a hacerlo antes o a demorarse más. Puedo, por tanto, esperar, mas no asegurar, que tendré la dicha de veros de nuevo por las fechas en que habéis dispuesto vuestro regreso de Francia. Deseo que tengáis en ese viaje el éxito que pretendéis. Si no conociera ya por experiencia la firmeza de vuestras resoluciones, me sentiría aún temerosa de que vuestros amigos os forzasen a permanecer entre ellos. Os ruego, no obstante, que dejéis una dirección a mi hermana Sofía, de forma tal que pueda tener de vez en cuando noticias vuestras, las cuales siempre me serán gratas, por mucho que tarden en llegar.

Pasada la Pascua, iremos a Crossen, a las posesiones de mi señora tía, en la frontera con Silesia. Allí nos quedaremos durante tres semanas o un mes, y la soledad del lugar me proporcionará mayor solaz para la lectura, que pienso dedicar por completo a los libros que habéis tenido la bondad de hacerme llegar, cuyo envío os agradezco. Si siento deseos de leer el libro de Regius es más porque sé que ha puesto en él cosas vuestras que por lo que haya podido poner que sea suyo. Ya que, además de apresurarse en exceso, ha recurrido al doctor Johnson, por lo que éste me ha dicho, cuya ayuda puede haberlo confundido aún más, ya que, de sí, tiene la mente muy poco clara y, además, carece de paciencia para comprender las cosas que lee u oye. Pero aunque estaría dispuesta a disculpar todas las demás faltas de ese Regius, no me es posible perdonarle que se haya mostrado ingrato con vos, y lo tengo por un acabado cobarde, ya que, pese a poder conversar con vos, no os guarda más consideraciones.

Tengo la seguridad de que la obra que ha mandado imprimir el señor Hogelant es atinada, puesto que ha seguido en ella vuestros principios, que no soy capaz de hacer comprender aquí a ninguno de los hombres doctos de Berlín, que sólo piensan en la Escuela. Y aquél del que os hablaba en mi última carta no ha vuelto a mi presencia desde que le presté vuestra física, lo cual es señal cierta de que todos gozamos de excelente salud, ya que se trata de uno de los médicos de la familia.

Cuando os dije que no quería utilizar remedios para los postemas que tuve en otoño, me refería a los que vienen del boticario, ya que me alimento en primavera de esas yerbas refrescantes y que purgan la sangre, pues en esta estación no suele apetecerme otra cosa. Tengo también intención de mandar que me hagan una sangría dentro de poco, ya que he adquirido esa mala cos-

tumbre y no podría cambiarla sin padecer dolores de cabeza. Y temería haceros padecer ese mismo mal cuando os refiero estos engorrosos detalles de mi persona si no me hubiera movido a hacerlo el interés que os tomáis por mi salud, del que me sentiría hartu ufana si pudiera vislumbrar otro motivo para ello que no fuera la extremada indulgencia que mostráis hacia vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 10 de mayo de 1647

Señora:

Por muchas oportunidades que me conviden, cuando esté en Francia, a quedarme en ese país, no habrá ninguna que pueda impedirme regresar antes del invierno, a menos que me falten la vida o la salud, puesto que la carta que he tenido el honor de recibir de Vuestra Alteza me da esperanzas de que volverá a La Haya a finales del verano. Pero puedo afirmar que ésa es la principal razón por la que prefiero residir en este país antes que en cualquier otro, ya que soy de opinión de que nunca podré ya gozar tan por entero como desearía del reposo que vine a buscar en él, pues sin haber obtenido aún toda la satisfacción que sería menester de las injurias que se me hicieron en Utrecht, veo que van dando lugar a otras y que hay un hatajo de teólogos, gentes de la Escuela, que parecen haberse coligado en contra de mi persona para intentar agobiarme a calumnias. De forma tal que, mientras urden cuanto les es posible para ver de perjudicarme, fácil les resultaría afrentarme si no velase por mi defensa.

Es prueba de cuanto digo que desde hace tres o cuatro meses un tal Regente del Colegio de Teólogos de Leiden, conocido por Revius<sup>55</sup>, ha defendido cuatro tesis diferentes, que me atacan, con la intención de pervertir el sentido de mis *Meditaciones* y difundir la creencia de que puse en ellas cosas muy absurdas y contrarias a

<sup>55</sup> Jacques de Rêves, de Rives o Revius (1586-1658), pastor protestante y regente del colegio teológico de Leiden, que promoverá desde 1647 las tesis contra Descartes

la gloria de Dios, como, por ejemplo, que hay que dudar de que haya un Dios; e incluso que yo pretendo que se niegue, por un tiempo y de forma rotunda, que lo haya, así como otras cosas por el estilo. Pero como no es hombre hábil, e incluso la mayor parte de sus alumnos se burlaban de él, los amigos que tengo en Leiden no pensaban ni tan siquiera avisarme de lo que estaba sucediendo hasta que su primer profesor de Teología, Triglandius<sup>56</sup>, hizo otras tesis en las que dijo las siguientes palabras: *nempe eum esse blasphemum, qui deum pro deceptore habet, ut male Cartesius*<sup>57</sup>. En vista de lo cual, opinaron mis amigos, incluso los que son también teólogos, que lo que pretendían esas personas al acusarme de crimen tan tremendo como la blasfemia era ni más ni menos que conseguir, en primer lugar, que un Sínodo, en el que fueran ellos los más fuertes, condenara mis opiniones como perniciosísimas para intentar, luego, que me atacasen los magistrados que se fían de ellos. Y que para evitar tales cosas era preciso que yo hiciese frente a esas tentativas. Por lo que hace ya ocho días que escribí una carta muy extensa a los Curadores de la Academia de Leiden para pedir justicia en contra de las calumnias de esos dos teólogos. No sé todavía qué respuesta he de recibir; mas, si me atengo a lo que conozco del talante de las personas de este país, y a cómo reverencian no la probidad y la virtud sino las barbas, las voces y las cejas de los teólogos, de forma tal que, por muy poca razón que tengan, los más atrevidos y los que saben vocear más alto son los que tienen mayor poder (como suele suceder en todos los Estados populares), no espero de esa gestión más que algunas

<sup>56</sup> Otro de los profesores de teología de Leiden que a partir de 1646 sostendrán la polémica contra Descartes y el cartesianismo. Publicó *La blasfemia de Descartes*.

<sup>57</sup> «Blasfema quien considera, como ha hecho mal en considerar Descartes, que Dios puede enganar»

cataplasmas que no remediarán la causa del mal, sino que contribuirán a prolongarlo y tornarlo aún más importuno. Mientras que yo, por mi parte, opino que estoy en la obligación de hacer cuanto pueda para obtener completa satisfacción de dichas injurias y también, de paso, de las de Utrecht; y pienso también, si no consigo que se me haga justicia (y preveo que será harto difícil obtenerla), en alejarme por completo de estas Provincias. Mas como todo sucede aquí muy despacio, tengo la seguridad de que transcurrirá más de un año antes de que tal cosa ocurra.

No me atrevería a referirle a Vuestra Alteza tales nimiedades si no fuera por el favor que me hace al desear leer los libros del señor Hoguelande y de Regius porque los autores han puesto en ellos cosas que tienen que ver conmigo, lo cual me mueve a pensar que no le desagradará enterarse por mí de todo cuanto me afecta; sin contar con que la obediencia y el respeto que le debo me obliga a rendirle cuentas de mis asuntos.

Mucho agradezco a Dios que ese doctor al que Vuestra Alteza prestó el libro de mis *Principios* haya pasado una larga temporada sin ir a verla, puesto que ello es señal de que no hay nadie enfermo en la corte de la Electora; y cuando en el lugar en que residimos es general el buen estado de salud, nos parece que la nuestra es más perfecta, cosa que no sucede si nos hallamos rodeados de enfermos. Dicho médico habrá tenido, así, más ratos de asueto para poder leer el libro que ha tenido Vuestra Alteza la bondad de prestarle; y quizá le haya dado, desde entonces, opinión de mayor fundamento.

Mientras escribo esta carta, recibo otras de La Haya y de Leiden, que me informan de que ha quedado diferida la asamblea de los Curadores, de forma tal que todavía no les ha sido entregada mi misiva. Y veo que han convertido en asunto de envergadura

una simple querrela. Me dicen que los teólogos pretenden ser los jueces que la zanjen, es decir, someterme aquí a una inquisición más severa de lo que fue nunca la de España, y presentarme como adversario de su religión. Y, en vista de ello, me aconsejan que me ampare en la influencia del señor Embajador de Francia y en la autoridad del príncipe de Orange, no para que se me haga justicia sino para que intercedan e impidan que mis enemigos se propongan aún más. Creo, no obstante, que no seguiré ese consejo, pues me parece que lo mejor es que vaya disponiendo poco a poco lo necesario para irme de aquí. Pero opine lo que opine y haga lo que haga, y en cualquier lugar del mundo en que resida, nunca habrá nada que me sea más caro que acatar lo que me mande Vuestra Alteza y dar celosa fe de que soy ...

## De Isabel a Descartes

Crossen, mayo de 1647

Señor Descartes:

Tres semanas hace que me enviaron el impertinente corolario del profesor Triglandius, informándome, además, de que no fue la razón la que derrotó a aquéllos que tomaban vuestro partido, sino que los obligó a callar el tumulto de la Academia; y de que el profesor Stuard (gran lector, pero de opiniones muy mediocres) se proponía refutar vuestras *Meditaciones metafísicas*. Y sí he pensado en que todo esto os disgustaría tanto como la calumnia del discípulo de Voetius<sup>58</sup>, pero no en que pudiera impulsaros a salir de Holanda, como me decís en vuestra carta del 10 de este mes, ya que es indigno de vos dejar campo libre a vuestros enemigos y podría interpretarse como una suerte de destierro que os perjudicaría más que todo cuanto puedan hacer en contra de vos los señores teólogos, ya que la calumnia no es daño de gran alcance en una tierra en la que ni siquiera los gobernantes pueden librarse de ella ni castigar a quienes la propalan. Tal es la elevada contribución que sólo por la libertad de palabra paga el pueblo; y como la de los teólogos recibe doquier trato privilegiado, nadie podría ponerle límites en un Estado popular. Por eso pienso que podríais daros por satisfecho si consiguierais lo que vuestros amigos de Holanda os aconsejan que solicitéis, aunque no debéis seguir su criterio en lo que a esa petición se refiere, y la resolución que habéis tomado se compadece mejor con un hombre

<sup>58</sup> Martin Schoockius, discípulo de Voetius y profesor en Gröningen.

libre y seguro de sus hechos. Mas si mantenéis vuestro propósito de dejar el país, yo abandonaré el mío de regresar a él, a menos que me reclamen los intereses de mi Casa, y me parecerá preferible esperar aquí a que el desenlace de los tratados de Münster, o cualquier otra coyuntura, me devuelva a mi patria.

Las posesiones de la Electora viuda se hallan en lugar bastante adecuado para mi complexión y más próximas al sol que Berlín en dos grados. Las rodea el río Oder, y los campos son muy fértiles. El pueblo está aquí ya más repuesto de la guerra que allá, aunque los ejércitos ocuparon por más tiempo estas tierras y las dañaron más con el fuego. Hay en esta época en algunas aldeas tan gran cantidad de mosquitos que asfixian a animales y hombres, y dejan a algunos sordos y ciegos. Llegan como una nube, y se van lo mismo. Los lugareños creen que se trata de un sortilegio, pero yo lo atribuyo a la inusual crecida de las aguas del Oder, que este año ha durado hasta finales de abril, época en que hacía ya mucho calor.

Recibí al cabo de dos días los libros de los señores Hogeland y Roy, mas los despachos sólo me han dejado tiempo para leer el principio del primero, en el que habrían sido muy de mi agrado las pruebas de la existencia de Dios si no me tuvieseis acostumbrada a buscarlas en los principios de nuestro conocimiento. Pero las comparaciones con las que muestra que el alma va unida al cuerpo y fuerza le es acomodarse a su forma y participar en las cosas malas y buenas que le suceden no acaban de satisfacerme, pues esa materia sutil, que dice que el calor o la fermentación se encierran dentro de otra más grosera, sigue siendo, no obstante, corporal y recibe la presión y el movimiento a través del número y la superficie de sus partes diminutas, cosa que no puede sucederle al alma, que es inmaterial.

Mi hermano Felipe, que me ha hecho llegar ambos libros, me manda decir que hay otros dos de camino; y como yo no he encargado ninguno, creo que deben de ser vuestras *Meditaciones* y vuestros *Principios de Filosofía* en francés. Siento especial impaciencia por ver este último, ya que le habéis añadido cosas que no estaban en el texto latino, y supongo que estarán en el libro 41, puesto que los otros tres me parecen tan claros que no pueden serlo más.

El médico del que os hablé hace tiempo me ha dicho que tenía algunas objeciones relativas a los minerales, aunque dice también que no se atrevería a enviároslos sin haber examinado antes otra vez vuestros principios. Pero el ejercicio de su profesión lo tiene muy ocupado. Las gentes de esta comarca creen de forma pasmosa en los médicos, aunque me parece que, si no fuera por la gran suciedad en que viven el pueblo y los nobles, necesitarían de ellos menos que cualesquiera otras personas, pues aquí el aire es de gran pureza. Yo también me encuentro con mejor salud que en Holanda. Mas no querría haber vivido aquí siempre, ya que, de no ser por mis libros, nada me impediría caer en los mayores extremos de estulticia. Y bastarían esos libros para proporcionarme completa satisfacción si pudiera, además, daros testimonio de en cuánta estima tengo esa bondad que seguís mostrando para con vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

La Haya, a 6 de junio de 1647

Señora:

De paso por La Haya, camino de Francia, y al no poder tener el honor de presentarme ante Vuestra Alteza para recibir sus órdenes y ofrecerle mis respetos, cumplía que escribiera estas líneas para asegurarle que, aunque cambiase de tierra, nunca cambiaría la celosa devoción que por ella siento. He recibido hace dos días una carta de Suecia, del señor embajador residente de Francia en ese país, en la que me hace una pregunta de parte de la Reina, que por él me conoce, pues éste le había mostrado mi respuesta a otra carta que me había escrito tiempo atrás. Y la forma en que describe a esa Reina, y también palabras suyas que me refiere, me hacen sentir por ella tan alta estima que creo que Vuestra Alteza y ella serían dignas de platicar una con otra y que hay en el mundo tan pocas personas así que a Vuestra Alteza no le resultaría difícil trabar estrecha amistad con ella, cosa que, amén de lo satisfactorio que le resultaría a su inteligencia, sería deseable por más de un motivo. Había escrito yo hace tiempo a ese amigo mío, embajador residente en Suecia, en respuesta a una carta en que me hablaba de la Reina, que no sentía extrañeza por lo que me contaba porque, al caberme el honor de conocer a Vuestra Alteza, sabía hasta qué punto las personas de alta cuna podían ser superiores a las demás, etcétera. Pero no recuerdo si fue ésa la carta la que le enseñó, u otra anterior; y, como parece probable que a partir de ahora le muestre cuantas cartas reciba de mí, intentaré que haya siempre en ellas alguna cosa que dé motivos a

la Reina para desear la amistad de Vuestra Alteza, a menos que Vuestra Alteza me lo prohíba.

Han hecho callar a los teólogos que querían perjudicarme, pero ha sido con halagos y teniendo buen cuidado de no ofenderlos, cosa que ahora se achaca a los tiempos que corren; mas mucho me temo que esos tiempos han de durar ya para siempre y que dejarán a esos teólogos tomar tanto poder que no habrá quien pueda soportarlos.

La edición en francés de mis *Principios* está casi concluida; y en lo tocante a la Dedicatoria<sup>59</sup>, que no imprimirán hasta el final, envío junto con esta carta una copia a Vuestra Alteza para que si algo no le agrada y piensa que debe decirse de otra forma, tenga a bien hacérselo saber a quien ha de ser toda su vida ...

<sup>59</sup> Es la dedicatoria, en forma de carta, a «la Serenísima Princesa Isabel, primogénita de Federico, Rey de Bohemia, Conde palatino y Príncipe Elector del Imperio». Págs. 3-4 de *Los principios de la filosofía*, Alanza Ed

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 20 de noviembre de 1647

Señora:

Puesto que me tomé ya la libertad de avisar a Vuestra Alteza de la correspondencia que he comenzado a mantener con Suecia, me creo en la obligación de seguir hablándole de ella y decirle que he recibido hace poco cartas del amigo que allí tengo, en las que me informa de que, habiendo ido la Reina a Uppsala, donde está la Academia de ese país, quiso oír una disertación del profesor de elocuencia<sup>60</sup>, al que tiene por el hombre más hábil y sensato de esa Academia, y le puso como asunto el Bien Supremo de esta vida; mas, tras escucharlo, dijo que todos se limitaban a tocar de forma superficial esas cuestiones y que sería menester saber qué opinaba yo. Y mi amigo le respondió que me tenía por muy remiso a escribir sobre tales cosas; pero que, si era deseo de Su Majestad que él me pidiera esa opinión, no creía que yo dejase de satisfacer ese deseo. Tras lo cual, la Reina le encargó de forma muy expresa que me la pidiera y le hizo prometer que me escribiría en el siguiente correo ordinario. Y mi amigo me aconseja que responda y envíe mi carta a la Reina; y él se la presentará, y me asegura que será bien recibida.

Me ha parecido que no debía descuidar esa oportunidad y considerando que, cuando me escribió esto que he dicho, no podía haber recibido aún la carta en que le hablaba de las que tuve el

<sup>60</sup> Johann Freinsheim (1608-1660), filólogo alemán, profesor de política y de elocuencia en la Universidad de Uppsala, pronunció una conferencia sobre el «Bien Supremo» en presencia de la reina Cristina y se convirtió en bibliotecario e historiador de la Reina en 1647.

honor de escribir a Vuestra Alteza acerca de ese mismo asunto, pensé que ya no venía al caso el propósito que albergué yo al enviársela y que había que procurar lo mismo de otro modo; y, en consecuencia, he escrito una carta a la Reina, en la que, tras dar en pocas palabras mi opinión, añadido que he omitido muchas cosas, pues, sabiendo de cuántos asuntos se compone el gobierno de un gran reino y que Su Majestad los atiende en persona, no me atrevo a solicitar de ella más prolongada audiencia; pero que envío al señor Chanut algunos escritos en los que me he extendido más acerca de la misma materia para que si le place verlos, éste pueda presentárselos.

Los escritos que mando al señor Chanut son las cartas que tuve el honor de escribir a Vuestra Alteza acerca del libro de Séneca *De vita beata*, hasta la mitad de la sexta, en la que, tras haber definido las pasiones en general, pongo que hallo dificultades para enumerarlas. Le envío también el librito del *Tratado de las pasiones*, que me ha costado mucho transcribir de un borrador muy confuso que había conservado. Y le ruego que no presente enseguida esos escritos a la Reina, pues temo faltar al respeto que debo a Su Majestad enviándole cartas que escribí para otra persona, en vez de escribir para ella lo que pudiera suponer que iba a ser de su agrado; pero que le hable de ellos, si le parece bien, diciendo que se los he mandado a él, y luego, si la Reina desea verlos, quedaré libre del escrúpulo dicho; y le digo también que me parece que quizá le resulte más grato ver lo que escribí a otra persona que algo dirigido a ella, ya que así podrá tener mayor seguridad de que nada he cambiado o modificado en su honor.

No me ha parecido a propósito decir nada más de Vuestra Alteza, ni tan siquiera su nombre, aunque no podrá ignorarlo con lo que ya sabe por mis cartas anteriores. Mas considerando que aun-

que es hombre de gran virtud y siente gran estima por las personas de mérito, por lo que no me cabe duda de que honra a Vuestra Alteza tanto como debe hacerlo, pocas veces la ha mencionado en sus cartas, aunque yo sí lo haya hecho en todas las mías, pienso que es posible que no quiera hablar de Vuestra Alteza a la Reina por no saber si lo aprobarían o no quienes le han dado su cargo. Pero, si en adelante tengo ocasión de escribir a la Reina en persona, no necesitaré ya intérprete alguno; y lo que pretendí en esta ocasión, al enviarle esos escritos, era conseguir que se interesase más por esas ideas y que, si eran de su agrado, como me han dicho que pueden serlo, tuviera ocasión de conversar de ellas con Vuestra Alteza, de quien seré toda la vida ...

## De Isabel a Descartes

Berlín, a 5 de diciembre de 1647

Señor Descartes:

Habiendo recibido hace pocos días la traducción francesa que me habéis enviado de vuestras *Meditaciones metafísicas*, es menester que os la agradezca; y no me es posible mostraros mi reconocimiento por todas vuestras bondades sin pedir os que tengáis una más y disculpéis, así, la incomodidad que pueda causaros el desatender con tanta frecuencia vuestras provechosas meditaciones para leer y dar respuesta a estas cartas mías, cuyos asuntos no podrían interesaros de no ser por vuestra amistosa parcialidad. Pero, al haber recibido ya tantas pruebas de ella, la doy por supuesta y me atrevo, por lo tanto, a deciros con qué satisfacción he leído esa traducción por cuanto me permite apropiarme en mayor grado de vuestras ideas al verlas expresadas en una lengua que uso de ordinario, aunque creo que anteriormente ya las había comprendido bien.

Cuantas veces vuelvo a leer las objeciones que os han hecho, me admira más que sea posible que personas que han dedicado tantos años a la meditación y el estudio no consigan comprender cosas tan sencillas y tan claras; y que la mayoría de esas personas, al discutir de lo cierto y lo falso, parezcan no darse cuenta de cómo hay que entender tales cosas; y también de que el señor Gassendus<sup>61</sup>, que goza de gran reputación de hombre sabio,

<sup>61</sup> Pierre Gassendi (1592-1665), filósofo francés de orientación sensualista, fue el autor de la quinta serie de objeciones a las *Meditaciones*.

haya seguido los pasos del inglés<sup>62</sup>, formulando además objeciones más insensatas que las de todos los otros.

Y debéis ver en esto cuán necesitado está el mundo de ese *Tratado de la erudición* que queríais escribir hace tiempo. Sé que sois demasiado caritativo para negarle al público algo tan provechoso y que, en consecuencia, no es menester que os recuerde la promesa que hicisteis a vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 31 de enero de 1648

Señora:

He recibido la carta de 23 de diciembre de Vuestra Alteza casi inmediatamente después de la anterior, y reconozco que no sé qué responder a ésta, porque Vuestra Alteza manifiesta en ella que desea que escriba el *Tratado de la erudición* del que tuve hace tiempo el honor de hablarle. Y no hay nada que más desee, ni con más celoso empeño, que obedecerla en cuanto me mande; pero le diré aquí las razones por las que había desechado el propósito de hacer ese tratado; y si no dejan satisfecha a Vuestra Alteza, volveré a proponérmelo.

La primera es que no puedo poner todas las verdades que deberían aparecer en él sin irritar demasiado a las gentes de la Escuela, y no me encuentro en situación en que pueda despreciar por completo su inquina. La segunda es que ya he tratado de algunas cosas que quería poner en él en un prefacio que abre la traducción francesa de mis *Principios*, que Vuestra Alteza debe de haber recibido ya, a lo que creo. La tercera es que tengo ahora otra obra entre manos, que espero sea más del agrado de Vuestra Alteza: se trata de la descripción de las funciones de los animales y los hombres. Pues los borradores que hice hace doce o trece años, y que ya conoce Vuestra Alteza, fueron a caer en manos de varias personas que los transcribieron mal, y me he creído en la obligación de volver a escribirlos. Me he aventurado, incluso (aunque sólo desde hace ocho o diez días), a querer explicar en esta obra el modo en que se forman los animales desde el princi-

<sup>62</sup> Thomas Hobbes (1588-1679), filósofo inglés de tendencia empirista, autor conocido por su *Leviathan* (1651), publicó sobre el tema *De corpore* (1655) y *De homine* (1657), y fue el autor de la tercera serie de objeciones a las *Meditaciones*.

pio de su origen. Y me refiero a los animales en general, pues, en lo que se refiere al hombre en particular, no me atrevería a hacerlo por no tener experiencia suficiente para ello.

Considero, por lo demás, que lo que resta de este invierno va a ser un tiempo de sosiego como no volveré a tener otro quizá en la vida; y por eso prefiero dedicarlo a este estudio, mejor que a algo que no exija tanta atención. La razón que me hace temer un porvenir menos tranquilo es que voy a verme en la obligación de regresar a Francia el verano próximo y pasar allí el invierno siguiente, a lo que me obligan mis asuntos domésticos y algunas otras razones. También me han hecho en ese país el honor de ofrecerme una pensión en nombre del Rey, sin que yo la haya solicitado. Y no será tal cosa bastante para retenerme allí, mas en un año pueden suceder muchas cosas, aunque ninguna que consiga impedirme que prefiera la dicha de vivir en el lugar en que se halle Vuestra Alteza, si se presenta esa ocasión, a la de residir en mi propia patria o en cualquier otro lugar.

No espero recibir respuesta en mucho tiempo a la carta del Bien Supremo, porque estuvo detenida casi un mes en Amsterdam por culpa de la persona a quien se la entregué para que la enviara; pero no bien tenga alguna noticia de ella, no dejaré de hacérselo saber a Vuestra Alteza. No puse nada nuevo que mereciese que se la enviara. He recibido desde entonces algunas cartas de aquel país en que me cuentan que están esperando las mías y, por lo que me escriben de esa princesa, debe de ser muy virtuosa y tener muy buen criterio. Me dicen que van a presentarle la traducción de mis *Principios*, y me aseguran que leerá la primera parte con mucha satisfacción, y que estaría dispuesta a hacer lo mismo con el resto si se lo permitiesen los asuntos de gobierno.

Envío junto con esta carta un librito<sup>63</sup> de poca importancia, y no lo incluyo en el mismo paquete porque no vale el precio del porte; me han obligado a escribirlo los insultos del señor Regius; ha salido de la imprenta antes de que yo lo supiera y le han añadido, incluso, unos versos y un prefacio que no apruebo, aunque los versos sean del señor Heydanus<sup>64</sup>; pero no se ha atrevido a poner su nombre, cosa que, por otra parte, no debía hacer. Considéreme Vuestra Alteza .

<sup>63</sup> *Notae in programma quoddam.*

<sup>64</sup> Abraham van den Heyden (1597-1678), pastor protestante, profesor de teología en Leiden y uno de los más fervientes partidarios de Descartes.

## De Isabel a Descartes

Crossen, a 30 de junio de 1648

Señor Descartes:

La inflamación que tengo en el brazo por culpa de un cirujano que, al sangrarme, me seccionó en parte un nervio me ha impedido responder antes a vuestra carta del 7 de mayo, en la que encuentro una nueva muestra de vuestra cumplida generosidad al ver cuánto lamentáis salir de Holanda, por pensar que en ese lugar podíais concederme el placer de conversar con vos, que es, en verdad, el mayor bien al que yo aspiraba y lo único que me ha hecho meditar en la forma de planear un regreso que propiciarían tanto la solución de los asuntos de Inglaterra como la falta de esperanza de que se solucionen los de Alemania<sup>65</sup>.

Mas, entretanto, se está hablando del viaje que propusisteis hace tiempo, y se ordenó a la madre de la persona a la que vuestro amigo dio vuestras cartas que velara por que se realizase sin que se llegara a saber en su país que la empresa no era cosa suya, sino que venía de más arriba<sup>66</sup>. Mal se escogió a esa bendita señora para guardar un secreto, puesto que nunca guardó ninguno. No obstante, está poniendo mucho empeño en cumplir el resto de su cometido, y querría que se sumase a él una tercera persona, que no está en condiciones de hacerlo, aunque lo ha dejado al arbitrio de su familia, que se mostrará, sin duda, favorable al viaje;

y si le envían el dinero necesario, está resuelta a ponerse en camino, ya que en las presentes circunstancias es posible que pueda favorecer a aquéllos a quienes le cumple hacerlo; y podría viajar con la bendita señora que antes he dicho, que no tiene intención de permanecer más tiempo aquí. Sólo eso ha cambiado de las razones que os escribieron en contra de ese viaje; y las que más podrían dar al traste con él son o que se muriese esa señora (cuya salud es bastante quebradiza), o que tuviera que regresar antes de que llegase la respuesta de la familia de la otra persona. Recibí del país en cuestión, hace tres semanas, una carta muy cortés, colmada de amabilidades y palabras amistosas, pero en la que no se hace mención alguna de vuestras cartas ni de lo que antes he referido, pues el recado para la señora en cuestión no llegó sino de palabra y en un correo especial.

Todavía no os he informado de mi lectura de la traducción francesa de vuestros *Principios de Filosofía*. Aunque necesito que me expliquéis algo que hay en el prefacio, no lo pongo aquí para no alargar en exceso esta carta. Pero quiero hablaros de ello en otra ocasión, y me cabe la seguridad de que aunque cambiéis de residencia, siempre tendréis las mismas caridades para con vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>65</sup> Guerra civil en Inglaterra; ocho meses después de la presente carta el monarca Carlos I será decapitado. Guerra de los Treinta Años en Alemania, que finalizará a los pocos meses con los tratados de Westfalia.

<sup>66</sup> El «amigo» es Chanut, la «persona» es la reina Cristina y la «madre» es la Reina-madre, la viuda de Gustavo Adolfo II.

## De Descartes a Isabel

París, junio o julio de 1648

Señora:

Aunque sé muy bien que el lugar y la situación en que me hallo no me permiten ocasión alguna de ser de utilidad a Vuestra Alteza, no cumpliría ni con mi deber ni con mi devoción si, tras haber llegado a una nueva residencia, dejase de renovarle mi disposición a la más humilde obediencia. He encontrado aquí las cosas de tal forma que ninguna prudencia humana hubiera podido preverlas. El Parlamento se reúne en la actualidad a diario con las demás Cortes soberanas para deliberar acerca de cierto orden que quieren todos que se ponga en el manejo de las finanzas, y se hace con el consentimiento de la Reina, de suerte tal que hay motivos para pensar que irá el asunto para largo, mas no es fácil saber qué resultará de todo ello. Se dice que la pretensión es conseguir dinero suficiente para proseguir la guerra y mantener grandes ejércitos, aunque sin tiranizar al pueblo; y si se toma ese camino, creo que será la forma de alcanzar por fin una paz generalizada. Pero, en tanto esto sucede o no sucede, más me habría valido quedarme en un país en que esa paz ya existe; y si no escampan pronto estas tormentas, tengo intención de regresar a Egmond dentro de seis semanas o dos meses y de quedarme allí hasta que el cielo de Francia se muestre más sereno. Y, entretanto, estando como estoy con un pie en cada país, me parece muy dichosa esta situación por la libertad que me proporciona. Y creo que aquéllos a los que favorece mucho la fortuna se diferencian sobre todo de los demás en que los contratiempos que les suce-

den los afectan más, y no en que gocen de mayores venturas, porque todos los motivos de contento que tienen los ven como habituales y no los impresionan tanto como las aflicciones, que les llegan cuando menos las esperan y sin que estén en modo alguno preparados para ellas. Y esto que digo debe servir de consuelo a aquéllos a quienes no suele serles propicia la fortuna, que yo querría ver tan sumisa a los deseos de Vuestra Alteza como lo estaré yo toda mi vida ...

## De Isabel a Descartes

Crossen, julio de 1648

Señor Descartes:

No hay parte alguna del mundo en que podáis estar desde la que no aproveche a mi contento el que os toméis la molestia de enviarme noticias vuestras. Pues bien creo que cuanto os suceda deberá seros siempre favorable, ya que Dios es demasiado justo para enviaros desdichas tan grandes que no pueda vuestra sensatez sacar ventaja de ellas, como sucede con esos imprevistos desórdenes de Francia que salvaguardan vuestra libertad al obligaros a regresar a Holanda, ya que, de otra forma, la Corte os la habría robado, por mucho empeño que hubierais puesto en impedirlo. Y a mí me traen esas noticias la satisfacción de permitirme esperar que tendré la dicha de volver a veros en Holanda, o en otro lugar.

Creo que habréis recibido la carta en que se os hablaba de ese otro viaje que podía hacerse si los amigos del viajero lo aprobaban por considerarlo, en la actual circunstancia, conveniente para sus intereses. Y, desde que se os habló de él, esos amigos han pedido que se haga, y han provisto fondos para los gastos necesarios. Pero, entretanto, aquéllos de quienes dependía su inicio fueron estorbando día a día los preparativos que eran menester, movidos por razones tan endebles que ni ellos mismos se atreverían a admitirlas. Y ahora, en cambio, dan tan poco tiempo a la persona que tiene que viajar para que se prepare que será imposible que esté dispuesta a tiempo; y a ella, por una parte, le contraría no cumplir su palabra, y, por otra, sus amigos podrían creer

que no ha tenido voluntad o coraje para sacrificar su salud y su sosiego al interés de una Casa por la que ahora y siempre querría dar la vida si se la pidieran. Y todo esto la tiene un tanto disgustada, mas no le causa sorpresa pues está acostumbrada de largo a que le censuren las faltas ajenas (incluso en aquellas ocasiones en que no quería desentenderse de ellas) y a no buscar satisfacción sino en el testimonio que le da su conciencia de haber cumplido con su deber. No obstante, ello la obliga a apartar la mente por cierto tiempo de cuestiones más gratas; y aunque tenéis razón cuando decís que aquéllos a quienes favorece mucho la fortuna se diferencian de los demás en que los afectan más los contratiempos y no en que cuentan con satisfacciones mayores, porque hay pocos que pongan su satisfacción en objetos verdaderamente dignos (aunque si lo pretendido fuera favorecer a todo el mundo y, en especial, a las personas con merecimientos, de la posibilidad de hacerlo con desahogo se derivarían más satisfacciones de las que pueden pretender aquéllos a quienes la fortuna niega tan ventajosa oportunidad), nunca he de aspirar yo a satisfacción mayor que a la de poder dar testimonio de en cuánto valoro la bondad que demostráis hacia vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## De Isabel a Descartes

Crossen, a 23 de agosto de 1648

Señor Descartes:

Os hablaba en mi última carta de una persona que, sin haber cometido falta alguna, estaba en peligro de perder la buena opinión que de ella tienen la mayoría de sus amigos y quizá la benevolencia con que la consideran. Y ahora ha quedado libre de ese peligro de forma bastante extraordinaria, pues la otra persona, a quien había hecho saber cuánto tiempo le era preciso para reunirse con ella, le responde que la habría esperado gustosa si no fuera porque su hija ha cambiado de intenciones, por pensar que podría no ser conveniente que tuviera que ver tan de cerca con gentes de otra creencia. Y es ésta una forma de proceder que, en mi opinión, se compadece mal con las alabanzas que vuestro amigo hace de quien así procede, al menos si se comporta de esa forma por propia voluntad y no se trata, como sospecho, de la debilidad de carácter de su madre, de quien no se ha separado, desde que comenzó este asunto, una hermana cuyo sustento depende del partido contrario a la Casa de la primera persona de la que he hablado. Vuestro amigo os lo podría aclarar, si es que os parece oportuno preguntarle algo. O quizá os escriba acerca de ello *motu proprio*, ya que dicen que es dueño por completo de esa mente que tanto alaba. Y no sé qué más podría añadir, si no es que no me parece que este suceso pueda incluirse entre las contrariedades de la persona a quien le acaece, puesto que la libra de un viaje del que le vendrían daños seguros (como la pérdida de la salud y el sosiego, junto con las cosas enojosas que hubiera tenido

que soportar en una nación bárbara) mientras que el bien que de su viaje podían esperar otros seguía siendo incierto. Y si hay afrenta en el comportamiento que con ella han tenido, creo que redundará por entero en sus autores, puesto que da fe de su inconstancia y de la ligereza de su carácter y todos los que conocen a la persona afectada saben también que no ha tenido arte ni parte en esas burlas<sup>67</sup>.

En lo que a mí se refiere, pienso seguir aquí hasta que sepa el desenlace de los asuntos de Alemania e Inglaterra, que parecen pasar ahora por una crisis. Nos sucedió hace unos días algo gracioso aunque molesto. Mientras la Electora paseaba con su séquito por un bosque de robles, se nos cubrió de pronto todo el cuerpo, menos la cara, de un sarpullido como el del sarampión, pero sin fiebre ni más daño que una comezón intolerable. Los supersticiosos pensaron que éramos víctimas de un hechizo; pero los lugareños nos decían que aparece a veces en los árboles un rocío venenoso que, al caer en forma de polvo, infecta así a quienes por allí pasan. Y es notable que todos cuantos remedios ideó cada cual para achaque tan nuevo, tales como baños, sangrías, ventosas, sanguijuelas y purgas, no sirvieron de nada. Si os cuento esto es porque presumo que quizá halléis en ello confirmación para algunas de vuestras doctrinas.

Tenedme, señor Descartes, por vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

<sup>67</sup> Toda esta conversación sin nombres se refiere a la persona Cristina de Suecia, que había manifestado no desear la visita de Isabel de Bohemia.

## De Descartes a Isabel

Egmond, octubre de 1648

Señora:

He tenido al fin la dicha de recibir las tres cartas que Vuestra Alteza me hizo el honor de escribirme; y no es que hayan estado en malas manos. Pero la primera, de 30 de junio, la llevaron a París mientras yo estaba ya en camino para regresar a este país; y quienes la recibieron en mi lugar esperaron noticias mías antes de enviármela, y así es como no he podido tenerla hasta hoy, en que me llega también la de 23 de agosto, por la que me entero de un proceder injurioso que me causa pasmo; y quiero creer, como también cree Vuestra Alteza, que no se debe a quien se le atribuye. Sea como fuere, no creo que esa persona deba sentir contrariedad por no realizar un viaje en el que, como Vuestra Alteza dice muy bien, los incomodos eran ciertos y las ventajas muy inciertas. En lo que a mí toca, he concluido, gracias a Dios, lo que no me quedaba más remedio que hacer en Francia y no siento haber ido, pero mucho más me satisface haber vuelto. A nadie he visto cuya condición fuera digna de envidia, y los que más destacan me han parecido los más dignos de compasión. No podía haber ido en época más favorable para darme cuenta de cuán dichosa es la vida tranquila y retirada y cuán rebosantes de riqueza, las fortunas más mediocres. Si compara Vuestra Alteza su situación con la de las reinas y las demás princesas de Europa, hallará la misma diferencia que entre quienes están en el puerto y allí gozan de reposo, y quienes se hallan en mar abierto mientras los zarandean los vientos de una temible tempestad. Y aun-

que sea un naufragio lo que nos ha arrojado al puerto, mientras no carezcamos en él de las cosas necesarias para la subsistencia, no debemos estar menos satisfechos que si hubiéramos llegado de otra forma. Lo que atribula a quienes actúan y cuya felicidad depende por completo de los demás no es ese vapor venenoso que descendió de los árboles sobre los apacibles paseantes, sino muy enojosos sucesos que les llegan hasta lo más hondo del corazón. Y espero que Vuestra Alteza sólo tenga dañada la parte externa de la piel, que, lavada en el acto con un poco de aguardiente, creo que se habría visto libre de toda molestia.

Desde hace cinco meses, no he recibido carta alguna del amigo del que había hablado anteriormente a Vuestra Alteza. Y, como en la última me hacía un puntual relato de las razones que habían impedido responderme a la persona a la que había entregado mis cartas, creo que su silencio sólo se debe a que todavía está esperando esa respuesta o, quizá, a que se avergüenza un tanto de no tener, en contra de lo que había supuesto, ninguna que enviarme. Y no quiero ser yo el primero en escribir para que no le parezcan mis cartas un reproche. Mientras estuve en París, no dejé de tener frecuentes noticias tuyas por sus deudos, que las recibían cada ocho días. Pero como le habrán comunicado que estoy aquí, no dudo de que me escribirá y me dirá lo que sepa del asunto a que se refiere a Vuestra Alteza, porque sabe el gran interés que en ello tengo. Aunque los que no han tenido el honor de tratarla, ni conocen de cerca sus virtudes, no pueden concebir hasta qué punto es posible ser, como lo soy yo ...

## De Descartes a Isabel

Egmond, a 22 de febrero de 1649

Señora:

Entre varias nuevas enojosas que me han llegado últimamente de diferentes lugares, la que me ha afectado de forma más dolorosa ha sido la de la enfermedad de Vuestra Alteza. Y aunque también he sabido que había sanado ya de ella, no por eso he dejado de notar cierta tristeza, que tardará aún bastante en disiparse. La inclinación a escribir versos que tuvo Vuestra Alteza mientras duró su mal me recuerda a Sócrates, pues Platón cuenta que sintió deseo semejante mientras se hallaba en prisión. Y creo que ese talante de hacer versos procede de una violenta agitación de los espíritus animales, que podría alterar por completo la razón de quienes no tienen la mente bien asentada, mas sólo acalora un poco a los de intelecto firme y los inclina a la poseía. E interpreto ese arrebató como señal de un alma más fuerte y elevada que la del común de los mortales.

Y si no supiera que así es la de Vuestra Alteza, temería que se hallara extraordinariamente afligida tras conocer el funesto desenlace de las tragedias inglesas<sup>68</sup>; pero bien sé que, como Vuestra Alteza está habituada a las adversidades de la fortuna y ha visto su vida en peligro no ha mucho, no la sorprenderá ni le hará sentir tanta tribulación la noticia de la muerte de uno de sus deudos como le sucedería si no hubiera pasado antes por otras aflicciones. Y aunque una muerte de tan gran violencia pueda pare-

<sup>68</sup> Carlos I, rey de Inglaterra y tío de Isabel, había sido decapitado trece días antes (9 de febrero).

cer más espantosa que la que nos llega en el lecho es, si lo pensamos bien, más gloriosa, más feliz y menos dolorosa, de forma tal que, en el presente caso, lo que aflige más al común de los hombres debe servir de consuelo a Vuestra Alteza. Pues es muy glorioso morir en circunstancias en que se cuenta con la compasión universal y los elogios y añoranzas de todos cuantos albergan algún sentimiento de humanidad. Y es seguro que, sin esa prueba, la clemencia y las demás virtudes del Rey recientemente fallecido no habrían destacado nunca tanto ni se las habría apreciado hasta el punto en que se las aprecia ahora y las apreciarán en el porvenir todos cuantos lean su historia. Tengo también la seguridad de que, en sus últimos momentos, le habrá proporcionado su conciencia más contento que enojo su temple airado, que es la única pasión triste que, a lo que dicen, mostraba. Y en lo que al dolor se refiere, no hago cuenta de él, pues es tan breve que si los asesinos pudieran recurrir a la fiebre, o a alguna de las otras enfermedades de las que suele echar mano la naturaleza, para sacar a los hombres del mundo, motivos habría para considerarlos más crueles que cuando los matan de un hachazo. Pero no me atrevo a demorarme más en asunto tan funesto; sólo quiero añadir que vale mucho más quedar libre por completo de una esperanza falsa que perseverar en ella en vano.

Mientras escribo estas líneas, me llegan cartas de un lugar de donde no me llegaba ninguna desde hacía siete u ocho meses; y, entre otras, una de esa persona a quien envié hace un año el *Tratado sobre las pasiones*, en la que me agradece el envío de su puño y letra<sup>69</sup>. Y ya que recuerda, después de tanto tiempo, a hombre de

<sup>69</sup> Se conservan las cartas de Ghanut y de Cristina de Suecia del 12 de diciembre de 1648. Es esta última la que agradece el envío del libro.

tan poca importancia como yo, es de creer que no echará al olvido el responder a las cartas de Vuestra Alteza, aunque haya tardado cuatro meses en hacerlo. Me dicen que encargó a persona próxima a ella que estudiase el libro de mis *Principios* para allanarle su lectura. No creo, empero, que cuente con ocios suficientes para estudiarlo a fondo, por mucho que parezca estar resuelta a ello. Me agradece expresamente el *Tratado de las pasiones*, mas no hace mención alguna de las cartas que lo acompañaban; y nada que a Vuestra Alteza se refiera me dicen desde ese país. De lo que no puedo deducir sino que, al no ser las condiciones de la paz con Alemania tan ventajosas para su Casa como habrían podido serlo, quienes contribuyeron a ello no están seguros de que Vuestra Alteza no los quiera mal y, en consecuencia, no desean testimoniarse amistad en forma alguna.

Mucho me ha preocupado, desde que se concluyó esa paz, no tener noticias de que el Elector, hermano de Vuestra Alteza, la hubiera aceptado; y me habría tomado la libertad de escribir a Vuestra Alteza esta opinión mía si hubiera podido suponer que a su hermano le cupieran dudas<sup>70</sup>. Pero, como ignoro las razones concretas que pueda tener, sería temeridad en mí emitir juicios. Sólo puedo decir, de forma general, que cuando se trata de la restitución de un Estado ocupado, o al que se oponen otros que disponen de la fuerza, me parece que quienes sólo cuentan con la equidad y el derecho de gentes, que aboga en su favor, no deben pensar nunca en obtener todo cuanto pretenden; y muchos más motivos tienen para sentirse agradecidos hacia quienes les devuelven una parte, por mínima que sea, que para sentir mal-

querencia hacia los que conservan el resto. Y aunque no pueda parecer mal que defiendan su derecho cuanto les sea posible mientras deliberan los que tienen la fuerza, pienso que, cuando las conclusiones ya están tomadas, la prudencia los obliga a mostrar que éstas los satisfacen, incluso aunque no sea cierto, y a dar las gracias no sólo a los artífices de que les devuelvan algo, sino también a los que no les arrebatan todo, de forma tal, que de esta manera se granjeen la amistad de unos y otros o, al menos, se libren de su odio, ya que esa amistad puede ser, más adelante, de gran provecho para no caer. Sin contar con que de las promesas a los resultados queda un largo trecho por recorrer y, si quienes tienen la fuerza establecen acuerdos entre sí sin contar con nadie más, fácil les será hallar razones para repartirse lo que, quizá, no habían decidido restituir a un tercero más que por envidias mutuas y para impedir que el que se enriqueciera con tales despojos llegara a ser poderoso en exceso. La parte más pequeña del Palatinado vale más que el imperio entero de los tártaros o los moscovitas y, tras dos o tres años de paz, será tan grato morar allí como en ningún otro lugar de la tierra. En lo que a mí se refiere, que no tengo lazos que me lleven a vivir en un lugar o en otro, no vería inconveniente alguno en trocar estas Provincias, y Francia misma, por ese país si pudiera hallar en él tranquilidad cierta, y bastaría con la belleza de la comarca para hacerme acudir a ella, aunque no habría lugar en el mundo, por muy rudo y falto de comodidades que fuera, en el que no me considerase dichoso de pasar el resto de mis días si también estuviera en él Vuestra Alteza y pudiera yo serle útil de alguna forma, ya que soy por completo y sin reserva alguna ...

<sup>70</sup> La paz a la que alude es el tratado de Westfalia, firmado en 1648, en el que se reconocieron los derechos de Carlos Luis, hermano de Isabel, sobre el Palatinado del Rin

### De Descartes a Isabel

Egmond, a 31 de marzo de 1649

Señora:

Tuve hace alrededor de un mes el honor de escribir a Vuestra Alteza para hacerle saber que había recibido unas cartas de Suecia. Acaban de llegarme otras que me invitan, de parte de la Reina, a ir allí esta primavera, para poder hallarme de regreso antes del invierno. Pero he respondido de forma tal que, aunque no me niego al viaje, creo, no obstante, que no saldré de aquí hasta mediados del verano. Y si he solicitado esa demora ha sido por varios motivos y, muy en especial, para, antes de partir, tener el honor de recibir las órdenes de Vuestra Alteza. He declarado ya tan públicamente la celosa devoción que por ella siento que quien me viera indiferencia en cualquier cosa referida a Vuestra Alteza tendría más fundados motivos para pensar mal de mí que si ve que me afano en hallar ocasiones para cumplir con mi deber. Y le ruego, por lo tanto, muy humildemente, que me haga el favor inapreciable de informarme de todo aquello en lo que estime que puedo servirla, a ella o a los suyos, y que no dude de que tiene sobre mí el mismo poder que si hubiera estado siempre al servicio de su Casa. También le ruego que me haga saber qué es de su agrado que responda si acontece que alguien saca a colación las cartas de Vuestra Alteza referidas al Bien Supremo, que mencioné el año anterior en las mías, y manifiesta curiosidad por verlas. Cuento con pasar el invierno en aquel país y no regresar sino el año próximo. Y es de creer que para entonces toda Alemania estará en paz y, si puedo hacer

mi voluntad, pasaré a mi regreso por el lugar en que se halle Vuestra Alteza para poder darle el más cumplido testimonio de que soy ...

## De Descartes a Isabel

Egmond, junio de 1649

---

Señora:

Puesto que Vuestra Alteza desea saber qué he decidido en lo tocante a mi viaje a Suecia, le diré que persevero en la decisión de hacerlo si la Reina sigue manifestando deseos de ello: y el señor Chanut, nuestro embajador residente en aquel país, que ha pasado por aquí hace ocho días de camino para Francia, me ha dicho tantas y tan grandes cosas de esa maravillosa reina que ya no me parece el camino tan largo y fastidioso como antes. Pero no me pondré en ruta antes de haber recibido una vez más noticias de Suecia; e intentaré esperar a que regrese allá el señor Chanut para hacer el viaje juntos, ya que creo que lo enviarán de nuevo a ese país. Por lo demás, sería para mí una gran dicha que, tras llegar a allí, pudiera servir en algo a Vuestra Alteza. No dejaré de buscar con gran empeño ocasiones para ello ni tendré empacho en escribir sin rodeos cuanto haga o piense al respecto, ya que, al ser imposible que haya en ello intención alguna de perjudicar a quienes debo respeto, y ateniéndome a la máxima de que los caminos justos y honrados son los más útiles y los más seguros, espero que, aunque alguien lea las cartas que escriba, nadie podrá darles una interpretación torcida ni podrán caer en manos de personas tan injustas que les parezca censurable que cumpla con mi deber y haga pública profesión de ser ...

## De Descartes a Isabel

Estocolmo, a 9 de octubre de 1649

---

Señora:

Habiendo llegado hace cuatro o cinco días a Estocolmo, una de las primeras cosas a las que me obliga mi deber es a volver a ponerme humildemente a disposición de Vuestra Alteza para que no dude de que la mudanza de clima y de país no puede ni cambiar ni menguar mi celosa devoción. No me ha cabido aún el honor de ver a la Reina sino en dos ocasiones, aunque me parece que la conozco ya lo suficiente para atreverme a decir que no tiene menos méritos de los que le atribuye su reputación, pero sí más virtudes. Destacan en ella, junto con la generosidad y la majestuosidad de que da claras muestras en todas sus acciones, una dulzura de carácter y una bondad que fuerzan a todos aquellos que tienen el honor de acercarse a ella a entregarse con devoción a su servicio. Una de las primeras cosas que me preguntó fue si tenía noticias de Vuestra Alteza, y no quise hurtar la respuesta, sino que le dije en el acto lo que de Vuestra Alteza pienso, ya que, notando la firmeza de su inteligencia, no temí que sintiera envidia alguna, de la misma forma que tengo la seguridad de que Vuestra Alteza tampoco puede sentirla porque le refiera sin rodeos lo que de esta Reina opino. Es muy aficionada al estudio de las letras; mas como, por lo que yo sé, aún no ha tenido contacto alguno con la filosofía, no puedo saber ni si le agrada ni si podrá dedicarle tiempo, ni tampoco, por consiguiente, si estará en mi mano complacerla o serle de alguna utilidad. El gran entusiasmo que tiene por el conocimiento de las letras la inclina en la

actualidad a cultivar la lengua griega y a hacerse con numerosos libros antiguos; pero es posible que cambie. Y si no sucede tal, los méritos que observo en esta princesa me obligarán siempre a preferir servirla con provecho que a hacer cosas que le agraden. De forma que nada me impedirá decirle mi opinión con franqueza. Y si no la complace, cosa que no creo, tendré al menos la ventaja de haber cumplido con mi deber, y podré, así, regresar antes a mi soledad, fuera de la cual es difícil que pueda avanzar ni poco ni mucho en la búsqueda de la verdad, siendo así que es ahí donde reside cuanto más anhelo en esta vida. El señor Freinshemius<sup>71</sup> ha convencido a Su Majestad de que no debo ir a palacio para tener el honor de platicar con ella más que en las horas que él tenga a bien fijarme; no me resultará, pues, muy penoso cumplir con los deberes de cortesano, y ese arreglo se complace a la perfección con mi talante. Bien considerado, y aunque siento la mayor veneración por Su Majestad, no creo que haya nada que pueda retenerme en este país más allá del próximo verano, pero no puedo responder de forma absoluta del porvenir, aunque sí puedo aseguraros que seré toda mi vida ...

## De Isabel a Descartes

A 4 de diciembre de 1649

Señor Descartes:

Vuestra carta del 29 de septiembre/9 de octubre ha andado recorriendo Clèves; pero, no por atrasada, me resulta menos grata y veo en ella una prueba muy de agradecer de la bondad que para conmigo seguís mostrando, al tiempo que me confirma el feliz desenlace de vuestro viaje, ya que el motivo merecía la pena y halláis en la Reina de Suecia más maravillas aun de las que ya publica su reputación. Hay que reconocer que estáis más capacitado para percataros de ellas que quienes las proclamaron hasta ahora. Y me parece que sé más de ellas por lo poco que me decís que por todo lo que he sabido por otros cauces. No penséis en forma alguna que tan halagüeña descripción me mueva a envidia, sino, antes bien, a sentir por mi persona una estima algo mayor de la que sentía antes de que me presentarais a mujer de méritos tan consumados y que libra a nuestro sexo de las imputaciones de necedad y flaqueza que los señores pedantes querían atribuirle. Y no me cabe duda de que, no bien haya probado una vez vuestra filosofía, la preferirá a la filología de éstos. Pero me admira que pueda esa princesa entregarse así al estudio y al gobierno del reino, ya que son ocupaciones tan diferentes que cada una exige una entrega total. Sólo atribuyo el honor que me ha hecho al recordarme en presencia vuestra al propósito de complaceros dándoos pie para poner en práctica una caridad que ya habéis ejercitado en otras muchas ocasiones; a vos debo ese privilegio, como también os deberé, caso de conseguirla, la

<sup>71</sup> Johann Freinshem.

aprobación que pueda dar a mi persona, que me será tanto más fácil conservar cuanto que nunca tendré el honor de que Su Majestad me conozca de otra forma que en la que vos me pintéis ante ella. Creo, no obstante, que peço en contra de su servicio al congratularme sobremanera con la noticia de que la gran veneración que por ella sentís no os obligará a permanecer en Suecia. Si dejáis ese país este invierno, espero que lo hagáis en compañía del señor Kleist, pues así os será más fácil proporcionar la dicha de volver a veros a vuestra muy devota amiga y servidora

ISABEL

## Cartas de Descartes a Chanut y a la reina Cristina de Suecia

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 6 de marzo de 1646

Señor embajador:

Si me hubiera consentido a mí mismo el honor de escribir a vuestra merced tantas veces cuantas he deseado hacerlo desde que pasó por este país, mis cartas lo hubieran importunado con harta frecuencia, pues no ha transcurrido día en que no haya querido tomar la pluma varias veces. Pero esperaba a que se presentase ocasión para escribir también al señor Brasset<sup>72</sup>, de forma tal que no le pareciese que sólo buscaba en él persona que me hiciera los encargos. Mas al no haberse presentado dicha ocasión, como yo creía que iba a ocurrir, tengo el propósito de ir mañana a La Haya y entregarle la presente para que la haga llegar a vuestra merced.

El desusado rigor de este invierno pasado me ha obligado a hacer frecuentes votos por su salud y la de sus deudos; pues se comenta en este país que no había habido ninguno tan duro desde el año 1608. Y si ha ocurrido otro tanto en Suecia, vuestra merced habrá visto allí todos los hielos que puede engendrar el Septentrión. Me consuela el saber que en aquellas comarcas existen más recursos que en Francia para guardarse del frío, y no me cabe duda de que no los habrá descuidado. Si ha hecho tal, habrá pasado lo más claro de su tiempo en una estufa, en la que me imagino que no lo habrán entretenido tan de continuo los asuntos públicos que no le haya quedado lugar para acordarse a veces de

<sup>72</sup> Diplomático francés, secretario de la Embajada de Francia en La Haya.

la filosofía. Y si se ha dignado examinar la que yo he escrito, quedaría muy obligado de que me avisara de los yerros que haya notado. Pues aún no he encontrado a nadie que me los haya dicho. Y me doy cuenta de que la mayoría de los hombres son tan poco atinados en sus juicios que no puedo echar cuenta de sus opiniones, mas tendré las de vuestra merced por oráculos.

Si ha lanzado, de vez en cuando, alguna ojeada fuera de la estufa, quizá haya visto por los aires meteoros diferentes de los que he descrito y podrá informarme cumplidamente acerca de ellos. Escribí el tratado de los hexágonos de nieve tras una única observación, en el año 1635. Si todos los experimentos que preciso para lo que me queda por tratar de la física pudieran caerme así de las nubes y sólo me fueran menester los ojos para imponerme en ellos, podría tener la seguridad de rematar el empeño de aquí a poco. Pero como también se necesitan manos, y las mías no se prestan bien a esa tarea, pierdo por completo las ganas de seguir trabajando en ella.

Lo cual no me impide andar siempre en pos de algo, aunque no sea más que *ut doctus emoriar*<sup>73</sup>, y también para poder platicar de ello con mis amigos, a los que nada puedo ocultar. Mas como hay tan pocas gentes cabales en el mundo, me lamento de que sea éste tan extenso y querría que estuvieran todas reunidas en una sola ciudad. Y si eso fuera posible, mucho me complacería dejar mi retiro de ermitaño para ir a vivir con ellas, si es que querrían aceptarme en su compañía. Pues aunque es cierto que rehúyo a la mucha gente porque suele haber entre ella muchos impertinentes e importunos, no por ello dejo de pensar que el bien mayor de la vida es deleitarse con la charla de las personas a las

que estimamos. Y no sé si vuestra merced encuentra a muchas de éstas en el lugar en que se halla, pero como a veces me entran deseos de regresar a París casi me atrevo a decir que tengo queja de los señores ministros que le han dado el cargo que lo aleja de esa ciudad, y le aseguro que, si residiera en ella, ése sería uno de los principales motivos que podrían obligarme a visitarla, pues es una muy particular inclinación la que me mueve a ser ...

<sup>73</sup> «Para morir sabio»

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 15 de junio de 1646

Señor embajador:

Muy de mi agrado ha sido el enterarme, por las cartas que me ha hecho el honor de escribirme, de que no se halla Suecia tan distante que no sea posible recibir noticias de allí en pocas semanas y que, por lo tanto, podré tener de vez en cuando la dicha de platicar con vuestra merced y de ser partícipe de los frutos de ese estudio que le veo a punto de emprender. Pues ya que tiene a bien molestarse en revisar y examinar mis *Principios*, no me cabe duda de que hallará en ellos muchos puntos oscuros y muchos yerros que me importa muy mucho conocer y de los que no puedo esperar que me avise nadie como no sea vuestra merced. No siento más temor sino el de que esa lectura lo hastíe a no mucho tardar, ya que mis escritos no tienen que ver sino de forma muy remota con la moral, que es el principal asunto que ha escogido vuestra merced para su estudio.

Aunque no dejo de compartir por completo su opinión cuando estima que el medio más seguro para saber de qué forma debemos vivir es conocer de antemano quiénes somos, qué mundo nos rodea y quién es el creador de ese mundo, es decir, el dueño de la casa en que moramos. Pero, amén de que ni pretendo ni aseguro que sea cierto todo cuanto he escrito, existe un grandísimo intervalo entre esa noción general del cielo y de la tierra que intento dar en mis *Principios* y el conocimiento particular de la naturaleza humana, de la cual nada he dicho aún. No obstante, para que no parezca que pretendo apartarlo de su pro-

pósito, le diré confidencialmente que esa noción de la física en sí con la que he intentado hacerme me ha servido en gran medida para proporcionar cimientos firmes a la moral, y que estoy más satisfecho de ese punto que de otros cuantos que tienen que ver con la medicina y a los que, empero, he dedicado mucho más tiempo. De forma tal que, en vez de hallar medios para conservar la vida, he dado con otro medio, incomparablemente más fácil y seguro, que consiste en no temer la muerte, sin caer por ello en ese talante apesadumbrado de que suelen adolecer aquéllos que toman por completo sus conocimientos de enseñanzas ajenas y los basan en fundamentos que no dependen sino de la sensatez y la autoridad de los hombres.

Diré además a vuestra merced que, mientras dejo que crezcan las plantas de mi jardín, con las que espero poder realizar ciertos experimentos para seguir progresando en mi física, también me detengo a veces a pensar en cuestiones específicas de moral. Así es como he esbozado este invierno un breve tratado de las pasiones del alma, aunque no tengo intención de hacerlo público, y me sentiría ahora con ánimos para escribir alguna otra cosa si el hastío que noto al ver cuán pocas personas se dignan leer mis obras no me moviese a desidia. Aunque no he de ser nunca desdioso en lo que tenga que ver con el servicio de vuestra merced, de quien soy de corazón y por afecto ...

## De Descartes a Chanut

Egmond, primero de noviembre de 1646

Señor embajador:

Si no me inspirase su sabiduría tan extraordinaria estima y no me impulsara tan vehemente deseo de aprender, no me habría mostrado tan importuno al rogarle que examinara mis escritos. No es cosa que entre en mis costumbres; y he llegado incluso a publicarlos sin afeite alguno y sin ninguno de los alicientes que pueden atraer la mirada del vulgo, para que no se fijaran en ellos quienes se detienen en la superficie y sólo llamasen la atención de algunas personas de mente preclara que se tomasen la molestia de examinarlos con esmero para que así pudiera yo instruirme algo. Pero, aunque no me haya hecho aún esa gracia, no por eso ha dejado de granjearse mi gratitud en muchos otros aspectos, sobre todo al hablar elogiosamente de mí a ciertas personas, como sé de fuente muy de fiar. E incluso el señor Clerselier<sup>74</sup> me ha dicho, en una carta, que vuestra merced le ha pedido mis *Meditaciones* en francés para presentárselas a la Reina de ese país. Nunca he sido de ambición tan desmedida que me hiciera desear que personas de altísimo rango conocieran mi nombre; y sólo con que hubiera mostrado la sensatez que dicen que los salvajes atribuyen a los simios, nunca me habría conocido nadie como autor de libros; pues cuentan que esos salvajes piensan que los simios podrían hablar si quisieran, pero que se abstienen de ello para que no los obliguen a trabajar. Y

<sup>74</sup> Claude Clerselier (1614-1684), amigo, traductor y editor de Descartes después de la muerte de éste (a él debemos la primera edición de las *Letras de M. Descartes*, iniciada en 1657). Era, además, cunado de Chanut.

por no haber tenido esa misma sensatez de abstenerme de escribir, no gozo ya de tanto ocio ni de tanto sosiego como tendría si hubiera mostrado ingenio bastante para quedarme callado. Pero puesto que ya está cometida la falta y me conocen incontables gentes de la Escuela, que miran mis escritos con muy malos ojos y buscan en ellos con gran empeño medios para perjudicarme, me importa también mucho que me conozcan igualmente personas de más mérito, con poder y virtud que puedan servirme de amparo.

Y he oído tales elogios de esa Reina que, en vez de quejarme, como tantas veces he hecho, de quienes querían darme a conocer a algún grande de la tierra, no puedo por menos de agradecer a vuestra merced el que haya tenido a bien hablarle de mí. He visto al señor De la Thuillierie después de su regreso de Suecia y me ha descrito sus méritos de forma tan halagüeña que el de ser reina me parece de los menores. Y no me habría atrevido a creer ni la mitad de lo que me cuentan si no hubiera visto, por experiencia, en la princesa a quien dediqué mis *Principios de Filosofía*, que no es preciso que las personas de alta cuna, sean del sexo que sean, tengan muchos años para poder superar cumplidamente en erudición y en méritos a los demás hombres. Mas mucho me temo que los escritos que he publicado no merecen que la Reina pierda el tiempo en leerlos y que, si lo hace, no agradezca gran cosa a vuestra merced el habérselos aconsejado.

Quizá si hubiera tratado en ellos de asuntos de moral podría albergar la esperanza de que resultasen más de su agrado. Mas es precisamente de eso de lo que no debo meterme a escribir. Los señores Regentes<sup>75</sup> están tan airados conmigo por los inocentes

<sup>75</sup> Se refiere a los ataques recibidos desde la Universidad de Utrecht, fundamentalmente por Voetius. El padre Bourdin, primer autor de las *Séptimas objeciones a las Meditaciones*, se reconciliará con Descartes y, en el momento de la carta, es su amigo.

principios de física que han visto, y tan fuera de sí porque no hallan en ellos pretexto alguno para poder calumniarme, que si ahora tratase de moral no me dejarían sosiego. Ya que si un padre Bourdin ha creído hallar motivo suficiente para acusarme de escéptico en el hecho de que he refutado a los escépticos; y si un ministro ha dado en el empeño de convencer a todo el mundo de que soy ateo sin aducir más razones que la de que he intentado demostrar la existencia de Dios, ¿qué no llegarían a decir si me metiera a examinar cuál es el justo valor de todas las cosas que podemos desear o temer; cuál será el estado del alma tras la muerte; hasta qué extremo debemos amar la vida; y cómo debemos ser para que el perderla no nos inspire temor alguno? Por mucho que no manifestara sino las opiniones más conformes con la religión y las de mayor provecho para el bien del Estado, no dejarían de pretender que soy enemigo de ambas cosas. Y creo, en consecuencia, que lo mejor que puedo hacer de ahora en adelante es abstenerme de hacer libros y, tras tomar como lema:

*Illi mors gravis incubat,  
Qui, notus nimis omnibus,  
Ignotus moritur sibi*<sup>76</sup>,

no estudiar ya sino para instruirme y no comunicar mis pensamientos sino a aquéllos con los que pueda platicar en privado; y aseguro que nada podría hacerme más dichoso que tener pláticas de éstas con vuestra merced. Pero no creo que vaya yo nunca a ese lugar en que está, ni que se retire vuestra merced a éste en

<sup>76</sup> «Cuán triste muerte se prepara quien, conocido en exceso de todos, muere sin haberse conocido a sí mismo» (Séneca, *Tierras*, vv. 401-403).

que estoy yo. Todo cuanto puedo esperar es que, dentro de algunos años, al pasar por aquí camino de Francia, me haga la gracia de detenerse unos días en mi retiro de ermitaño, y entonces tendré ocasión de hablarle con el corazón en la mano. Pueden decirse muchas cosas en un corto espacio de tiempo, y creo que no es necesario un trato prolongado para trabar estrechos lazos de amistad cuando éstos se basan en el mérito. Desde el primer momento en que tuve el honor de conocer a vuestra merced, le entregué toda mi confianza, y como he tenido después el atrevimiento de granjearme su benevolencia, le ruego que crea que no podría serle más devoto si toda mi vida hubiera transcurrido a su lado.

Por lo demás, parece como si vuestra merced dedujese del hecho de que he estudiado las pasiones que no debo ya tener ninguna; pero le diré que, antes bien, al examinarlas, las he hallado casi todas buenas, y tan provechosas en esta vida que, si nuestra alma no pudiese experimentarlas, no tendría ya motivo alguno para desear seguir unida al cuerpo. Cierto es que la ira está entre éstas de las que pienso que hay que guardarse, porque tiene que ver con una ofensa recibida y es menester que intentemos elevar tanto nuestra mente que las ofensas que los demás puedan hacernos no nos alcancen nunca. Mas creo que en vez de ira es bueno sentir indignación, y reconozco que con frecuencia me indigna la ignorancia de quienes pretenden que los tomen por doctos, cuando veo que lleva aparejada la malicia. Pero puedo asegurar que las pasiones que vuestra merced me inspira son admiración hacia sus méritos y una particularísima devoción que me mueve a ser ...

## De Descartes a Chanut

Egmond, primero de febrero de 1647

Señor embajador:

La amable carta que acabo de recibir de vuestra merced no me permite tomarme reposo alguno hasta que no haya respondido a ella; y aunque me propone cuestiones cuyo examen resultaría arduo, en tan breve plazo, a personas más sabias que yo, como sé muy bien que incluso si les dedicara mucho tiempo no podría zanjarlas por completo, prefiero poner cuanto antes en el papel lo que me dicte mi afanoso empeño, en vez de meditarlas con mayor detenimiento y no escribir, después, nada mejor.

Quiere vuestra merced saber qué opino de tres cosas: 1.) *¿Qué es el amor?* 2.) *¿Bastan las luces naturales para enseñarnos a amar a Dios?* 3.) *¿Son peores los desarreglos y los malos hábitos del amor o los del odio?*

Para responder al primer punto, distingo entre el amor puramente intelectual, o que depende sólo del raciocinio, y ése que es una pasión. Y me parece que el primero no consiste sino en que cuando nuestra alma se percata de que le conviene algún bien, ora presente, ora ausente, se identifica con él de voluntad, es decir, que se considera a sí misma como si formara un todo con ese bien; y de ese todo él es una parte y ella, la otra. Y, a continuación, si el bien está presente, es decir, si lo posee, o si este bien la posee a ella, o, por fin, si se halla unida a él no sólo de voluntad sino también de forma real y de hecho, en la forma en que es conveniente la unión, ese movimiento de su voluntad, que acompaña el conocimiento que tiene de que ese bien la aprovecha, es la alegría. Y si el bien está ausente, el movimiento de la voluntad

que acompaña el conocimiento que tiene de hallarse privada de él es la tristeza; pero el que acompaña el conocimiento de que le sería de provecho conseguirlo es el deseo. Y como todos esos movimientos de la voluntad que son el amor, la alegría y la tristeza, y el deseo son pensamientos del intelecto y no pasiones podrían estar en nuestra alma aun cuando ésta no tuviera cuerpo. Pues, por ejemplo, si se percatase el alma de que hay en la naturaleza muchas cosas por conocer que son muy hermosas, su voluntad tendería de forma infalible a amar el conocimiento de esas cosas, es decir, a considerar que le pertenecen. Y si, junto con eso, cayese en la cuenta de que poseía ese conocimiento, sentiría alegría; y si considerase que no lo poseía, sentiría tristeza; y si pensara que le era de provecho adquirirlo, sentiría deseo. Y nada habría en todos esos movimientos de su voluntad que le resultase obscuro, ni tampoco nada de lo que no tuviera acabado conocimiento, con tal de que reflexionara sobre sus pensamientos.

Pero, cuando nuestra alma se halla unida al cuerpo, ese amor intelectual suele ir acompañado del otro, que podemos llamar sensual o de los sentidos, y que, como digo someramente de todas las pasiones, apetitos o sensaciones en la página 461 de mis *Principios* en francés<sup>77</sup>, no es sino un pensamiento confuso que algún movimiento de los nervios despierta en el alma, preparándola para ese otro pensamiento más claro en que consiste el amor intelectual. Ya que, al igual que en la sed la sensación de sequedad de la garganta es un pensamiento confuso que prepara al deseo de beber, mas no es ese deseo en sí, de esa misma forma, en el amor sentimos algo así como un calor en torno al corazón, y afluye en gran abundancia la sangre a los pulmones, con lo que

<sup>77</sup> *Principios de Filosofía*, parte IV, artículo 190, págs. 397-399 de la edición española.

llegamos incluso a abrir los brazos, como para estrechar algo entre ellos, y eso hace al alma propensa a unirse de voluntad con el objeto que se le brinda. Pero el pensamiento que hace que el alma note ese calor es diferente del que la une al objeto; e incluso sucede a veces que esa sensación de amor se halla en nosotros sin que nuestra voluntad se incline a amar nada, porque no vemos objeto que nos parezca digno de amarlo. Puede también suceder, a la inversa, que conozcamos un bien de mucho mérito y nos unamos a él de voluntad sin sentir, no obstante, pasión alguna porque el cuerpo no está en la disposición adecuada.

Pero usualmente esos dos amores suelen ir de consuno, pues hay tales vínculos entre ambos que, cuando el alma juzga que un objeto es digno de ella, eso predispone en el acto al corazón a los movimientos que despiertan la pasión del amor; y cuando se halla el corazón en disposición tal debido a otras causas, eso lleva al alma a suponer cualidades amables en objetos en los que no vería sino defectos en otras circunstancias. Y no debe maravillarnos que algunos movimientos del corazón vayan así unidos a determinados pensamientos con los que no tienen relación alguna; pues, como nuestra alma es de naturaleza tal que puede unirse a un cuerpo, posee también esa propiedad de que todos sus pensamientos pueden asociarse de tal forma con algunos movimientos, u otras disposiciones, de ese cuerpo que, cuando vuelven a darse esas mismas disposiciones, provocan en el alma idéntico pensamiento; y, a la recíproca, si regresa el pensamiento, prepara al cuerpo a dar cabida a idéntica disposición. Así, por ejemplo, cuando aprendemos una lengua, relacionamos las letras o la pronunciación de algunas palabras, que son cosas materiales, con los significados de esas palabras, que son pensamientos, de forma tal que, cuando oímos luego esas mismas palabras, en el acto conce-

himos las mismas cosas. Y cuando concebimos esas mismas cosas, recordamos las mismas palabras.

Pero sucede que las primitivas disposiciones del cuerpo, que de esta forma fueron aparejadas con nuestros pensamientos cuando entramos en este mundo, debieron, sin duda, de vincularse a ellos de forma más estrecha que las que vinieron luego. Y en lo referido al origen del calor que notamos en torno al corazón, o al de las demás disposiciones del cuerpo que acompañan al amor, pienso que desde el primer momento en que nuestra alma quedó unida al cuerpo sintió muy probablemente alegría, y acto seguido amor, y luego quizá también odio y tristeza; y que esas mismas disposiciones del cuerpo que provocaron a la sazón esas pasiones se aparejaron ya siempre de forma espontánea a los pensamientos. Y creo que la primera pasión fue la alegría porque no es concebible que llegase el alma al cuerpo más que cuando estaba éste en buena disposición, y que esa buena disposición nos hace sentir espontánea alegría. Digo también que el amor vino a continuación, porque como la materia de nuestro cuerpo fluye sin cesar, igual que las aguas de un río, y es preciso que otra la substituya, no parece probable que en esa buena disposición del cuerpo no anduviera próxima alguna materia apropiadísima para servirle de alimento; y el alma, al unirse de voluntad a esa nueva materia, sintió amor por ella. Y si después vino a faltar ese alimento, sintió el alma tristeza. Y si en su lugar halló otro que no era propio para el alimento del cuerpo, sintió odio por él.

Y éstas son las cuatro pasiones que pienso que fueron las primitivas del hombre, y las únicas que tuvimos antes del nacimiento. Y creo también que no fueron entonces sino sensaciones y pensamientos hartamente confusos, porque el alma estaba tan atada a la materia que no podía aún dedicarse a cosa alguna como no fuera

a recibir las diversas impresiones. Y aunque, años después, empezara a sentir otras alegrías y otros amores que éstos que sólo dependen de la buena constitución y el adecuado alimento del cuerpo, a todos los aspectos intelectuales de sus alegrías o sus amores los acompañan siempre, empero, aquellas sensaciones primitivas, e incluso, también, algunos movimientos naturales o funciones que se daban entonces en el cuerpo. De forma tal que como el amor venía antes del nacimiento de algún alimento conveniente que, al penetrar copiosamente en el corazón y en los pulmones, provocaba en ellos más calor del usual, de ahí viene el que, más adelante, ese calor acompañe siempre al amor, aunque éste lo provoquen causas muy diferentes. Y si no temiera alargarme demasiado, podría mostrar por menudo que todas las restantes disposiciones del cuerpo, que se dieron junto con esas cuatro pasiones al comienzo de la vida, todavía las acompañan. Mas me limitaré a decir que lo que torna dificultoso el conocimiento del amor son esas confusas sensaciones de la infancia que no se han separado de los pensamientos que nacen del intelecto y nos hacen amar lo que nos parece digno de ser amado. A lo que añadido que otras varias pasiones, como la alegría, la tristeza, el deseo, el temor, la esperanza, etcétera, al mezclarse de formas diversas con el amor, nos impiden percatarnos de en qué consiste éste con exactitud. Y esto que digo es especialmente notable con el deseo, pues solemos confundirlo tantas veces con el amor que a eso se debe que se distingan dos clases de amor: una, a la que damos el nombre de amor de benevolencia, en la que el deseo no se manifiesta tanto; y otra, que recibe el nombre de amor de concupiscencia, y no es sino un violentísimo deseo que se fundamenta en un amor endeble las más de las veces.

Pero preciso sería escribir un grueso tomo para tratar de todas

las cosas que tienen que ver con esta pasión, y aunque sea propio de ella hacer que los hombres se comuniquen entre sí cuanto les sea posible, de forma tal que me inclina a intentar decir ahora a vuestra merced más cosas de las que en realidad conozco, quiero, no obstante, refrenarme por temor a que una carta demasiado larga le resulte fastidiosa. Y paso, pues, a la segunda pregunta que me hace, a saber: si bastan las luces naturales para enseñarnos a amar a Dios y si es posible amarlo con el poder de esas luces. Y se me ocurren dos poderosas razones para dudar de ello. Es la primera que los atributos de Dios que solemos tomar en consideración con mayor frecuencia están tan por encima de nosotros que no concebimos de forma alguna que puedan convenirnos, por lo que no nos unimos a ellos de voluntad; es la segunda que nada hay en Dios que sea imaginable, por lo que, incluso aunque éste nos inspire amor intelectual, no parece que podamos sentir amor alguno que dependa de los sentidos, ya que tendría que llegar desde el entendimiento hasta ellos pasando por la imaginación. Y por eso no me asombra que algunos filósofos estén convencidos de que sólo la religión cristiana nos hace capaces de amar a Dios al enseñarnos el misterio de la Encarnación con el que Dios se rebajó hasta hacerse semejante a nosotros. Y quienes, sin conocimiento de ese misterio, han sentido una pasión aparente por alguna divinidad, no la han sentido, no obstante, por el Dios verdadero, sino sólo por algunos ídolos a los que dieron ese nombre, de la misma forma que cuentan los poetas que Ixión abrazaba y besaba una nube en vez de a la Reina de los Dioses. No me cabe, sin embargo, duda alguna de que podamos amar verdaderamente a Dios con la única fuerza de nuestra naturaleza. Y no diré que ese amor sea meritorio sin la gracia y dejo cuestión tal para los teólogos; pero sí me atrevo a afirmar que es la pasión más arroba-

dora y provechosa que podemos tener en esta vida; y que puede, incluso, ser la más avasalladora aunque para ello sea preciso entregarse con gran ahínco a la meditación, pues la presencia de otros objetos nos distrae de continuo.

Ahora bien, estimo que el camino que debemos seguir para llegar al amor de Dios es pensar que es un espíritu o un ente que piensa, con lo que, ya que la naturaleza de nuestra alma tiene cierto parecido con la suya, nos convencemos de que ésta es emanación de su suprema inteligencia, *et divinae quasi particula aerae*<sup>78</sup>. E incluso, como nos parece que nuestro conocimiento puede ir creciendo gradualmente hasta el infinito, y como el de Dios, por ser infinito, es la meta a la que tiende el nuestro, si no tomamos en cuenta otras consideraciones podemos caer en la extravagancia de desear ser dioses y cometer así el grandísimo error de amar sólo a la divinidad en vez de amar a Dios. Mas si, al tiempo, tomamos en cuenta la infinitud de su poder, con el que ha creado tantas cosas de las que no somos sino una ínfima parte; y también la amplitud de su providencia, con la que ve, en un único pensamiento, todo cuanto ha sido, todo cuanto es, todo cuanto será y todo cuanto podría ser; y la infalibilidad de sus decretos que, aunque no pueden entorpecer nuestro libre albedrío, tampoco pueden alterarse en forma alguna; y, por fin, nuestra pequeñez, por una parte, y, por otra, la grandeza de todas las cosas creadas, percatándonos de la forma en que dependen de Dios y relacionándolas con su omnipotencia, sin pretender encerrarlas en un globo como hacen quienes dicen que el mundo es finito, entonces meditar en todo lo dicho colma al hombre que lo interpreta rectamente de una alegría tan extremada que, en vez

de injuriar a Dios mostrándose ingrato hasta el punto de querer ocupar su puesto, piensa que le basta ya en la vida con que Dios le haya hecho la gracia de permitirle tener tales conocimientos; y uniéndose por completo a él de voluntad, lo ama de forma tan perfecta que no desea ya otra cosa en el mundo sino que se cumpla la voluntad de Dios. Con lo que deja de temer la muerte, el dolor y las desventuras, pues sabe que nada puede sucederle sino lo que Dios ha decretado; y hasta tal punto ama ese divino decreto, tan justo y necesario le parece, tan convencido está de que depende de él por completo que, incluso si esperara de ese decreto la muerte u otro daño cualquiera, no querría cambiarlo aunque estuviera en su mano hacerlo (cosa que es imposible). Mas si no rechaza ni los males ni las aflicciones porque le vienen de la providencia divina, aún menos rechaza todos los bienes y deleites lícitos de los que puede disfrutar en esta vida, porque proceden de esa misma providencia; y como los recibe con alegría y no teme los males, su amor le aporta dicha plena.

Cierto es que el alma tiene que desapegarse grandemente del comercio de los sentidos para concebir las verdades que despierta en ella ese amor, de lo que se deduce que no parece posible que pueda comunicárselo a la facultad imaginativa para convertirlo así en pasión. Pero, sin embargo, no me cabe duda de que si se lo comunica en cierta forma, pues aunque es verdad que no podemos imaginar nada de lo que hay en Dios, que es el objeto de nuestro amor, sí podemos imaginar ese amor en sí, que consiste en que deseamos unirnos a determinado objeto, es decir, en lo que a Dios se refiere, a considerarnos como una parte insignificante de toda la inmensidad de las cosas que ha creado, ya que, a tenor de la diversidad de los objetos, podemos ora unirnos a ellos, ora unirlos a nosotros de diversas formas; y basta con la

<sup>78</sup> «E igual a una parcela del hálito divino» (Horacio, *Sátiras*, II, 2)

idea de esa unión para despertar el calor que se forma en torno al corazón y provocar una pasión violentísima.

Cierto es también que ni los usos del habla ni la urbanidad permiten que digamos a quienes son de condición mucho más alta que la nuestra que nos inspiran amor, sino únicamente que los respetamos, los honramos, los estimamos y sentimos celosa devoción por servirlos. Y creo que ello se debe a que, cuando la amistad une a los hombres, puede considerarse que, hasta cierto punto, iguala a aquéllos que la profesan de forma recíproca. Y, en consecuencia, si, al intentar ganarnos el amor de algún grande, le dijéramos que lo amamos, podría pensar que lo ofendemos al considerarnos su igual. Pero como los filósofos no suelen llamar de formas diferentes a las cosas que se ajustan a una misma definición, y como no conozco más definición del amor sino la de que es una pasión que nos mueve a unirnos de voluntad con algún objeto sin parar mientes en que ese objeto sea igual, mayor o menor que nosotros, soy de opinión de que, recurriendo a esa forma de hablar, debo decir que es posible amar a Dios.

Y si preguntase a vuestra merced si no ama acaso a esa gran Reina en cuya corte se halla ahora, por mucho que me dijera que no siente por ella sino respeto, veneración y pasmo, no por eso dejaría de opinar que le inspira también muy ardiente afecto. Pues habla de ella con tan fluidas palabras que, aunque creo cuanto vuestra merced me dice porque sé que no falta nunca a la verdad, y porque he oído decir lo mismo a otras personas, no creo, no obstante, que pudiera describirla como lo hace si no le inspirase gran devoción, ni que pudiera estar próximo a tan brillante luz sin recibir calor de ella.

Y no es cierto que el amor que sentimos por lo que se halla más alto que nosotros sea inferior al que sentimos por lo demás, sino

que creo que posee naturaleza más perfecta, que nos mueve a adherirnos con mayor entusiasmo a los intereses de lo que amamos. Pues la naturaleza del amor consiste en que consideramos que formamos un todo con el objeto amado, del cual todo no somos sino una parte, y aplicamos, por lo tanto, esos desvelos que usualmente sólo referimos a nosotros mismos a la preservación de ese todo de forma tal que sólo reservamos para nosotros una parte de ellos; y será una parte grande si consideramos que somos una parte grande del todo al que hemos dado nuestro afecto, y pequeña, si nos consideramos parte pequeña de ese todo. De forma tal, que si nos unimos de voluntad a un objeto que estimamos menor que nosotros, es decir, si amamos una flor, o un pájaro, una edificación o cualquier otra cosa semejante, por muy alta perfección que pueda alcanzar ese amor, si lo usamos adecuadamente nunca nos moverá a arriesgar en modo alguno nuestra vida para preservar esas cosas, ya que no son partes más nobles del todo que con nosotros forman de lo que puedan serlo de nuestro cuerpo las uñas o el cabello. Y sería extravagancia arriesgar todo el cuerpo para la preservación del cabello. Pero cuando dos hombres se aman entre sí, quiere la caridad que cada uno de ellos estime al amigo más que a sí mismo. Y por eso no será su amistad perfecta si no están dispuestos a decir uno en favor de otro: *Meme adsum qui feci, in me convertite ferrum, etc.*<sup>79</sup> Y, de la misma forma, cuando un ciudadano se une de voluntad a su príncipe, o a su país, no debe verse a sí mismo, si su amor es perfecto, sino como una pequeñísima parte del todo que con ellos forma, ni temer más, por lo tanto, correr a una muerte segura

<sup>79</sup> «¡A mí, a mí, yo soy quien lo ha hecho; volved contra mí las espadas!» (Virgilio *Enéida* IX, 427, trad. Alfonso Cuatrecasas, Espasa Calpe, Madrid, pág. 295.)

por servirlos de lo que tememos sacar un poco de sangre de un brazo para que mejore la salud del resto del cuerpo. Y pueden verse todos los días ejemplos de este amor, incluso en personas de baja condición que dan la vida de grado por el bien de su país o por defender a un grande al que aman. Con lo que es evidente que el amor que por Dios sentimos tiene que ser, sin comparación posible, el mayor y el más perfecto de todos los amores.

No temo que estas meditaciones metafísicas presenten dificultad alguna para el intelecto de vuestra merced, pues sé que tiene sobrada capacidad para todo; mas sí cansan el mío, y admito que la presencia de objetos sensibles no me permite demorarme en ellas demasiado tiempo. Paso, pues, a la tercera cuestión: ¿cuál de estos desarreglos es peor, el del amor o el del odio? Aunque a ésta me costará más responder porque vuestra merced ha explicado menos a qué se refería y el problema puede entenderse de diversas formas que, a lo que me parece, hay que examinar por separado. Puede considerarse que una pasión es peor que otra si nos hace ser menos virtuosos; o si repugna más a nuestro contento; o, por fin, si nos conduce a mayores excesos y nos predispone a perjudicar más a los demás hombres.

En lo que al primer punto se refiere, el caso me parece dudoso, ya que, teniendo en cuenta la definición de esas dos pasiones, estimo que el amor que sentimos por un objeto que no lo merece puede tornarnos peores que el odio por otro objeto que deberíamos amar, ya que existe mayor peligro en estar unido a una cosa mala y transformarse, por así decirlo, en ella, que en separarse de voluntad de otra que sea buena. Mas cuando considero las inclinaciones o los hábitos que nacen de esas pasiones, mudo de opinión, ya que viendo que el amor, por grandes que sean sus desarreglos, tiene siempre el bien por objeto, no me parece que

pueda corromper tanto nuestras costumbres como lo hace el odio, que no tiene más propósito que el mal. Y la experiencia nos dice que los hombres más cabales caen poco a poco en la malicia cuando se ven forzados a odiar a alguien, ya que, por muy justo que sea su odio, piensan con tanta frecuencia en los daños que reciben de su enemigo, y también en los que para él desean, que así van acostumbrándose gradualmente a la malicia. Y, por el contrario, los que se entregan al amor, por mucho que sea un amor desarreglado y frívolo, no por ello dejan de convertirse con frecuencia en personas más honradas y virtuosas que si se consagrasen a otros pensamientos.

En el segundo punto no hallo dificultad, pues el odio va siempre acompañado de tristeza y congoja. Y aunque algunos se deleitan haciendo daño a los demás, me parece que la voluptuosidad que sienten se asemeja a la de los demonios que, como dice nuestra religión, no dejan de estar condenados porque crean estarse vengando continuamente de Dios al atormentar a los hombres en los infiernos. El amor, antes bien, por muchos desarreglos que haya en él, nos complace; y aunque los poetas se quejan con frecuencia de él en sus versos, creo, no obstante, que los hombres se abstendrían espontáneamente de amar si no les pareciera más dulce que amargo y que todas las aflicciones del amor no vienen sino de las otras pasiones que lo acompañan, a saber, los deseos temerarios y las esperanzas sin fundamento.

Pero si nos preguntamos cuál de estas dos pasiones nos hace cometer mayores excesos y nos torna capaces de perjudicar más al resto de los hombres, creo que tengo que decir que es el amor, tanto más cuanto que, por naturaleza, es mucho más fuerte y vigoroso que el odio y que, con frecuencia, el afecto que nos inspira un objeto de escasa importancia causa incomparablemente

más males de los que podría causar el odio que sentimos por otro de más valor. Y pruebo que es menos vigoroso el odio que el amor considerando el origen de ambas pasiones. Ya que si bien es cierto que nuestras primeras sensaciones de amor proceden de que nuestro corazón recibía alimento apropiado en abundancia, y, por el contrario, nuestras primeras sensaciones de odio los causó un alimento perjudicial que llegaba hasta el corazón, y aunque ahora idénticos movimientos siguen aparejados a las mismas pasiones, como hemos dicho antes, es evidente que, cuando amamos, la sangre más pura de las venas fluye copiosamente hacia el corazón, enviando grandes cantidades de espíritus animales al cerebro, haciéndonos así más fuertes, más vigorosos y más valientes. Mientras que, cuando sentimos odio, el amargor de la hiel y el ardor del bazo, al mezclarse con la sangre, hacen que no acudan tantos espíritus al cerebro y, de esta forma, nos tornan más débiles, más fríos y menos atrevidos. Y la experiencia confirma esto que digo, pues los Hércules, los Roldanes y, por lo general, los más valerosos aman también con más fogosidad que los otros. Y, por el contrario, los débiles y cobardes son más propensos al odio. Ciertamente es que la ira puede hacer atrevidos a los hombres, pero es porque toma su fuerza del amor que por nosotros mismos sentimos, en el que siempre se sustenta, y no en el odio, que no hace sino acompañarla. También la desesperación torna el valor muy esforzado, y el miedo lleva a cometer grandes crueldades. Pero existen diferencias entre esas pasiones y el odio.

Sólo me resta ya probar que el amor que sentimos por un objeto de escasa importancia puede, cuando es desarreglado, ser más dañino que el odio que inspira otro de más valor. Y la razón que doy es que el mal que procede del odio sólo incluye el objeto odiado, mientras que el amor desarreglado no deja títere con

cabeza, a no ser el objeto amado, que, por tratarse de algo ordinario, tiene escasísimo alcance cuando lo comparamos con todas las demás cosas a cuya ruina y pérdida está resuelto el amor para aliñar con ellas la extravagancia de sus excesos. Habrá quien diga, quizá, que el odio es la causa más próxima de los males que se atribuyen al amor, ya que, cuando amamos algo, odiamos, por eso mismo, cuanto se opone a ese algo. Mas el amor es siempre más culpable que el odio de los males que así acaecen, tanto más cuanto que es su causa primitiva y que el amor por un solo objeto puede engendrar, así, el odio por otros muchos. A mayor abundamiento, los mayores daños del amor no son los que éste comete por mediación del odio; los principales y más peligrosos son los que comete, o deja cometer, para único deleite del objeto amado o para deleite propio. Se me viene a la cabeza una ocurrencia de Teófilo que podemos poner aquí de ejemplo, pues hace decir a una persona enloquecida de amor:

*¡Dioses, el bello Paris tuvo soberbia presa!  
¡Qué bien hizo ese amante  
cuando encendió de Troya la hoguera llameante  
por no ser él pavesa!*

Lo que nos muestra que incluso los mayores y más funestos desastres pueden ser, a veces, como ya he dicho, aliño de un amor desarreglado y tornarlos tanto más deleitosos cuanto que lo tornan máspreciado. Y no sé si vuestra merced estará en esto de acuerdo conmigo, aunque lo que sí puedo asegurar es que existe acuerdo entre la gran benevolencia que me prometió y la vehemente pasión con la que soy ...

## De Descartes a Chanut

La Haya, a 6 de junio de 1647

Señor embajador:

De paso por esta ciudad, camino de Francia, he sabido por el señor Brasset que me había enviado a Egmond varias cartas de vuestra merced; y aunque se trata de un viaje harto apremiante, me disponía a esperarlas. Mas, como llegaron a mi casa tres horas después de mi partida, me las enviaron sin demora. Las he leído con avidez y he encontrado en ellas grandes pruebas de la amistad y el talento de vuestra merced. Me invadió el temor al leer las primeras páginas, en las que me dice que el señor De Ryer<sup>80</sup> había hablado a la Reina de una de mis cartas y que ésta deseaba verla. Y luego me tranquilicé, al llegar al punto en que vuestra merced me refiere que la oyó leer con cierto agrado. Y no sé si ha sido mayor mi admiración al ver que la Reina comprendía con tan gran facilidad cosas que parecen muy obscuras a los más doctos, o mi gozo al ver que no le desagradaban. Pero mi admiración dobló al comprobar la fuerza y el peso de las objeciones que hizo Su Majestad respecto al tamaño que atribuyo al universo. Y deseaba que la carta de vuestra merced me hallase en mi residencia habitual, ya que allí puedo reflexionar con mayor recogimiento que en el cuarto de una hospedería, y quizá me habría sido posible ocuparme con más tino de cuestión tan dificultosa y planteada con tanta sensatez. No quiero, empero, recurrir a esa excusa y,

<sup>80</sup> Médico de la reina Cristina y familiar de Chanut, ausente de la corte de Suecia en el momento en que Descartes enferma y fallece

con tal de que consiga convencerme de que no estoy escribiendo sino a vuestra merced, para que la veneración y el respeto no me turben la imaginación en exceso, me esforzaré por poner en esta carta todo cuanto puedo decir al respecto.

Recuerdo, ante todo, que el cardenal De Cusa<sup>81</sup> y otros doctores dieron el mundo por infinito sin que la Iglesia les mandase nunca rectificar ese extremo; es, antes bien, creencia común que concebir la obra de Dios como muy dilatada es honrarlo. Y mi opinión es más fácil de aceptar que la de ellos, ya que no digo que el mundo sea *infinito*, sino, sencillamente, *indefinido*, lo que es muy diferente, ya que para decir que algo es infinito hay que contar con alguna razón que nos lo dé por tal, cosa que sólo es posible en lo que a Dios se refiere. Mas para decir que es indefinido, basta con no ver razón alguna que pueda probarnos que tiene límites. Y, así, me parece que no puede probarse, ni aun siquiera concebirse, que tenga límites la materia de que se compone el mundo. Pues, al examinar la naturaleza de esta materia, veo que no consiste sino en que es algo que se extiende a lo largo, a lo ancho y en profundidad, de forma tal que todo cuanto posee esas tres dimensiones es parte de esa materia; y no puede existir ningún espacio completamente vacío, es decir, que no contenga materia alguna, porque no podemos concebir ese espacio sin concebirlo con esas tres dimensiones y, por consiguiente, con materia. Ahora bien, si suponemos el mundo finito, imaginamos más allá de sus límites algunos espacios con sus tres dimensiones, que no son, por lo tanto, puramente imaginarios, como dicen los filósofos, sino que contienen materia que al no

<sup>81</sup> Nicolás de Cusa, de nombre Nicolaus Krebs (1401-1461), teólogo y filósofo alemán, fue uno de los primeros filósofos que abandonó la concepción geocéntrica del mundo. Conocida sobre todas es su obra *De docta ignorantia* (1440)

poder estar sino en el mundo nos muestra que el mundo se extiende más allá de los límites que habíamos querido ponerle. No pudiendo, pues, probar que el mundo tenga límites, y no pudiendo ni tan siquiera concebirlo, lo llamo *indefinido*. Mas no me permite eso negar que no tenga algunos, que conocerá Dios aunque me resulten incomprensibles; y por eso no digo de forma absoluta que es *infinito*.

Cuando consideramos así su extensión, me parece, si la comparamos con su duración, que sólo nos permite pensar que no existe tiempo imaginable, antes de la creación del mundo, en el que Dios no pudiera haberlo creado si tal hubiera sido su voluntad. Pero que eso no nos da pie para llegar a la conclusión de que lo creó en verdad antes de un tiempo indefinido, porque la existencia actual o verdadera que tiene el mundo desde hace cinco o seis mil años no va necesariamente unida a la existencia posible o imaginaria que pudo tener con anterioridad, de la misma forma que la existencia actual de los espacios que concebimos en torno a un globo (es decir, a un mundo supuestamente *finito*) va unida a la existencia actual de ese mismo globo. Y además, en el caso de que, considerando el tiempo transcurrido, fuera posible deducir de la extensión indefinida del mundo su duración eterna, mejor aún podría deducirse de la duración eterna que habrá de tener en el porvenir. Pues la fe nos enseña que, aunque la tierra y los cielos deben perecer, es decir, cambiar de aspecto, el mundo, no obstante, es decir la materia de que éstos se componen, no perecerá nunca, cosa que se desprende del hecho de que la fe promete vida eterna a nuestros cuerpos después de la resurrección y, por lo tanto, promete también eternidad al mundo en que se hallen. Mas de esa duración infinita que tendrá el mundo en el futuro no es posible deducir que haya existido desde toda la

eternidad, porque todos y cada uno de los momentos de su duración son independientes entre sí.

En cuanto a las prerrogativas que la religión atribuye al hombre, y que parecen difícilmente creíbles si suponemos indefinida la extensión del universo, merecen una explicación. Pues, aunque podamos decir que todas las cosas creadas lo fueron para nosotros puesto que podemos sacar de ellas cierto provecho, no creo, en cambio, que tengamos obligación de creer que el hombre es el fin último de la creación. Pues dicho está que *omnia propter ipsum [Deum] facta sunt*<sup>82</sup>, que es Dios la única causa final, como también la causa eficiente del universo; y, en lo tocante a las criaturas, en tanto en cuanto sirven recíprocamente las unas para las otras, cada una puede atribuirse ese privilegio de que todas las que le sirven están hechas para ella. Ciertamente es que los seis días de la creación se refieren en el Génesis de forma tal que parece que el hombre es el sujeto principal de ésta. Pero puede considerarse que, como esa historia del Génesis se escribió para el hombre, el Espíritu Santo quiso especificar en ella de forma principal las cosas que a él se refieren, y que sólo se mencionan algunas de ellas en tanto en cuanto tienen que ver con él. Y como los predicadores, en su afán por inclinarnos al amor de Dios, suelen mostrarnos los diferentes provechos que hallamos en las demás criaturas y dicen que Dios las hizo para nosotros, sin hablarnos de los otros fines para los que también se puede decir que las hizo, porque ello no guarda relación con su propósito, sentimos una gran propensión a creer que sólo las hizo para nosotros. Pero los predicadores van más allá y dicen que todos y cada uno de los hombres tienen con Jesucristo la deuda de la sangre que derramó en

<sup>82</sup> «Todas las cosas han sido hechas por él (Dios)»

la Cruz, de la misma forma que si hubiera muerto para uno solo de ellos. Y dicen la verdad; pero, como ello no es óbice para que rescatara con esa sangre a otros muchos hombres, no veo que el misterio de la Encarnación y todas las demás bondades que Dios tuvo para con el hombre estorben que pueda haber tenido otras muchas, y muy grandes, para con una infinitud de criaturas distintas. Y aunque no deduzco de ello que haya criaturas inteligentes en las estrellas o en algún otro lugar, tampoco se me alcanza razón alguna que pueda demostrar que no las hay. Pero prefiero no zanjar esta clase de cuestiones antes que negar o asegurar nada al respecto. Y me parece que no queda más dificultad por tratar sino la de que, tras haber creído durante mucho tiempo que el hombre tiene grandes privilegios sobre las demás criaturas, parecería que los perdemos todos cuando dejamos de creerlo. Pero establezco una diferencia entre aquéllos de nuestros bienes que pueden mermar cuando hay quien posee otros semejantes y otros que no pueden mermar debido a esa circunstancia. Así, un hombre que tiene mil doblones sería riquísimo si no hubiera otras personas en el mundo que tuvieran tanto y más; y ese mismo hombre sería paupérrimo si no hubiera nadie que tuviera mucho menos. De la misma forma, todas las virtudes dignas de elogio proporcionan tanta mayor gloria a quienes las poseen cuanto menor sea el número de hombres en quienes se encuentran. Y por eso se suele envidiar la gloria y las riquezas del prójimo. Mas como consideramos en sí mismas la virtud, la ciencia, la salud y, en general, todos los demás bienes, sin referirlos a la gloria, no son de menor importancia en nosotros aunque también los posean otros muchos. Y por ello no hallamos motivo alguno de enojo en compartirlos con los demás. Ahora bien, los bienes que pueden hallarse en todas las criaturas inteligentes de

un mundo indefinido pertenecen a esa categoría y no hacen mermar los que nosotros poseemos. Antes bien, cuando amamos a Dios y por su mediación nos unimos de voluntad a todas las cosas que ha creado, cuanto mayores, más nobles y más perfectas nos parecen esas cosas, mayor estima sentimos también por nosotros, ya que somos partes de un todo más acabado, y tanto más motivo tenemos para alabar a Dios por la inmensidad de sus obras. Confirman esto que digo las Santas Escrituras cuando hablan, en diferentes lugares, de las innúmeras muchedumbres de ángeles, ya que opinamos que el menor de los ángeles es incomparablemente más perfecto que los hombres. Y los astrónomos, cuando calculan el tamaño de las estrellas y hallan que son mucho mayores que la Tierra, lo confirman también, ya que, si de la extensión indefinida del mundo puede deducirse que lugares que no sean la Tierra tienen que estar habitados, también puede deducirse de la extensión que le atribuyen todos los astrónomos, ya que no hay ninguno que no opine que, en comparación con el cielo todo, la tierra es más pequeña que un grano de arena comparado con una montaña.

Paso ahora a la cuestión que me plantea vuestra merced acerca de las causas que, con frecuencia, nos incitan a amar más bien a una persona que a otra antes de conocer sus méritos. Y me parece que hay dos, y que una es espiritual y otra reside en el cuerpo. Pero la que tiene que ver sólo con lo espiritual presupone tantas cosas referidas a la naturaleza de nuestras almas que no me atrevería a tratarlas en una carta. Trataré nada más de la que tiene que ver con el cuerpo, que se debe a la disposición de las partes de nuestro cerebro, ora que dicha disposición proceda de los objetos sensuales, ora de otros motivos. Pues los objetos que se manifiestan mediante los sentidos inmutan algunas partes del

cerebro y forman en ellas ciertos dobleces que se deshacen cuando cesa la acción del objeto. Pero el lugar en que se formaron se muestra, en adelante, propenso a que otro objeto, si se parece hasta cierto punto al anterior, aunque no sea igual en todo, forme en ese lugar dobleces semejantes. Pondré como ejemplo que, en mi infancia, amé a una niña de mi edad que bizqueaba un tanto, de forma tal que la impresión que llegaba a mi cerebro por el camino de la vista cuando veía sus ojos extraviados estaba tan unida a la que se formaba en ese mismo lugar para despertar en mí la pasión del amor que, transcurrido mucho tiempo, si veía a personas bizcas, me sentía más inclinado a amar a éstas antes que a otras, únicamente porque tenían ese defecto, aunque ignoraba que ése era el motivo. Y, en cambio, desde que reflexioné sobre ello y admití que se trataba de un defecto, nunca más ha vuelto a afectarme. De forma que cuando nos sentimos inclinados a amar a alguien sin saber el porqué, podemos estar seguros de que se debe al hecho de que hay en esa persona algo semejante a lo que hubo en otro objeto que amamos anteriormente, aunque no sepamos en qué consiste. Y aunque ese algo sea más veces una perfección que un defecto, como en el ejemplo que he dado, un hombre sensato no debe ceder a esa pasión antes de haber tomado en cuenta el mérito de la persona que lo conmueve. Mas como no podemos amar por igual a todos aquéllos en los que veamos méritos iguales, creo que tenemos sólo la obligación de estimarlos por igual y que, siendo el bien principal de la vida el sentir amistad por unos cuantos, hacemos bien en preferir a aquéllos a los que nos unen nuestras inclinaciones secretas, con tal de que les veamos además méritos suficientes. Y añadiré que cuando esas inclinaciones secretas proceden de la mente y no del cuerpo, soy de opinión de que hay que seguirlas siempre; y la señal más clara

que nos hace reconocerlas es que las que vienen de la mente son recíprocas, lo que no siempre sucede con las demás. Pero las pruebas que tengo de su afecto me dan tanta seguridad de que es recíproca la inclinación que por vuestra merced siento que pecaría de gran ingratitud y faltaría a todas las reglas que, a mi parecer, debe respetar la amistad si no fuera con la más celosa devoción ...

## De Descartes a Cristina de Suecia

Egmond, a 20 de noviembre de 1647

Señora:

He sabido por el señor Chanut que es gusto de Vuestra Majestad concederme el honor de exponerle mi opinión acerca del Bien Supremo, en el sentido en que a él se referían los filósofos de la Antigüedad. Y considero esa orden como un favor tan grande que el deseo que tengo de obedecerla me distrae de cualquier otro pensamiento y me lleva, sin pretender disculpar mis carencias, a poner aquí en pocas palabras todo cuanto me es posible saber de este asunto.

Podemos considerar en sí misma la bondad de cada cosa, sin relacionarla con nada más; y, en este sentido, está claro que el Bien Supremo es Dios, puesto que es incomparablemente más perfecto que todas las criaturas. Mas es también posible referirlo a nosotros, y, en tal sentido, no veo nada que pueda inspirarnos más estima que lo que nos pertenece en algún aspecto y es tal que el hecho de poseerlo nos supone una perfección. Y, de esta forma, los filósofos de la Antigüedad, al no contar para que los iluminasen con las luces de la fe, nada sabían de la beatitud sobrenatural y sólo tomaban en cuenta los bienes que podemos poseer en esta vida, y entre ellos buscaban el supremo, es decir el principal y mayor.

Pero para conseguir determinarlo, creo que sólo debemos considerar como bienes, en lo que a nosotros se refiere, éstos que poseemos, o aquéllos cuya consecución está a nuestro alcance. Y, tras haber dejado sentada tal cosa, me parece que el bien supremo de todos los hombres en conjunto es cierta unión, o ensam-

blamiento, de todos los bienes, tanto del alma como del cuerpo y la fortuna, que pueden darse en algunos hombres; pero que el de cada hombre en particular es algo muy diferente, y no consiste sino en una firme voluntad de obrar bien y en el contento que produce. Y ello se debe a que no veo ningún otro bien que me parezca mayor ni que dependa tan por completo del poder de cada cual. Pues en lo tocante a los bienes del cuerpo y la fortuna, no dependen enteramente de nosotros; y los del alma tienen que ver todos con dos cuestiones, que son: una, conocer, y otra, querer lo que es bueno. Pero el conocimiento está en ocasiones más allá de nuestras fuerzas, y por eso sólo resta la voluntad, como algo de lo que podemos disponer en absoluto. Y no se me alcanza que sea posible disponer mejor de ella que teniendo siempre la firme y constante resolución de hacer puntualmente todas las cosas que nos parezcan ser las mejores y utilizar todas las fuerzas de la mente en conocerlas bien. Y sólo en esto consisten todas las virtudes; y sólo esto merece, hablando con propiedad, alabanza y gloria. Y, por último, sólo de esto viene siempre el mayor y más consistente contento de la vida. Y por todo ello opino que en eso consiste el Bien Supremo.

Y así es como concilio las dos opiniones más opuestas y famosas de los antiguos, a saber: la de Zenón, que pone el Bien Supremo en la virtud o en el honor, y la de Epicuro, que lo pone en el contento, al que llama voluptuosidad. Pues como todos los vicios no nacen sino de la incertidumbre y de esa flaqueza consecutiva a la ignorancia que provoca los arrepentimientos, de la misma forma, la virtud no consiste sino en la resolución y la fuerza con que nos inclinamos a hacer las cosas que consideramos buenas, con tal que esa fuerza no proceda de la obstinación, sino de la certidumbre de haberlas examinado tanto como está moralmente a nues-

tro alcance. Y aunque puede suceder que hagamos algo malo, tendremos, no obstante, la seguridad de haber hecho lo que debíamos; mientras que, si llevamos a cabo alguna acción virtuosa mientras pensamos que estamos obrando mal, o si descuidamos formarnos una opinión al respecto, no nos comportamos como personas virtuosas. Y en lo referido al honor y el encomio, con frecuencia suelen situarse entre los demás bienes de la fortuna; mas como tengo la seguridad de que Vuestra Majestad tiene en más su virtud que su corona, no tendré empacho en decir aquí que sólo esa virtud puede alabarse con razón. Todos los demás bienes no merecen sino estima, y no honra ni encomio, salvo en tanto en cuanto presuponemos que los adquirimos o los conseguimos de Dios mediante el uso atinado del libre albedrío. Pues el honor y el encomio son una suerte de recompensa y sólo hay motivo para recompensar o castigar lo que de la voluntad depende.

Aún me resta por probar en esta carta que es de ese uso atinado del libre albedrío del que procede, en la vida, el contento mayor y más consistente; y no creo que sea difícil lograrlo, ya que considerando detenidamente en qué consiste la voluptuosidad o el placer y, de forma general, todas las formas de contento de las que podemos disfrutar, observo, para empezar, que no hay ninguna que no sea espiritual, aunque varias de ellas dependan del cuerpo, de la misma forma que es el alma la que ve, aunque sea por mediación de los ojos. Observo, luego, que nada hay que pueda contentar al alma salvo la creencia de que posee algún bien y que, con frecuencia, esa creencia no es, en ella, sino una representación harto confusa, llegando a suceder, incluso, que, debido a su unión con el cuerpo, toma de ordinario algunos bienes por incomparablemente mayores de lo que son en realidad; mas si distinguiera con claridad su justo valor, su contento sería siempre proporcional a la

magnitud del bien que lo causa. Observo también que, en la parte que nos toca, no debemos calibrar sólo la magnitud de un bien por el valor de la cosa en que consiste, sino también, y de forma muy concreta, por la forma en que se relaciona con nosotros. Y que además de que el libre albedrío es, en sí mismo, lo más noble que puede haber en nosotros, tanto más cuanto que nos iguala, en cierto modo, a Dios y parece eximirnos de someternos a él y, en consecuencia, su uso atinado es el mayor de todos nuestros bienes, ese libre albedrío es también lo que más nos pertenece e importa, de lo que se deduce que sólo de él pueden venirnos nuestros mayores contentos. Así es como vemos, por ejemplo, que ese reposo espiritual y esa íntima satisfacción que experimentan quienes saben que, de entre lo que está a su alcance, nunca dejan de hacer lo mejor tanto para conocer el bien como para conseguirlo, son deleites incomparablemente más suaves, duraderos y estables que todos los que proceden de otras causas.

Omito muchas otras cosas por no atreverme a solicitar más larga audiencia, sabiendo como sé la ingente cantidad de asuntos que intervienen en el gobierno de un reino por el que Vuestra Majestad vela en persona. Aunque le envío al señor Chanut algunos escritos<sup>83</sup> en los que me explayo más acerca del mismo asunto para que, si es del gusto de Vuestra Majestad verlos, me haga éste el favor de entregárselos, coadyuvando con ello a dar fe de con cuánta celosa devoción soy,

Señora,

el más humilde y obediente servidor de Vuestra Majestad

DESCARTES

<sup>83</sup> Los escritos son *Las pasiones del alma* y algunas cartas dirigidas a la princesa Isabel en que trataba el mismo tema.

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 20 de noviembre de 1647

Señor embajador:

Cierto es que tengo por costumbre negarme a poner por escrito mis opiniones referidas a la moral, y ello por dos razones: la primera, que no hay asunto en el que las personas maliciosas puedan hallar con mayor facilidad pretexto para la calumnia; la otra, que creo que no corresponde sino a los soberanos, o a quienes tienen mandato de éstos, inmiscuirse en la regulación de las costumbres del prójimo. Pero ambas razones se desvanecen en esta ocasión en que me hace vuestra merced el honor de comunicarme en su carta, de parte de la incomparable Reina junto a la que se halla destinado, que es gusto de ésta que le escriba mi opinión acerca del Bien Supremo, ya que ese mandato me autoriza sobradamente a hacerlo, y albergo la esperanza de que lo que escriba sólo lo vean la Reina y vuestra merced. Tengo, en consecuencia, tan vehementes deseos de obedecer que, si no me refrenase, querría poder acumular en una carta todo cuanto he pensado en mi vida acerca de ese asunto. Y ha sido, efectivamente, mi deseo poner tan gran cantidad de cosas en la que me he aventurado a escribir a Su Majestad que temo no haber explicado nada con suficiente claridad. Pero para remediar ese defecto, envío a vuestra merced un compendio de otras cartas en las que desarrollé más esos mismos asuntos. Y va junto con ellas un modesto *Tratado sobre las pasiones*, que no es el escrito de menor importancia, pues son ante todo esas pasiones las que hay que intentar conocer para conseguir el supremo bien que describo. Si me hubiera atrevido

también a añadir las respuestas que tuve el honor de recibir de la princesa a quien van dirigidas esas cartas, hubiera sido más acabado ese compendio y hubiera podido sumar otras dos o tres de las mías, que sólo así podrían entenderse. Mas habría sido menester pedir permiso a esa princesa, que se halla ahora a gran distancia de aquí.

Por lo demás, ruego a vuestra merced que no presente en seguida dicho compendio a la Reina, ya que temo no cumplir lo suficiente con el respeto y la veneración que le debo enviándole cartas escritas para otra persona en vez de escribirle a ella lo que pudiera suponer que iba a resultarle grato. Pero si le parece oportuno mencionárselas, diciendo que se las he enviado a vuestra merced, y luego la Reina desea verlas, quedaré libre del escrúpulo dicho; y me parece que quizá le agrade más ver así lo que escribí a otra persona en vez de algo dirigido a ella, ya que de esa forma podrá tener mayor seguridad de que nada he cambiado o modificado en su honor. Ruego además a vuestra merced que, a ser posible, no caigan mis escritos en otras manos y, también, que me considere por completo,

Señor embajador,

el más humilde y agradecido servidor de vuestra merced

DESCARTES

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 21 de febrero de 1648

Señor embajador:

No puedo por menos de decir que me siento contrito por la acogida excesivamente favorable que ha dado a los escritos que le envié para la Reina de Suecia. Pues temo que a Su Majestad, al no hallar nada en ellos, cuando los lea, que corresponda a la expectativa que vuestra merced ha provocado, le merezcan tanta peor opinión cuanto mejor era antes. Tengo, además, otro motivo de contrariedad, que es que mi envío estuvo tres semanas detenido en Amsterdam (y he sabido que se debió a que creyeron que había que enviarlo por mar y estaban esperando la oportunidad de hacerlo), y lamento no haber empleado ese tiempo en intentar escribir algo menos indigno de tan excelente acogida. Pues aunque intenté hacerlo lo mejor que supe, cuando se piensan las cosas por segunda vez suele hacerse con mayor claridad que en la primera, y si me apresuré a contestar fue para dar fe, al menos con mi premura, de cuán deseoso estaba de obedecer un mandato que me era tanpreciado como el mayor honor que pudiera caberme. Y esto es, señor embajador, todo cuanto creo que me apena y enturbia la inmensa alegría que siento al saber que esa gran Reina quiere leer y meditar con sosiego los escritos que le he enviado. Pues me atrevo a esperar que, si gusta de las ideas que en ellos expongo, será que no son infructuosas, y como es una de las personas más importantes de la tierra, cabrá pensar incluso que pueden ser de utilidad pública. Creo que la experiencia me ha demostrado que meditar esas ideas fortifica la mente en el ejerci-

cio de la virtud y que ello nos proporciona más dicha que cualquier otra cosa en el mundo. Mas no consigo convencerme de haberlas expuesto con claridad suficiente para que los demás las vean como las veo yo. Y si siento gran impaciencia por saber qué le parecerán a Su Majestad, no siento menos por saber qué le parecen a vuestra merced. La palabra tiene mucha mayor fuerza de persuasión que la escritura, y no me cabe duda de que podrá vuestra merced poner a la Reina en su misma disposición de ánimo, al menos si me es propicia, pues el afecto que me demuestra a diario me da garantías de que no querrá ponerla en otra.

Mucho me agradecería ver la disertación del señor Freinshemius, dado el asunto de que trata, y no dejaré de pedírsela al señor Brasset cuando éste la haya recibido.

Por lo demás, tengo propósito de ir a París a principios del mes próximo. Podría decir, por lo que me va en ello, que no deseo el honor de ver pronto allí a vuestra merced, ya que tan grandes privilegios me consigue en el lugar en que se halla. Mas nunca he mirado mi interés cuando está en juego la satisfacción de mis amigos. Y reconozco que no querría para mí un puesto trabajoso que me privara del ocio necesario para cultivar el ingenio, aunque la recompensa consistiera en muchos honores y grandes provechos. Diré nada más que no me parece que el suyo se cuente entre éstos que no dejen espacio para cultivar el ingenio; y creo, antes bien, que le da oportunidades para hacerlo, ya que está cerca de una Reina que rebosa de él. Requiere no poca habilidad el complacer en todo a quienes nos mandan, agradar a aquéllos junto a los que nos envían y no desempeñar, empero, más papel que el de hombre cabal; mas tengo la seguridad de que eso es lo que hace vuestra merced. Siempre proporciona grandes satisfacciones ocupar el intelecto en empresas dificultosas cuando se

hace con éxito, incluso aunque no lo ocupemos en las mismas cosas que, quizá, habríamos escogido si hubiéramos tenido libertad para hacerlo. Y como el suyo es capaz en todo, no dudo de que halle vuestra merced gran satisfacción en un cargo que con tanto acierto desempeña. Si, no obstante, se acercase el final de su mandato y regresara pronto a París, mucho me complacería tener el honor de verlo en esta ciudad. Y si le encomiendan nueva estancia en el país en que se encuentra, me consolaré con la esperanza de que seguirá procurándome la benevolencia de esa gran Reina, por cuyas virtudes me ha hecho sentir vuestra merced una muy celosa devoción. Considéreme ...

## De Descartes a Chanut

París, mayo de 1648

Señor embajador:

Vuestra merced calcula a la perfección los plazos, ya que me he encontrado en La Haya, cuando estaba en camino para venir aquí, con la carta que quería que recibiese antes de salir de Holanda. Sólo llegó demasiado tarde para poder responder a ella, pues como me la entregaron el mismo día en que tenía intención de partir, me he visto obligado a retrasar la respuesta hasta mi llegada a esta ciudad. He tenido, empero, toda la libertad necesaria para imaginar una y otra vez la seductora descripción que me hace de esa cacería a la que se llevan libros, y en la que me da esperanzas de que mis escritos gozarán, por encima de otros muchos, de la prerrogativa de que los vuelva a leer la Reina de Suecia. La gran estima que tengo por el intelecto de esa incomparable princesa me hace temer que puedan no ser de su agrado, ya que habiéndose dignado leerlos ya, como me dice vuestra merced que ha hecho, no ha querido, empero, decirle qué le parecían. Pero me consuela lo que añade, a saber, que tiene intención de leerlos de nuevo, pues no creo que se prestara a tal cosa si no hubiera encontrado nada digno de su aprobación. Y quiero creer que las carencias están más bien en el orden, la presentación y las delicadezas de la exposición, y no en la verdad de las ideas, lo que me da esperanzas de que le parezcan mejor tras la segunda lectura que después de la primera. Es posible que opine vuestra merced que pongo mucha vanidad en este asunto. Pero le ruego que eche la culpa al ambiente de París más que a

mi talante, pues creo haberle dicho ya, en otras ocasiones, que ese ambiente me predispone a las quimeras en vez de a los pensamientos filosóficos. Veo aquí a tantas personas que yerran en sus opiniones y en sus cálculos que me parece que se trata de una enfermedad universal. Mucho más de mi gusto es la inocencia del desierto del que vengo, y creo que no podré por menos de regresar a él a no tardar mucho. Mas en cualquier lugar del mundo en que me encuentre ruego a vuestra merced que crea que allí tendrá ...

### De Descartes a Chanut

Egmond, a 26 de febrero de 1649

Señor embajador:

Está vuestra merced muy en lo cierto al opinar que mucho más debe admirarme que una reina, cuyas tareas de gobierno son incesantes, haya recordado una carta que tuve el honor de escribirle hace varios meses y se haya dignado contestar a ella que el que no lo hiciera antes. Me ha sorprendido la claridad y fluidez con que escribe en francés, circunstancia que debe mover a gratitud a nuestra nación entera; y creo que esta princesa está hecha más a la imagen y semejanza de Dios que el resto de los hombres, ya que puede entregarse a un tiempo a tantas y tan diversas ocupaciones. Pues no hay mente en el mundo a no ser la de Dios que no se canse nunca y pueda saber el número exacto de nuestros cabellos y velar por los gusanillos más insignificantes con la misma perfección con la que hace moverse los cielos y los astros.

Mas, aunque he recibido como favor por completo inmerecido la carta que esa incomparable princesa se ha dignado escribirme, y aunque me admira que haya tenido a bien tomarse ese trabajo, no me admira tanto que quiera tomarse también el de leer el libro de mis *Principios*, pues estoy convencido de que hay en él varias verdades que difícilmente pueden verse en otra parte. Puede decirse que no son sino verdades pequeñas, relacionadas con asuntos de física, que parecen no tener nada en común con las cosas que debe saber una reina. Mas como el intelecto de ésta alcanza a todo, y como esas verdades de física forman parte de los fundamentos de la moral más elevada y perfecta, me atrevo a

esperar que hallará agrado en conocerlas. Mucho me complacería enterarme de que había escogido a vuestra merced, junto con el señor Franshemius, para hacerle más llevadero ese estudio, y le estaría no poco agradecido si se tomara la molestia de avisarme de en qué puntos no son suficientes mis explicaciones. Pondré siempre gran esmero en responderle el mismo día en que reciba sus cartas, aunque no servirá tal cosa sino para mi propia instrucción, ya que es tan grande la distancia de aquí a Estocolmo y pasan las cartas por tantas manos antes de llegar a su destino que antes de recibir vuestra merced la solución de las dificultades que pueda hallar ya las habrá resuelto por sí mismo.

Quiero sólo hacer hincapié ahora en dos o tres cosas que, en lo que a ese libro se refiere, me ha enseñado la experiencia. Para empezar, que aunque la primera parte no sea sino un compendio de lo que escribí en mis *Meditaciones*, no es necesario, empero, para entenderla demorarse en la lectura de esas *Meditaciones*, ya que, como hay a quienes les parece que entrañan mucha mayor dificultad, temo que hastíen a Su Majestad. La segunda es que tampoco es necesario ponerse a considerar las reglas del movimiento, que están en los artículos 46 y siguientes de la segunda parte, pues no se necesitan para la comprensión del resto. La última es que hay que recordar, al leer ese libro, que aunque no contemplo en los cuerpos sino los tamaños, formas y movimientos de sus partes, pretendo, sin embargo, explicar en él la naturaleza de la luz, del calor y de todas las demás cualidades sensibles, tanto más cuanto que presupongo que tales cualidades están sólo en nuestros sentidos, de la misma forma que el cosquilleo o el dolor, y no en los objetos que sentimos, en los que no hay más que determinadas formas y movimientos que causan esas sensaciones a las que damos el nombre de luz, calor, etcétera. Y esto no lo

explico y lo demuestro sino al final de la cuarta parte; mas, no obstante, conviene saberlo y fijarse en ello desde el principio del libro, para poder comprenderlo mejor.

Debo disculpas, por lo demás, a vuestra merced por no haberle comunicado mi regreso a Holanda, en donde llevo ya cinco meses, con lo que sus cartas han ido a buscarme a París; pero daba por supuesto que se lo habría escrito el señor Clerselier, pues, mientras estuve en Francia, me daba con frecuencia noticias de vuestra merced. Y era muy de mi agrado no escribir nada en lo tocante a mi regreso, pues no quería que vieran en ello un reproche quienes me habían mandado venir, que me trataron, a lo que me parece, como si unos amigos me hubieran convidado a cenar a su casa, y al llegar, hubiera encontrado la cocina en desorden y la olla volcada. Con lo que me volví, sin decir palabra, para no darles más motivos de enojo. Pero esa situación me ha enseñado que no debo nunca más emprender ningún viaje fiado en promesas, ni aunque estén escritas en pergamino. Y aunque nada me ata en particular al sitio en que vivo, como no sea que no se me ocurre otro en el que pueda estar más a gusto, veo, sin embargo, que corro la suerte de tener que pasar en él el resto de mis días, pues mucho me temo que las tormentas de Francia tarden mucho en escampar<sup>84</sup>, y soy cada día más perezoso, de forma tal que me parece difícil que me resuelva, a partir de ahora, a soportar las incomodidades de ningún viaje. Pero supongo que vuestra merced regresará algún día del país en que ahora reside, y espero que me haga entonces el honor de pasar por aquí para, así, poder verlo. Considéreme toda mi vida ...

<sup>84</sup> Las revueltas de la Fronda, que durarán hasta 1653.

La carta que va junto con ésta no es sino una nota de cortesía hartamente estéril. Pero como no se me hacían preguntas sobre asunto alguno, el respeto me ha impedido sacar a colación ninguno para no hacer papel de resabido, aunque me pareció, no obstante, que cumplía que la escribiera.

## De Descartes a Cristina de Suecia

Egmond, a 26 de febrero de 1649

Señora:

Si sucediera que me enviaran una carta desde los cielos, y si la viera bajar de las nubes, no podría sentir sorpresa mayor ni recibirla con mayor respeto y veneración que los que he sentido al recibir la que Vuestra Majestad se ha dignado escribirme. Aunque me sé tan poco merecedor de los agradecimientos que en ella he hallado que no puedo aceptarlos sino como un privilegio y un favor que me obligarán para siempre.

Me consideraba ya más que suficientemente pagado de la respuesta que envié al señor Chanut cuando éste me preguntó, de parte de Vuestra Majestad, por el Bien Supremo con el honor de que se me hiciera esa pregunta.

Y habiendo sabido a continuación que aquella respuesta había hallado favorable acogida, me sentía ya tan agradecido que nada más podía desear ni ambicionar a cambio de tan poca cosa, y menos aún de una princesa a la que tan alto ha colocado Dios, a la que agobian tan importantes asuntos de gobierno, de los que se ocupa en persona, y cuyas obras más nimias pueden tanto por el bien general de toda la tierra que cuantos amen la virtud tienen forzosamente que considerarse dichosísimos si se les brinda alguna ocasión de servirla. Y como hago en esta carta muy particular profesión de contarme entre ellos, me atrevo a asegurar con gran vehemencia a Vuestra Majestad que haré siempre cuanto esté en mi mano por cumplir con cualquier cosa que quiera

mandarme y ninguna me parecerá excesivamente dificultosa. Y ni aunque hubiera nacido sueco o finés<sup>85</sup> podría poner mayor empeño ni entusiasmo en ser ...

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 31 de marzo de 1649

Señor embajador:

La última carta que tuvo a bien vuestra merced enviarme a París no ha llegado a mis manos, pero acabo de recibir copia de ella por mediación del señor Brasset, y tengo por insigne favor el saber por dicha carta que es del gusto de la Reina de Suecia hacerme el honor de que vaya a inclinarme ante ella. Siento tan gran veneración por las elevadas y poco frecuentes virtudes de esa princesa que el menor de sus deseos es para mí una orden indiscutible, por lo que no creo que, en lo tocante a ese viaje, tenga que hacer consideración alguna, sino prepararme para obedecer. Pero como vuestra merced no me marca plazo, sino que me lo propone como un paseo del que podría estar de regreso este verano, se me ocurre que no sería empresa fácil dar cumplida satisfacción a Su Majestad en tan breve espacio de tiempo y que quizá la satisfaga más que disponga mis asuntos de forma tal que me permitan pasar el invierno en Estocolmo, pues ello me reportaría una ventaja que no puede por menos de parecerle considerable a un hombre que ha dejado ya de ser joven y al que un retiro de veinte años ha tornado ajeno por completo a la costumbre de la fatiga. Es esa ventaja que no me vería obligado a ponerme en camino a principios de la primavera ni a finales del otoño, sino que podría viajar durante la estación más cómoda, que será, por lo que me parece, a mediados del verano, con lo que, además, espero contar, entretanto, con el desahogo necesario para poner en orden ciertos asuntos de importancia.

<sup>85</sup> En este momento, Suecia y Finlandia estaban unidas bajo la corona de Cristina de Suecia.

Tengo intención, por lo tanto, de esperar el honor de recibir otra carta de vuestra merced antes de salir de aquí, y no dejaré de obedecer puntualmente cuanto me mande de parte de Su Majestad, o lo que tenga vuestra merced a bien comunicarme que podría agrandar a la Reina. Pues no sé si es oportuno que sepa que he solicitado este plazo de tiempo y no me atrevería de ningún modo a tomarme la libertad de escribirle, ya que el celoso respeto que me inspira me indica que mi deber sería partir hacia ese lugar en que ella se encuentra antes de que los correos pudieran llevar hasta allí carta alguna. Fío, pues, en la amistad y el tacto de vuestra merced para disculparme.

No encuentro, por lo demás, palabras para agradecerle todos los ofrecimientos que tiene la bondad de hacerme y llegan hasta brindarme alojamiento en su propia casa. No me atrevo ni a aceptarlos ni a rechazarlos. Sólo puedo darle la seguridad de que haré cuanto esté en mi mano para no usar de ellos sino de forma tal que no resulten enojosos ni a vuestra merced ni a ninguno de los suyos, y de que seré toda mi vida ...

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 31 de marzo de 1649

Señor embajador:

Voy a dar en esta ocasión a vuestra merced la molestia de leer, si lo tiene a bien, dos cartas mías, ya que, pensando que es posible que desee enseñarle una respuesta a la Reina de Suecia, he dejado para esta otra las cosas que pensé que no era necesario que ella viese, a saber, que me cuesta resolverme a emprender ese viaje mucho más de lo que yo mismo hubiera podido suponer. Y no es que no sienta grandes deseos de servir a esa princesa. Creo tan firmemente en cuanto me dice vuestra merced y me la ha descrito con unos hábitos y un ingenio que me inspiran tanta admiración y tanta estima que, aunque, en vez de estar tan alta, perteneciera por nacimiento al común de los mortales, sólo con la esperanza de que mi viaje pudiera serle de provecho andaría con gusto camino más largo y dificultoso que el de Suecia para tener el honor de ofrecerle todo cuanto de mí dependa para satisfacer sus deseos. Pero la experiencia me ha enseñado que, incluso entre las personas de mente preclara y con ardiente afán de saber, muy pocas hay que puedan tomarse el tiempo necesario para comprender a fondo mis ideas, de forma tal que no veo motivo para esperar que lo tenga una reina con multitud de obligaciones diferentes. También me ha enseñado la experiencia que aunque mis opiniones sorprenden de entrada, por apartarse mucho de las demás opiniones al uso, cuando se han comprendido, empero, parecen tan sencillas y tan conformes al sentido común que a nadie le parecen ya dignas de admiración ni, en

consecuencia, de atención, porque es tal la naturaleza de los hombres que sólo aprecian las cosas que los dejan admirados y no acaban de entender del todo. Como sucede con la salud, que, aunque sea el mayor de todos los bienes que tienen que ver con el cuerpo, es, sin embargo, en el que menos reparamos y el que menos valoramos. Puede decirse que el conocimiento de la verdad es la salud del alma; cuando se posee, ya no se repara en ella. Y aunque no hay nada que desee tanto como brindar abierta y gratuitamente a todo el mundo lo poco que creo saber, no encuentro a casi nadie que se digne aprenderlo. Mientras que veo que a los que se jactan de poseer secretos, en química, por ejemplo, o en astrología judicial, nunca les faltan, por muy ignorantes e impertinentes que sean, curiosos que pagan un alto precio por sus imposturas.

Parece, por lo demás, como si la fortuna me guardara un celoso rencor por no haber querido nunca esperar nada de ella y haber gobernado mi vida de forma tal que no tuviera poder alguno sobre mí, ya que nunca deja de desairarme en cuanto tiene oportunidad de hacerlo. He padecido ese rencor en los tres viajes que he hecho a Francia desde que me retiré a este país, pero muy especialmente en el último, pues me habían llamado como si fuera de parte del Rey. Y para invitarme me enviaron cartas escritas en pergamino y muy bien selladas, en las que había elogios mucho mayores de los que merezco, y me ofrecían en ellas una pensión bastante digna. A mayor abundamiento, cartas privadas de las personas que me enviaban las del Rey me prometían mucho más no bien acudiera. Pero cuando hube llegado, y con los repentinos disturbios que ocurrieron, en vez de ver algún efecto de todo cuanto se me había prometido, resultó que habían hecho pagar a uno de mis familiares el porte de las cartas que me

habían enviado y que yo le debía ese dinero, de forma tal que fue como si sólo hubiera ido a París para comprar el pergamino más caro y más inútil que haya tenido nunca en las manos. Aunque no es nada de eso lo que me importa; no lo habría atribuido sino a las enojosas circunstancias de los asuntos públicos y no habría dejado de sentirme satisfecho si hubiera visto que mi viaje podía resultar provechoso a quienes me habían llamado. Pero lo que más desánimo me hizo sentir fue que ninguno de ellos demostró que quisiera conocer de mí algo más que el rostro; de forma tal que tengo motivos para creer que sólo me querían en Francia como rareza, igual que si fuera un elefante o una pantera, y no para que mi presencia aprovechara a nadie.

Y no es que suponga que puede suceder nada así en el país en que se halla vuestra merced, mas los desventurados fracasos de todos los viajes que he realizado desde hace veinte años me hacen temer que para éste sólo me quede ya un encuentro en el camino con ladrones que me desvalijen, o un naufragio en el que pierda la vida. Nada de esto me detendrá, empero, si vuestra merced piensa que esa Reina incomparable sigue queriendo examinar mis opiniones y tendrá tiempo para ello, y si me cabe la dicha de poder servirla, eso me colmará de gozo. Mas si no son así las cosas y se trata sólo de una pasajera curiosidad, ruego y conjuro a vuestra merced para se las ingenie de forma tal que me ahorre este viaje sin desagradar por ello a la Reina. Considéreme durante toda mi vida ...

## De Descartes a Chanut

Egmond, a 23 de abril de 1649

Señor embajador:

Si me hubieran entregado su última carta del 6 de marzo cuando debían traerla los mensajeros, creo que tendría el honor de ver a vuestra merced en Estocolmo antes de que recibiera ésta. Pero como quedó detenida 12 o 13 días entre La Haya y Alkmaar, se dio el caso de que el señor almirante Flemming tuvo la bondad de venir hasta aquí antes de que la carta en cuestión me hubiese informado de quién era<sup>86</sup>. De forma que, y aunque tuvo para conmigo más deferencias de las que merezco al invitarme a hacer el viaje en compañía suya, no me pareció procedente, pese a todo, tomar una determinación contraria a la que había escrito a vuestra merced hacía poco, a saber, que antes de partir esperaba el honor de recibir otra carta suya. Pues lo único que me dijo el almirante fue que vuestra merced le había escrito para recomendarme a él, en lo que yo no vi sino un efecto de su amistad; y los ofrecimientos que me hizo no me parecieron sino fruto de su exquisita cortesía, pues, al no saber que era uno de los almirantes de Suecia, no veía en qué podía favorecerme su compañía en lo tocante a la seguridad y comodidad del viaje. Y no podía presumir que una Reina que tiene tantas cosas a su cargo y emplea de forma tan digna todos los instantes de su vida hubiera sido tan bondadosa como para dar a vuestra merced el encargo de que,

de su parte, me encomendara a él. Es favor que me obliga tanto que puedo asegurar a vuestra merced que no habrá nada que me retenga aquí en cuanto reciba una carta suya, y también que siento un vehemente deseo de acudir en persona a decirle que soy ...

<sup>86</sup> El aludido Flemming era un almirante sueco que fue enviado a Amsterdam para llevar a Descartes a Estocolmo, como se cuenta en la carta; sea por desinformación, sea por recelo, Descartes no embarcó y Flemming volvió de vacío.